



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra

Ubicación 12 331-14

BIBLIOTECA NACIONAL



1077503

12(357) -

lecturas



N.º I

En este número:
EL ABUELO D'HALMA
cuento nacional, por
AUGUSTO D'HALMA

Noticiario bibliográfico de la
"EMPRESA LETRAS"

LIBROS DE RECENTE EDICION:

«LANCHAS EN LA BAHIA»

Novela chilena de MANUEL ROJAS.

La «Colección de Autores Chilenos» que iniciara hace pocos meses esta editorial, enriquece la lista de las obras publicadas con esta obra de Manuel Rojas.

Cuentista acertado, crítico sereno y juicioso, y novelista de nota, la personalidad de Manuel Rojas en las letras chilenas es bien valiosa.

Esta novela: «LANCHAS EN LA BAHIA», acaba de ser publicada por la revista «Atenea», lo que desde luego le agrega méritos.

PRECIO: \$ 2.60 m|chil.

«LAS LANZAS COLORADAS»

Novela venezolana de ARTURO USLAR PIETRI. (Biblioteca Zig-Zag N.o 56)

Nos referimos detalladamente a este acontecimiento editorial en página aparte. Bástenos repetir que esta es una de las más destacadas obras de la literatura americana.

PRECIO: \$ 2.—m|chil.

«LO QUE ELLOS HAN VISTO EN RUSIA»

Recopilación de visiones de CARLOS DE VIDTS

Iniciamos con «El Socialismo» de Durkheim, nuestra serie: «Ediciones Extra», en la que nos hemos propuesto publicar obras de interés científico o social.

Este libro ha sido publicado en una presentación irreprochable, y que acusa muy buen gusto.

Es esta una obra de positivo valor. El hecho sólo de haber capitulado trozos de autores de la talla de: Ludwig, Shaw, Haensel, Heller, O'Flaherty, Vallejos y Dominique para preguntarles a cada uno de ellos lo que han visto en Rusia, basta para apreciar el inmenso interés de este libro...

El objeto que ha perseguido C. de Vidts al hacer esta recopilación—tal como lo dice en el prólogo—es lograr que el público llegue a tener una idea de la realidad rusa. ¿Algún medio mejor para este objeto, que el de presentar en conjunto opiniones diversas y contradictorias, para su estudio?

Esto en cuanto al interés de estudio de la obra. Aparte de ello, podemos asegurar con certidumbre que este libro responderá ampliamente a aquéllos que deseen encontrar en él algo liviano, agil y ameno. Los trozos elegidos son así:

PRECIO: \$ 3.—m|chil.

Todas estas obras y demás del fondo general de la editorial, están en venta en las principales librerías y puestos de periódicos del país. Además, se atienden pedidos directos contra envío del valor en estampillas de correo (carta certificada) giro o letra. Diríjase a:

"EMPRESA LETRAS"

Editores, Distribuidores, Libreros.—Casilla, 3327.—Teléfono, 82028.—Huérfanos, 1041.—
Santiago de Chile.

RECKUNGS

Próximo número:

UN CESANTE.

Cuento nacional
por
ENRIQUE BUNSTER.



Máscara viva de Aldous Huxley.
Por el escultor alemán Paul
Hamann.

PIGMALION CONTRA
GALATEA.

Artículo de economía
por
ALDOUS HUXLEY.

COMO FUE CONQUISTA-
DA LA INDIA.
según
GUSTAVO LE BON.

UNA VEZ MAS,
meditación por
AMANDA LABARCA H.

HACIA UN UNICO WILDE,
por
Antonio Linares.

TENEMOS PARA LEER

C u e n t o s

EL ABUELO D'HALMAR, por Augusto D'Halmar.

LA CARTA, por Lyam O'Flaherty.

SUS LINDOS OJOS, por Elisabeth Mulder

EL LLAMADO, por Horacio Quiroga.

EL INSOMNIO, por Anthony Gray.

N o v e l a s

EL BAILE, por Irene Nemirovsky.

A r t í c u l o s

MEDITACIONES BREVES, por Bertrand Russell
MUJERES JUNTO A LORD BYRON, por Mortimer
Gray. EL RITMO AFRO-CUBANO EN PARIS, por P.
Garrido. LA RELIGION COMUNISTA, Henry Ray-
mond Mussey. PICASSO, EL PINTOR. PICCARD, VIA-
JERO DE LA ESTRATOSFERA. RECUERDOS DE NI-
ÑO, por Guillermo Labarca H.

V a r i e d a d e s

Los poetas del mar. — Leyendo para el lector. —
El pro y el contra. — Coctail. — Cinema. — Mere-
cen un retrato... — Conversando con el público.

Revista quincenal de literatura. — Aparece los
jueves.

PRECIO \$ 1.—

AÑO I.—N.o 1

Santiago, jueves 13 de octubre de 1932.

Subscripciones: Anual (26 números) \$ 22.—
Semestral (13 números) \$ 12.—

Editada por

"Empresa Letras". — Huérfanos 1041. — Casilla
3327. — Teléfono 82028. — Santiago de Chile.

Algunos de los autores que escriben en este número

AUGUSTO D'HALMAR.

Consideramos casi inútil hablar de la personalidad de nuestro compatriota D'Halmar, el autor del cuento nacional que



hoy publicamos. Novelista de caza, artista por encima de todo, ha hecho cuatro o cinco libros maestros. Antes de salir de Chile — hace muchos años — publicó "La Lámpara en el Molino", un volumen de cuentos. Luego se fué al Perú, a Europa, a la India. Viajó por todas partes donde pudo viajar y de esos países se trajo visiones apretadas de encanto y lejanía, que luego expirió en libros tan bellos como "La Sombra del Humo en el Espejo", "Nirvana", "Mi otro yo", "Pasión y muerte del cura Deusto", etc.

Actualmente reside en Madrid, ciudad a la que ama con ternura. Sus cabellos están blancos, pero su corazón aun es joven.

ELIZABETH MULDER.

Es una escritora norteamericana, autora de numerosos cuentos y novelas que encuentran especial aceptación en la juventud. Actualmente viaja por España. Domina el castellano como cualquier hijo de Madrid y en ese idioma ha escrito el cuento "Sus Lindos Ojos". Colabora en varias publicaciones españolas para las cuales escribe interesantes crónicas y cuentos.

RAYMOND MUSSEY.

Publicista norteamericano, se encuentra actualmente viviendo en Rusia. Ha ido, como tantos otros, a ver de cerca el proceso

que se desarrolla en el gran laboratorio de la U. R. S. S., bajo el ojo atento de Stalin y de acuerdo con la fórmula de Lenin. De entre las interesantísimas crónicas que envía a "The Nation", de Nueva York, hemos sacado la que publicamos en este número inicial.

IRENE NEMIROVSKY.

Esta escritora judía se conquistó a París hace unos dos o tres años, con novelas de un interés extraordinario. Escribe con sencillez en la forma, abordando de preferencia temas que le permiten lucir la especial faci-



lidad con que se mueve entre los problemas psicológicos más difíciles. Es hermosa y joven. Sus novelas más notables son acaso "David Golder", "La Comedia Burguesa" y "El Baile", que hemos traducido especialmente para "Lecturas" y cuya primera parte se publica hoy.

LIAM O'FLAHERTY.

He aquí un irlandés que ha llegado a ser un gran escritor, sin pasar por las denominaciones de mal escritor o escritor mediocre. O'Flaherty, alma inquieta, espíritu deseoso de encontrar una belleza nueva, antes de escribir fué soldado. Hizo la guerra. Lleno del enorme desencanto que deja la guerra en los hombres conscientes, que le ven cara a cara, se dió a viajar sin trazarse de antemano itinerario. Desempeñó varios oficios, altos y bajos. Estuvo en Euro-

pa, navegó como marinero, vió a América y por último regresó a su patria, donde se dedicó a escribir. Traducidos al castellano, tenemos dos formidables libros suyos: "2 años", el relato de sus viajes, y "El Delator", novela de la revolución irlandesa. Este cuento, "La Carta", es uno de los más emocionantes del gran novelista.

PABLO GARRIDO.

Artista chileno de vena aventurera, que ha buscado horizontes más extensos para su inquietud espiritual. Músico-compositor e intérprete, ha sido un entusiasta de las nuevas tendencias. En el piano y en las revistas dió a conocer a Stravinsky y aun llevó más allá sus iniciativas. Hace unos diez años, más o menos, organizó y llevó a término un concierto de música futurista, en Valparaíso, durante el cual tocó, ante el justo asombro del público, su composición "Raid en Gondola". La concurrencia no supo en un principio, si reír o emocionarse. Optó por lo primero. Garrido se encuentra hoy en París, desde donde envía a Chile interesantes crónicas sobre arte.

HORACIO QUIROGA.

Destacado cuentista argentino que se ha ganado ya un buen lugar en la literatura de su patria. Es autor de varios libros



y ha obtenido varios premios en concursos bonaerenses. "A la deriva" es una de sus obras cortas más hermosas. Ella se destaca en su producción junto a "El llamado", el cuento que hoy entregamos a nuestros lectores.

MEDITACIÓN BRIEF

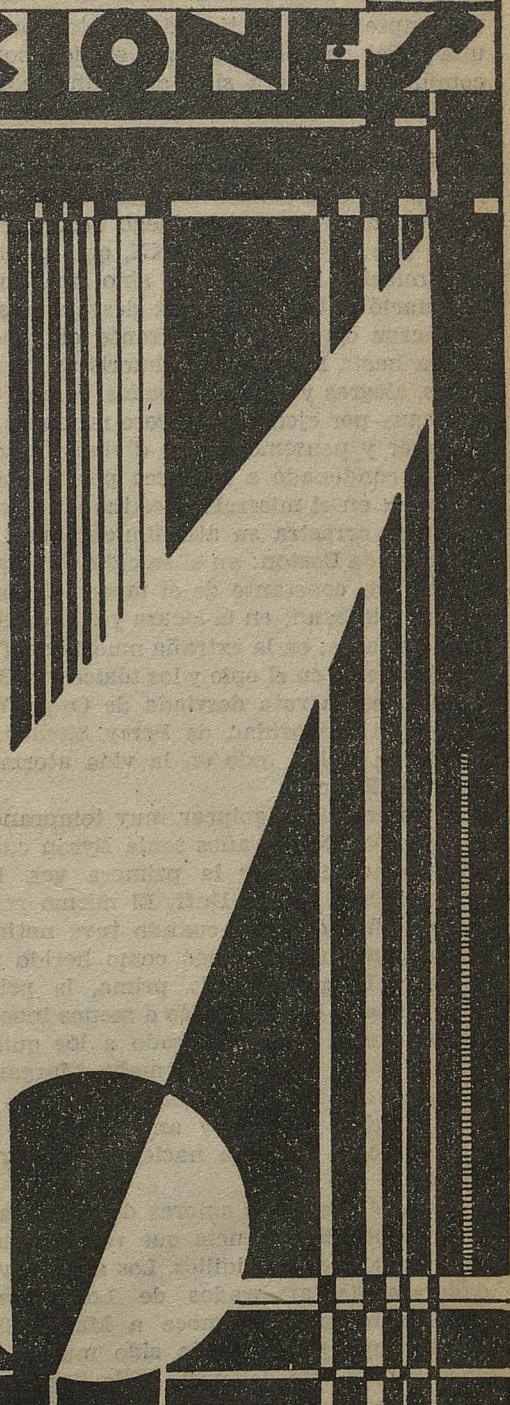
UN MUNDO NUEVO

El mundo que tenemos que buscar es un mundo en el cual el espíritu creador esté vivo, en el cual la vida sea una aventura llena de alegría y esperanza, basada más en el impulso de construir que en el deseo de guardar lo que poseamos y de apoderarnos de lo que poseen los demás. Tiene que ser un mundo en el cual el cariño pueda obrar libremente, el amor esté purgado del instinto de la dominación, la crueldad y la envidia hayan sido disipadas por la alegría y el desarrollo ilimitado de todos los instintos constructivos de vida y la llenen de delicias espirituales. Un mundo así es posible; espera solamente que los hombres quieran crearlo.

Mientras tanto, el mundo en el cual nosotros vivimos tiene otras finalidades. Pero éste desaparecerá, consumido en el fuego de sus ardientes pasiones, y de sus cenizas surgirá un nuevo mundo más joven, preñado de una nueva esperanza y con la luz de la alborada bullendo en los ojos.

BERTRAND RUSSELL.

(Del libro "Los Caminos de la Libertad").



Mujeres junto a Lord Byron

Siempre en el destino del poeta aparece una señal de desgracia, que si bien por lo común no malogra sino que ennoblee la calidad de su producción, suele destrozar su existencia, atormentar su vida, nublar sus escasos momentos de alegría pura. Para comprobar esta afirmación bastaría citar el nombre de un poeta y luego recordar su vida. (En verdad el siglo XX, que no es la continuación del anterior, sino una época que nació antes de tiempo, desvanece algo esta cruz obscura en la frente del poeta. Ahora hasta hay poetas humoristas, deportistas, alegres y despreocupados, como Jean Cocteau—por ejemplo—). Pero miremos hacia ayer y pensemos en el divino Francois Villon, condenado a la horca por ladrón y criminal; en el miserable destino de Edgard Poe, que arrastra su aturdimiento por las tabernas de Boston; en el suicidio de Larra; en la fuga constante de sí mismo de Jean Arthur Rimbaud; en la locura y el ajenjo de Paul Verlaine; en la extraña muerte de Tristán Corbiere; en el opio y los tóxicos de Baudelaire; en la ruta desviada de Oscar Wilde; en la obscuridad de Percy Shelley; y en Byron. Sobre todo en la vida atormentada de Byron.

El amor vino a golpear muy temprano a sus puertas. Nueve años tenía Byron cuando se enamoró por la primera vez. Era una escocesa, María Duff. El mismo refiere que años después, cuando tuvo noticias de su matrimonio, quedó como herido por el rayo. Luego viene la prima, la prima más o menos bonita y más o menos inocente que todos hemos adorado a los quince años. La de Byron se llamaba Margarita Parker y era más bien una criatura de leyenda, bella, efímera y angelical, que según el poeta "parecía nacida de un arcoíris"...

Pero estos son los amores de la infancia y no tienen la violencia que va a singularizar más tarde sus idilios. Los amores verdaderamente afiebrados de Lord Byron comienzan cuando conoce a María Chaworth, cuyo padre había sido muerto en duelo por un tío del poeta. Ella desdén a ese muchacho cojo, que va no obstante a inmortalizarla por medio de sus versos.

Es preciso olvidar ese desprecio, es preciso consolarse de él, ¿verdad, Byron? Por ese tiempo el poeta ingresa a la Universi-

dad de Cambridge, pero no a estudiar, ciertamente, sino a iniciar un nuevo período de aventuras amorosas, violencias y escándalos. Llegó aquello hasta el extremo de que una de las damas con quienes sostenía relaciones, lo seguía a todas partes, vestida de paje...

Después de un viaje al extranjero, durante el cual realizó la deportiva hazaña de cruzar a nado el Helesponto, Byron vuelve a Londres y publica los dos primeros cantos de un poema autobiográfico que despierta la admiración de toda Inglaterra: Childe Harold, cuyas estrofas se suceden a través de los años, guardando los hechos más sobresalientes de su vida. Su gloria comienza a extenderse por Europa. Todas las mujeres de Inglaterra leen sus versos con los ojos llenos de lágrimas y suspiran al pensar en aquel poeta de amarga canción, que vive entregado a un libertinaje sin freno.

Sin embargo esto termina por fatigarlo y entonces se casa con una muchacha a quien conquista a fuerza de pintarse ante ella triste y solitario: Ana Isabel Milbanke. Pero el matrimonio de una joven intransigente, afectadamente puritana y virtuosa y llena de todos los prejuicios de la época, y de un libertino, demoledor, irrespetuoso para con los convencionalismos y escéptico en materias de religión, tiene que ser desgraciado. Ni siquiera el nacimiento de una hija, Ana, fué capaz de unir en una amistad más ancha a los esposos, que deciden separarse.

Parece que existía entre ellos una distancia planetaria, producida por algo oculto, que los demás no podían ver ni comprender y que sólo más tarde se iba a vislumbrar. Por otra parte Byron tuvo el desacierto de hablar en el poema Adiós a su mujer, de faltas y errores que probablemente nunca cometió y que le valieron la inmediata censura de toda Inglaterra. En la prensa y en libelos se inició una campaña espantosa e hipócrita contra el poeta, a quien se atribuían los vicios más atroces y repugnantes. Los periodistas lo comparaban nada menos que con Nerón, Calígula, Heliogábalos y Enrique VIII. Del primer poeta Byron pasó a ser el hombre más odiado y escarnecido de Inglaterra. Entonces pensó: si las faltas que me atri-

"LECTURAS"

buyen fueran ciertas, yo no sería digno de Inglaterra; y puesto que no son verídicas, Inglaterra no es digna de mí. Me voy.

Revelado más tarde el secreto de aquel desprecio que como una capa de sombra cayera sobre las espaldas de Byron, se sabe que su esposa había hablado de una violenta pasión del ardoroso poeta por Augusta, su hermanastra. ¿Verdad amarga y desviada?

¿Torcida interpretación de una mujer despechada o presa de la histeria?

Entonces empiezan las verdaderas peregrinaciones de Childe Harold, que va de país en país, paseando su abandono y melancolía. En Génova prende una fogata para quemar el cuerpo de su amigo Shelley, el poeta que ha muerto en el mar. En Venecia, a donde llega después de pasar por Roma, encuentra otro árbol de sombra para calmar la fiebre de amor que lo domina; es Teresa, la esposa de 16



Lord Byron, Hombre, Angel o Demonio.

años del anciano Conde Guiccioli, que no puede dejar pasar por su lado, sin detenerlo, al amor, personificado en un hombre romántico, alto y todavía delgado, que cojea levemente y que tiene cabellos negros y sedosos, y ojos vivaces, profundos, oscuros, inolvidables. Como del brazo de Byron marcha siempre su compañero el Es-

MUJERES JUNTO A LORD BYRON

cándalo, luego hay divorcio de Teresa y el viejo Conde, amores contrariados, fugas, lágrimas.

Pero esta vida errante comienza a fatigar a Lord Byron, quien decide consagrarse a una causa que considera superior, a un trabajo mucho más interesante que el de hacerse amar por las esposas de los viejos Condes: la guerra por la libertad

de Grecia. Equipa, pues, una expedición y llega a Misselonghi, amenazado por los turcos a la sazón. Su permanencia en Grecia, no obstante, no ha de ser muy larga. Ese país al cual quiere darle vida y libertad, prepara una jugada contra la vida y la libertad de Byron. Y viene en 1824 la muerte, la muerte indigna, tan poco en consonancia con su vida heroica.

Con Byron muere el primer poeta inglés de su tiempo y también el primer amante de Inglaterra. Naturalmente, entonces,

sólo entonces,—a la hora undécima,—la patria abre los brazos para recibir a uno de sus grandes hijos. Pero al cerrarlos sólo estrecha una sombra que se escurre, se aleja y emprende su viaje ascendente.

MORTIMER GRAY

ERA una tarde de verano. El revoloteo de las alondras moteaba el límpido cielo azul. El viento se había quedado aquietado como para escuchar su lindo canto. De la tierra esplendente subía una tenue humareda, como incienso despedido por invisibles turíbulos columpiados, en rapsodia de júbilo, por legiones de espíritus. ¡Qué paz había descendido sobre el mundo! Parecía no haber por doquiera más que amor y belleza; fragante aire estival y trinos de pájaros dichosos. Todo estaba pendiente, en abandono de ensueño, del cantar de las alondras. Sí; hasta los caracoles reposaban tendidos sobre las piedras grises portando a cuestas su casa.

No se oía sonido fuerte alguno. Nada afirmaba su magnitud en brutal estrépito de viento o de trueno. Nada había que hiciera alarde de su existencia con ruidos ásperos que turbasen la armonía perfecta. Hasta los insectos diminutos que escalaban las briznas de hierba eran en sí gigantes y motivo de orgullo para la naturaleza.

Ondulando con los movimientos de su juventud, las hierbecillas susurraban graciosa y gentilmente, a semejanza del suspirar de una doncella enamorada.

Un campesino y su familia trabajaban en una pequeña granja, bajo las alondras cantoras. Estaban allí el padre, la madre y cuatro hijos. Amontonaban tierra nueva alrededor de tallos de patatas en brote. Sentíanse muy dichosos. Era grato trabajar en aquel campo, bajo el revuelo de las alondras cantoras. Sí, quizá Dios les concedió la música para alegrar sus corazones sencillos.

La madre y la segunda de las hijas excavaban los camellones, adelantadas unos pasos a los demás miembros de la familia. El padre acomodaba cuidadosamente en torno de los tallos la preciosa arcilla que el hijo mayor iba extrayendo del pedregoso suelo del campo somero. Su hermano menor, de doce años, acarreaba desde un extremo del campo arena de mar en un serón y ambos mezclaban la arena con la arcilla.

la negra. El cuarto hermano, casi un mamónete, correteaba junto a su madre arrancando hierbajos, parsimonioso, y ofreciéndoselos a ella como un presente. Trabajaban en silencio hasta que por un descuido la pala del padre resbaló en una piedra y descuajó un tallo tierno de su lecho. El padre lanzó un grito. Miraron todos.

—¡Oh! ¡Loado sea Dios en las alturas!

— exclamó la madre santiguándose.

En las manos del padre estaba el tallo de patata, de cuyas raicillas divergentes pendía un racimo de patatitas más pequeñas que quijas. Sus semillas habían dado ya fruto y multiplicádose. Toda la familia permanecía alrededor, admirada. De pronto, el hijo mayor, un adolescente, se escupió en las manos y dijo, pensativo:

—¡Ah! Si María estuviese, cómo le agradaría ver las patatas nuevas... Recuerdo que en éste mismo lugar esparció ella algas el invierno pasado.

Fué acogida en silencio esta observación. El mozalbete se refería a la hija mayor. Había marchado a los Estados Unidos a principio de primavera. Desde entonces no recibieron más que una carta suya. Sin embargo, la hija de un vecino había escrito poco tiempo antes diciendo que María estaba sin trabajo. Había dejado la primera colocación que le consiguió un sacerdote en casa de una señora rica.

La madre inclinó la cabeza y murmuró tristemente:

—Dios es bueno. Tal vez hoy tengamos carta.

El padre se agachó de nuevo, clavó, rudo, la pala, y susurró ásperamente:

— Sigamos trabajando.

Reanudaron la labor, pero el hijo mayor quedó un instante meditabundo contemplando los cerros lejanos. Luego dijo a su madre en voz alta, como desconfiando:

— Es demasiado orgullosa, madre, para escribir sin tener dinero que enviar. Conozco a María. Siempre fué una orgullosa.

Todos prosiguieron su trabajo, y el niño, vacilante, siguió obsequiando a su madre con hierbajos. De improviso, ésta le tomó en brazos y le besó, diciendo:

—¡Oh! Parecen ángeles cantando. Angeles parecen. ¡Qué bueno fué Dios con ellas al darle voces como esas! Tal vez si María las oyese cantar así, escribiría. Pero seguramente no hay alondras en las grandes ciudades.

Y nadie contestó. Más, ciertamente, las alondras no siguieron cantando tan joviales. Ahora el cielo tornábase inmenso. El mundo tornábase inmenso, con inmensidad vacía y peligrosa. Y la música de las avecillas que revoloteaban experimentaba por ello un leve sobresalto. Así lo sentían ellos, todos, salvo el nene vacilante que acudía otra vez hacia su madre llevándole yuyos a modo de presentes.

De pronto, la alegre gritería de los chicos se mezcló al canto triunfal de las alondras. Todos interrumpieron la faena y se incorporaron. Dos muchachitas venían corriendo por la senda en dirección al campo. Entre las cercas ondulantes del angosto sendero vieron los albos delantales y las aureas cabezas de las niñas. Refulgían las cabelleras de oro a la luz del sol. Llegaban corriendo, gritando alegremente con voces infantiles como trinos. Eran las dos hijas menores. Acababan de regresar a casa de la escuela.

—¿Por qué vienen aquí? — interpeló la madre cuando aun estaban lejos.

—¡Una carta! — gritó una de ellas mientras trepaba por la cerca del campo.

El hijo mayor golpeó la tierra con la azada.

—¡Por la Biblia! — dijo.

—¡Sí; una carta de María! — confirmó

la otra chica encaramándose también a la cerca, deseosa de compartir



con su hermana el anuncio de la buena noticia. — El cartero nos la dió.

Entrégaron la carta al padre. Todos se agruparon alrededor de éste, junto a la cerca, allí donde había un montoncito de piedras. El padre se sentó, limpióse cuidadosamente los dedos en los calzones y tomó la carta. Todos se arrodillaron en torno de él. La madre tomó en brazos al nene. Todos guardaron profundo silencio. Su respiración hizo grave. El padre dió repetidas veces vueltas a la carta, examinándola.

—Es indudablemente su letra — dijo al cabo.

—Sí, si — afirmó el hijo mayor—. Abrala padre.

—En el nombre de Dios... — murmuró la madre.

—Dios nos envía buenas nuevas — añadió el padre desgarrando el sobre lentamente.

Luego se detuvo otra vez, temeroso de mirar dentro del sobre. Entonces una de las hijas dijo:

—¡Mira, mira! ¡Hay dentro un cheque! Lo veo al trasluz.

—¿Cómo? — exclamó la madre.

Con rápido ademán, el padre extrajo el contenido del sobre. Había un cheque entre el pliego de papel doblado. Nadie habló una palabra hasta que el padre examinó el cheque y dijo:

—¡Dios grande! ¡Es de veinte libras!

—¡Hija mía adorada! — prorrumpió la madre alzando los ojos al cielo—. ¡Tesoro mío, fruto de mis entrañas! ¡Dulce tesoro mío!

Los pequeños empezaron a reir con nerviosa alegría. El padre tosió y dijo en voz baja:

—Por ese dinero se compra un caballo. Un caballo.

—¡Oh, padre! — sugirió el hijo mayor. Uno de dos años, y le domaremos a la cuerda. Yo lo domaré, padre. Y luego tendremos un caballo como la gente de la aldea. ¿Verdad que María es muy buena? ¿No os dije yo que estaba esperando a tener dinero que enviar? ¡Un caballo de una vez!

—Y así podré después quedarme con el burro para mí, papito — se alborozó el segundo hijo.

Y dejó escapar un chillido de gozo.

—¿Queréis estaros quietos? — dijo lentamente la madre con voz triste—. ¿No viene también una carta de mi tesoro? ¿Por qué no me lees la carta?

—Tomad — respondió el padre—. Tomad y leedla uno de vosotros. A mí me tiembla la mano.

Estaba temblando y había en sus ojos lágrimas, a tal punto que no veía más que una mancha.

—Yo la leeré — se ofreció la hija segunda.

Tomó la carta, la recorrió con la vista de cabo a rabo y, de pronto, se echó a llorar.

—¿Qué pasa? — preguntó, colérico el hijo mayor—. Tráela.

otra foto o ejemplar

Tomó la carta, la leyó y luego su rostro se ensombreció. Todos los rostros se ensombrecieron.

—Léela, hijo — solicitó el padre.

—“Queridos padres — comenzó el hijo—. ¡Oh, madre, que sola me encuentro!...” Está toda, toda llena de borrones, tal como si hubiese llorado sobre el pliego... “Por qué, papito, se me... por qué se me ocurrió jamás... jamás...” — Es muy difícil entender lo que dice — “por qué se me ocurrió jamás venir a este lugar terrible? Reza por mí todas las noches una oración, madre. Da muchos besos míos al nene. Perdóname, madre. Su hija que les quiere. María”.

Cuando terminó, hubo un largo silencio. El padre fué el primero en romperlo. Se puso lentamente de pie, apretada todavía la mano sobre el cheque. Luego comentó con voz estrangulada:

—La carta no dice una sola palabra acerca del dinero. ¿Qué significa todo esto?

—Veinte libras... — afirmó la madre con voz hueca—. No se ganan en una semana...

Arrancó furtivamente la carta de manos de su hijo y se la escondió, presurosa, en el pecho.

El padre se apartó de la cerca lentamente, al tiempo que musitaba irritado:

—¡Ay de mí! ¡La codicia me impidió hacerme la misma pregunta! Veinte libras...

Y echó a andar tieso, rígido, cual un hombre ebrio de cólera.

Los demás continuaron sentados silenciosos, rumiando su desazón. No oían ya el canto de las alondras. De pronto, uno de los hijos alzó la vista y preguntó, asustado:

—¿Qué está haciendo, padre?

Miraron todos. El padre había cruzado el campo hasta llegar a la tierra contigua, pedregosa y escarpada. Y allí estaba ahora, de pie sobre una roca, colgantes los brazos e inclinada sobre el pecho la cabeza descubierta. Perfectamente inmóvil. Le veían de espaldas, pero sabían que estaba llorando. Se había alejado, lo mismo que ahora el año anterior, el día que se les murió el caballo.

Y luego, el hijo mayor anegó un juramento y se levantó. Apretaba los dientes y en sus ojos ardía una llama extraña. El nene dejó caer de la manecita un hierbabujo y rompió a llorar, desconsolado.

(Termina en la pág. 16).

RETRATO DE UN ARTISTA

PABLO PICASSO

"Sus obras denuncian la vida de un hombre (vicios, manías, moral). Escribir una vida de Picasso sería imposible, pues la belleza monstroso de este pintor se deriva de su vida y su obra. El trabaja como otros viven. Y vive como los otros duermen. Su manía es pintar. Y por eso su obra es un drama".

Estas palabras, que pertenecen a Jean Cocteau, uno de los más fervientes exégetas del pintor, deberían descorazonarlo a uno de escribir cualquier cosa sobre Picasso en particular y sobre su obra en general. Sutiles escritores, por lo demás, han hecho al artista y a sus cuadros tantas glosas, que ya da vergüenza agregar algo más. ¿Qué decir, también, después de ellos? Picasso ha sido asesinado a elogios, destrozado a epítetos raros: mago, poeta de la pintura, pintor de la poesía, cabalista, Satán y a veces hijo de Dios. La mayor parte de estos elogios han sido escritos en un lenguaje al lado del cual las últimas obras del pintor resultan de una claridad maravillosa...

Acaso sea más conveniente intentar trazar de esta figura curiosa, una imagen más humilde. Antes de ver en Picasso a un Dios, es preciso encontrar en él al hombre. Un hombre como nosotros, con estado civil, con antecedentes y que vive cotidianamente una existencia tranquila. Intentemos, pues.

Picasso nació en Málaga (España), el 25 de octubre de 1881. Su padre, Ruiz Blasco—Picasso, es el apellido materno—era profesor de dibujo. Desde su más tierna infancia, Pablo manifiesta cualidades extraordinarias para este arte. Cuando sus padres se instalan en la Coruña, él tiene diez años y comienza a pintar. Quedan todavía telas de esa época, realizadas con gran habilidad, e influenciadas por las obras que el niño ha visto en los museos.

Cuando cumple 14 años, Pablo y su familia se en-

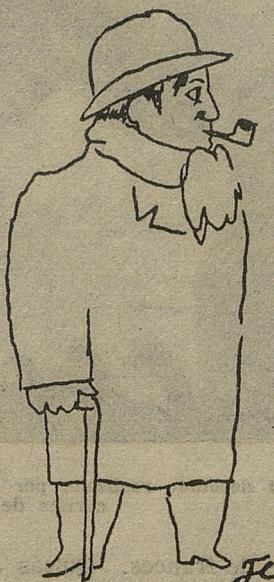
cuentran en Barcelona. El muchacho ha cursado humanidades y rendido bachillerato. Pero muy pronto lo abandona todo para ocuparse únicamente de la pintura, ingresando primero a la Escuela de Bellas Artes de Barcelona y luego a la de Madrid. En esta última ciudad comienza a hacerse notar por su indisciplina. Deja la Escuela y a su vuelta de Barcelona sólo sabe soñar con irse a París, ciudad a donde llega en 1900,

ese sorprendente departamento de la calle Ravignan, donde pintores y poetas vivían de teorías y de opio. Uno de ellos, el alemán Vighels, murió envenenado con las unas y con el otro. Picasso vuelve a España, donde trabaja bajo la influencia adquirida en París. Pero a menudo regresa a las orillas del Sena, el clima necesario a su actividad cerebral.

Sucesivamente, va de la orilla derecha, a la izquierda. No se puede decir que sea rico. Sus obras, en las que sus amigos ven la mano del maestro, no se venden. Un cambalache, papá Soulier, le da a veces un luis por un lote de dibujos. Un traficante de cuadros, Clovis Sagot, y un aficionado, Olivier Saincere, se interesan por él y le dan para vivir. Pero todo ello no pasa de ser una miseria total y sin embargo acogida con buen humor. ¿Hace frío en el taller? Nos arrebozamos en frazadas. ¿Hace calor? Se anda desnudo y se recibe a la gente con tenida de indígena de las islas. En fin, vienen los grandes aficionados, los Stein. Y luego los correderos de cuadros, Ambrosio Vollard y Kahnweiller. Este último, un judío alemán, fué el salvador de Picasso. Ambos se encontraron cuando el cubismo hacia su entrada.

¡El cubismo! ¡Picasso! Dos palabras que se consideran sínónimas. Y sin embargo, Picasso niega haber creado el cubismo, diciendo que Braque es el inventor. ¡En fin, qué más da! Si Picasso no ha tomado parte en esta aventura, debía haber sido su iniciador, pues ella sólo es digna de su genio extraordinario.

¿Qué hacia el pintor, desde que estaba en París? Había vuelto muy influenciado por los maestros españoles. Pero luego iba a caer en Toulouse-Lautrec y aun en Steinlen. Esto no duró mucho y fué su "época azul", en la cual pinta adolescentes ex-



Pablo Picasso, según una acertadísima caricatura del escritor Jean Cocteau.

estableciéndose inmediatamente en la calle Gabrielle, en pleno Montmartre. Tiene 19 años y ninguna necesidad de decir que es muy pobre. Entonces conoce a Max Jacob, Kees Van Dongen, André Salmón, Guillaume Apollinaire. Más tarde, en 1907, conocerá a Braque y Derain. ¿Quién escribirá la historia exacta de este asombroso ambiente, de donde ha salido lo más original que existe en la pintura y en las letras contemporáneas? Vida bohemia era ciertamente la que llevaba la banda de Picasso en

traños de largos y flexibles cuerpos, de una raza y una elegancia quijotescas, especies de mártires del ideal, con sus rostros inquietos y su desnudez turbadora. De ahí salió la época de los saltimbanquis; después el Arlequín, cuya imagen complica da se pasea por toda su obra, y en todas las épocas, como una revelación del alma del pintor, como un defecto moral que ninguna voluntad logra ocultar. Luego viene la "época rosa", donde se manifiesta la influencia de lo antiguo, de Rafael. Ya Picasso huía de la pintura, tratando de crear figuras que desempeñaran un papel más allá de su representación plástica. Sus criaturas con miembros enormes, con ojos de buey. ¿Qué pretenden sino interpretar un drama contemporáneo, según el ritmo de la belleza antigua? Luego viene el descubrimiento del arte negro. Hay de él dos obras, llamadas de "la época negra", que son variaciones sobre el tema que ofrece una máscara africana. El análisis y la síntesis de formas que presenta este arte, lo inducen a negar las concepciones corrientes. Y viene el cubismo, del cual, sin duda, Picasso debía apoderarse fatalmente. Era necesario que algún día creara un cuadro de muchos pedazos, despreciando el objeto que quería representar.

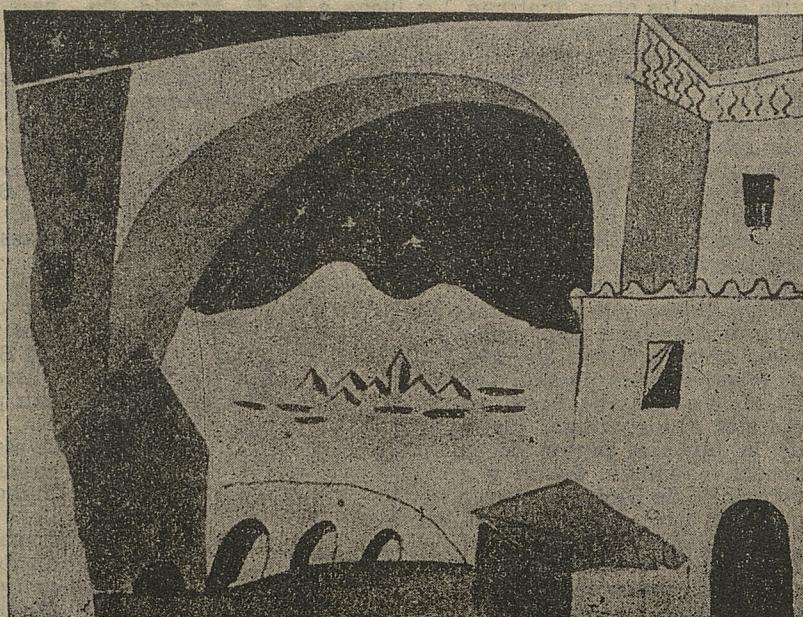
Durante la guerra, un tiempo se pudo creer que Picasso negaba el cubismo, para entrar en una "época Ingres". Pero él, sin rigor, alternó los cuadros de ésta estética con los cuadros cubistas. En fin, en 1917 se dedicó a trabajar para el teatro. Se le deben en este aspecto el decorado y el vestuario de *Parade* y los de *Tricorne*, para los ballets rusos. En poquísimo tiempo llegó a do-

minar este arte que requiere especiales condiciones.

¿Y luego? Picasso se ha casado con una bailarina rusa, es padre de familia y vive en la calle de La Boétie. Toda Alemania se abalanzó sobre su obra cubista, que se disputaron también los millonarios americanos. Llegó así a adquirir movimiento su obra entera, incluso los cuadros de "la época azul" y de la de los saltimbanquis. Se dice que Picasso ha ganado muchos, pero muchos millones.

¿Está mal? Está peor. Está más que todo eso. Un juego de una soledad sobrecogedora, con desdén por el mundo y con una crueldad inquisitorial. Aquí, el fenómeno ha pasado de la pintura al pintor. Picasso permanece aislado.

Físicamente es pequeño, robusto, con manos y pies delicados. Los cabellos son negros y lisos; un mechón muy gallardo le besa la frente. Pero lo que llama la atención es la mirada. Los ojos



Original decorado realizado por Pablo Picasso, para la obra «*Tricorne*» de Falla.

nes de francos. Quizás sea cierto.

Técnicamente, él lo puede hacer todo.

Es la virtuosidad personificada y cuando se mueve su mano prodigiosa, parece animada por algún poder diabólico. No se satisface con lo que le resulta fácil de hacer. Siempre trata de ir más allá de su habilidad manual, hasta lo más difícil de concebir. Ahora ya no hace más cubismo. Pero, ¿qué es lo que hace en realidad? Ha creado un mundo aparte, diferente, con formas que recuerdan a las del arte pre-colombino; y nadie más sabe cómo debe moverse en él. ¿Está bien,

negros, algo abultados, se mueven todo el tiempo dentro de sus órbitas, vacilantes, como buscando dónde detener su atención. Parecen llenos ya de todo aquello que apenas han rozado.

¿Pero es éste acaso un pintor? Es más bien a la pintura lo que Paganini fué a la música. Una especie de músico ambulante que hubiera hecho pacto con el diablo. Se le pueden pedir todas las canciones. El las ejecuta sin errores, con un frenesi que le es propio. Y es este mismo frenesi lo que lo hace tan grande y al mismo tiempo tan poco apto para ser definido.

E

El baile

I
M a d a m e Kampf entró a la pieza de estudios, cerrando tan bruscamente la puerta, que la lámpara de vidrio resonó, agitadas sus lágrimas por la corriente de aire, con un ruido puro y cristalino. No por eso Antonieta había dejado de leer, encorvada sobre su escritorio hasta rozar la página con el pelo. Su madre la observó un momento; luego se colocó delante de la chiquilla, las manos cruzadas sobre el pecho.

—Podrías siquiera levantarte cuando ves a tu madre, niña—gritó. —¿No? ¿Acaso estás pegada a la silla... ¡Qué elegante es esto!... ¿Dónde está Miss Betty?

En la pieza vecina el ruido de una máquina de coser acompañaba una canción, un *What shall I do, what shall I do. When you'll be gone away...*, cantado con una voz inexperta, pero fresca.

—Miss — llamó Madame Kampf — venía.

—Inmediatamente, Madame Kampf.

La pequeña inglesa, con los ojos asombrados y dulces y un moño color de miel atado alrededor de la cabeza, se asomó por la puerta entornada.

—La he contratado—comenzó severamente Madame Kampf—para que vigile y enseñe a mi hija, ¿no es eso?, y no para que cosa vestidos. ¿Es posible que Antonieta no sepa todavía que debe levantarse cuando entra su madre?

—Oh, Antonieta, ¿how can you?, dijo la Miss, con una especie de trino melancólico.

Antonieta estaba de pie, balanceándose torpemente sobre una pierna.

Era una chiquilla de catorce años, alta y desgarbada, con el rostro pálido propio de su edad y tan reducida de carnes, que a los ojos de las personas mayores aparecía como una pobre cosa, redonda y clara, desprovista de buenas maneras, con los párpados caídos y una boca pequeña y siempre cerrada. Catorce años, los senos que se yerguen bajo el largo vestido de colegiala y que mortifican e impiden su libre movimiento al cuerpo débil, infantil... pies grandes y largos brazos terminados en manos rojas y dedos manchados de tinta, brazos que acaso llegarían a ser los más bellos del

D
I
R
E
N
NEMIROVSKY

T R A D U C C I Ó N
DE
L V I S E N R I Q U E
D E L A N O

mundo, ¿por qué no?... Una nuca frágil, cabellos cortos, descorlidos, secos y desordenados... —Comprendéras, Antonieta, que tus modales acaban por desesperarme, mi hijita... Siéntate.

Voy a entrar de nuevo y tú me darás el gusto de levantarte inmediatamente de la silla, ¿entiendes? Madame Kampf retrocedió unos cuántos pasos y abrió la puerta por segunda vez. Antonieta se levantó lentamente y de tan mala gana, que su madre preguntó con viveza, apretando los labios en forma amenazadora.

—¿Acaso lo está haciendo a la fuerza, señorita?

—No, mamá—dijo Antonieta, en voz baja. —Entonces por qué pones esa cara? Antonieta esbozó una sonrisa forzada, desganada y penosa, que deformaba dolorosamente sus rasgos. Por momento odiaba de tal manera a las personas grandes, que hubiera querido matarlas, desfigurarlas o gritar: "No, tú me mortificas", golpeando los pies. Pero temía a sus padres desde su más tierna niñez. Antes, cuando Antonieta estaba más pequeña, su madre la subía a sus rodillas, la estrechaba contra su corazón, la acariciaba y la besaba. Pero Antonieta ya ni se acordaba de eso... En cambio, conservaba en lo más profundo de su ser el recuerdo de una voz irritada, resonando sobre su cabeza: "Esta chiquilla, que está siempre pegada a mis piernas"..., "has manchado mi vestido con tus zapatos sucios; mándate cambiar, eso te enseñará..." ¿Me has oido, mocosa imbécil?" Y un día... por primera vez deseó entonces morir... en la esquina de una calle, durante una escena, esta frase curiosa, gritada tan fuerte que los transeúntes se habían dado vuelta: "¿Quieres que te dé una palmada? ¿Sí?", y el estallido de una palmada... En plena calle. Ella tenía once años y era demasiado crecida para su edad... Los transeúntes, las personas grandes, no le importaban nada... Pero, en ese mismo instante, algunos muchachos salían del colegio y se reían al mirarla... "Y bien, amiguita..." Oh, ese murmullo que la perseguía mientras caminaba, la cabeza caída, por la calle negra de otoño. Las luces danzaban a través de sus lá-

No por eso Antonieta había dejado de leer, encorvada sobre su escritorio hasta rozar la página con el pelo...

*Address*

grimas". ¿Todavía no acabas de lloriquear? ¡Oh, qué carácter!... Cuando yo te corrijo es por tu propio bien, ¿no crees? Y mira, no comiences a impacientarme de nuevo, te aconsejo... "Gentes sucias... Y luego todavía, expresamente pa-

ra torturárla, para atormentarla y humillarla, se encarnizaban de la mañana hasta la noche: "¿Cómo tomas el tenedor?" (delante del criado, Dios mío) y "siéntate de recha. Al menos que no parezcas jorobada". Ella tenía catorce años, era una niña, pero en sus sueños se convertía en una mujer bella y amada... Los hombres la acariciaban, la admiraban como André Sperelli acaricia a Elena y María y Julián de Soubrecaseaux a Maud de Rouvre, en los libros... El amor... Ella se estremeció. Ma-

dame Kampf terminaba: —...Y si crees que te pago una institutriz inglesa para que tengas maneras como éstas, te equivocas, hijita...

Y en voz más baja, mientras que recogía un mechón que barría la frente de su hija:

—Siempre te olvidas de que somos ricos, en la actualidad, Antonieta—dijo.

Luego se volvió hacia la inglesa:

—Miss, tendré para Ud. muchos encargos esta semana. Damos un baile el 15...

—Un baile—murmuró Antonieta, abriendo

exageradamente los ojos.

—Pero, claro— dijo Madame Kampf, sonriendo—un baile...

Miró a Antonieta con una expresión de orgullo, y luego designando a la inglesa con un movimiento de sus cejas, dijo:

—¿Tú no le has dicho nada, al menos?

—No, mamá, no — dijo vivamente Antonieta.

La chica conocía esta preocupación constante de su madre. Al principio — hacia de esto dos años — cuando habían abandonado la vieja calle Favart, después del genial golpe de bolsa de Alfredo Kampf, que aprovechó la baja del franco, primero, y en seguida de la libra, en 1926, golpe que les había proporcionado la riqueza, todas las mañanas, Antonieta era llamada a la pieza de sus padres; su madre, todavía en cama, se frotaba las uñas; en la pieza de toilette vecina, su pa-

dre, un judío seco, de ojos de fuego, se afeitaba, se lavaba, se vestía con esa rapidez loca de todos sus actos, que le había valido en otro tiempo el sobrenombre de "Feuer", que le daban sus camaradas, los judíos alemanes, en la Bolsa. Durante varios años había gastado sus zapatos en largos viajes a la Bolsa... Antonieta sabía que antes había sido empleado en el Banco de París, y mucho antes todavía, en el pasado, groom de librea azul, en la puerta del Banco... Un poco antes del nacimiento de Antonieta se había casado con su querida, la señorita Rosina, dactilógrafa del patrón. Durante once años habían habitado en un pequeño departamento de color negro, detrás de la Ópera Cómica. Antonieta se acordaba cuando hacía sus tareas, por la tarde, en



La pequeña inglesa, con los ojos asombrados y dulces y un moño color de miel atado alrededor de la cabeza, se asomó por la puerta entornada...

char? ¿Te interesa algo lo que dicen las personas grandes?", gritaba malhumorada. Y luego terminaba: "Si esperas, hija mía, que tu padre haga fortuna como lo prometió cuando nos casamos, pasará bastante agua por debajo de los puentes... Crecerás y siempre estarás esperando, como tu pobre madre..." Y cuando decía esa palabra "esperar", sus rasgos duros, tirantes, desagradables, adquirían una expresión dolorosa, profunda, que conmovía a pesar suyo a Antonieta y la impulsaba a menudo, insintivamente, a aplastar sus labios contra el rostro de la madre.

"Mi pobrecita", decía Rosina, acariciándole la frente. Pero una vez había exclamado: "¡Ah!, déjame tranquila, ¿quieres?, me mortificas; qué cargante eres tú tam-

la mesa del comedor, mientras la criada lavaba la vajilla con gran ruido en la cocina, y Madame Kampf leía novelas, acodada bajo la lámpara, una pesada lámpara suspendida, con un globo de vidrio sin pulir, dentro del cual brillaba la viva llamarita del gas. De cuando en cuando, Madame Kampf daba un profundo e irritado suspiro, tan fuerte y brusco, que hacía saltar a Antonieta en su silla. Kampf preguntaba: "¿Qué es lo que tienes ahora?", y Rosina respondía: "Me da pena pensar que hay gentes que viven bien, que son felices, mientras que yo paso los mejores años de mi vida en este agujero sucio, zurciendo tus calcetines..."

Kampf se alzaba de hombros, sin decir nada. Entonces lo más frecuente era que Rosina se volviera hacia Antonieta. "Y tú, ¿qué tienes que escu-

bien...”, y nunca más Antonieta le había dado otros besos que aquellos que los padres y los hijos se dan despreocupadamente en la mañana y en la tarde, y que son como los apretones de manos de dos desconocidos.

Y luego, un buen día resultaron ricos de golpe, sin que jamás ella pudiera comprender cómo. Fueron a habitar un gran departamento blanco y su madre se hizo teñir los cabellos de un hermoso color oro nuevo. Antonieta dió una mirada asustada a esa cabellera llameante, que no reconocía.

—Antonieta, ordenó su madre, a ver, dime, ¿qué respondes cuando te preguntan dónde vivíamos el año pasado?

—¡Qué tonta eres! decía Kampf, desde la pieza vecina, ¿quién quiere tú que le pregunte a la niña, si no conoce a nadie?

—Yo sé lo que digo, respondía Madame Kampf, levantando la voz. ¿Y los criados?

—Si yo la oigo decir una palabra a los criados, tendrá que acordarse de mí, ¿en-

tiendes, Antonieta? Ella sabe que debe callarse y estudiar sus lecciones, nada más. No se le pide otra cosa...

Y dirigiéndose a su mujer:

—No es ninguna tonta, ¿sabes?

Pero apenas él se iba, Madame Kampf volvió a insistir:

—Si te preguntan cualquier cosa, Antonieta, debes decir que nosotros vivíamos en el Mediodía, todo el año... No tienes para qué precisar si era en Cannes o en Niza, di solamente el Mediodía... a menos que te interroguen; entonces es preferible decir que en Cannes, es más distinguido... Pero, naturalmente, tu padre tiene razón, sobre todo es preciso que te calles. Una niña debe hablar lo menos posible con las personas grandes.

Y luego la despedía con un movimiento de su hermoso brazo desnudo, un poco grueso, en el cual brillaba la pulsera de diamantes que su marido acababa de regalársela y que no se sacaba sino para bañarse.

Antonieta se acordaba vagamente de todo esto, mientras su madre preguntaba a la inglesa:

—Por lo menos, ¿tiene buena letra Antonieta?

—Sí, Mistress Kampf.

—¿Por qué?, preguntó timidamente Antonieta.

—Porque, explicó Madame

(Continúa en la pág. 48).



Antonieta se acordaba cuando hacía sus tareas, por la tarde, en la mesa del comedor, mientras Madame Kampf leía novelas, acodada bajo la lámpara...

CORRESPONDENCIA A "LECTURAS"

EL RITMO AFRO-CUBANO INVADE PARÍS

"La Pasión Negra",
oratorio de M. F.
Gaillard y Alejo
Carpentier.

Por Pablo Garrido.

París, 1932.

París asiste actualmente a una nueva invasión del arte negro: el ritmo. Si años atrás los pintores y escultores descubrieron, por decirlo así, la extraña belleza de los fetiche y máscaras del Sudán, de Dahomey, el Congo Belga, la Costa de Marfil, hoy la música negroides atrae potenteamente la atención de compositores de valía.

Centenares de "boîts de nuit", cabarets, se repletan noche a noche para ver las exóticas danzas de color. La popularidad cada día creciente de la "biguine", el lujoso baile Martiniqués y especialmente de la "rumba" cubana, que esbeltas mulatas rinden con fervor y gracia sin par, atraen la pupila e incendian los ánimos de los parisienes en tropicales ensueños.

Se busca lo novedoso, el ritmo nuevo y se lucha por su imposición, que ya es un hecho. Si la rumba posee el aliciente rítmico inédito y si además esos ritmos aureolan una pequeña línea melódica exótica, el triunfo es suyo. Ya se ve el salón familiar recibiendo amablemente el trepidar de caderos desdoblamientos prestados por el África. Ya se nota el decaimiento de ritmos lánguidos y melodías románticas; el tango ha sido desplazado por la rumba, por los ritmos afro-cubanos.

Así las cosas, hemos asistido a la Salle Gaveau una noche de Junio último. El pro-



grama estaba bajo la dirección de M. F. Gaillard y a cargo de la orquesta de Conciertos del Conservatorio, numerosos solistas y los Coros Rusos Vlasoff. Las obras eran solamente tres: una "Cantata", de J. S. Bach, la "Oda a la Francia", de C. Debussy y "La Pasión Negra", de Marius François Gaillard. Es a esta última que habremos de referirnos.

Primeramente será necesario advertir que este músico es a la vez pianista de nota (intérprete admirable de Debussy), di-

rector de orquesta prestigioso y compositor interesantísimo.

En resumen, una de las figuras jóvenes de Francia del mayor valor.

Por Acario Cotapos, el compositor chileno, conocemos a Gaillard. Nos recibe en su estudio entre partituras, instrumentos, libros, affiches, programas, todo en perfecto orden. Aquí se nos revela intimamente el sentido de organización admirable suyo, que nos aclara en gran parte el enigma de cómo puede desarrollar tantas y tan diversas actividades sistemáticamente.

Escuchamos sus apreciaciones acertadísimas sobre la música de vanguardia, sus puntos de vista sobre los problemas armónicos complejos de nuestra época. De una cultura sólida, concibe todo en arte, rechazando sólo lo vulgar, lo trivial. Admira a Bach, y en general a los clavencinistas, como también siente profundo respeto para el Strawinsky de 1932, el del "Concierto en Re para violín y orquesta". Pleno de dinamismo juvenil, hay severidad y criterio en su charla, en sus actitudes. Habla de su "Pasión Negra" con sencillez, explicándonos su estructura, señalando los temas y el proceso interno de su obra. Es el tipo del músico de hoy, consciente y animoso.

En el concierto hemos hallado al músico audaz y sabio, que descubriéramos en la intimidad del hogar.

"La Pasión Negra" es un oratorio, donde Gaillard ha echado mano de todos los recursos con que cuenta el músico moderno. La percusión ha sido aumentada con la introducción de diversos instrumentos típicos afro-cubanos: el "clave", "bongo", "güiro", "maraca", etc. Por cierto que los aparatos de ondas eléctricas más modernizados (tipo Martenot), también participan en la partitura. Además, incluye Gaillard cuatro alto-parlantes para los cuales hay partes escritas especialmente.

El texto de "La Pasión Negra" se debe a Alejo Carpentier, escritor y músico franco-cubano de vasto renombre, y gira alrededor de figuras y panoramas típicos de Cuba, donde los elementos poéticos del dialecto "ñañigo" concurren a enriquecer el vocabulario general de la obra. La máquina y el hombre blanco esclavizan al mulato de las plantaciones azucareras, y lo que al comienzo fué un remanso pastoril en el desarrollo del tema va brutalizándose en ritmos atormentadores, en voces que claman piedad, para culminar en la rebelión

de los esclavos, la destrucción de las máquinas y el caos tumultuoso y ensordecedor.

Cómo el músico ha logrado el acoplamiento rítmico sorprendente, se explica en parte al considerar que Alejo Carpentier es un conocedor profundo de la ciencia musical. Pero debemos anotar la potencia esplendorosa que logra crear el músico, sin que ésta decaiga un sólo instante.

El cuarteto de saxofones inicia la obra con un tema pastoril simple que ha de dar paso a un bello coro "a capella", que a su vez permite la iniciación del motivo rítmico entrañando el advenimiento de la máquina.

Aclaremos antes de proseguir, que en ningún momento participan elementos mecánicos mismos, y la sugerencia está hecha a través de medios rítmicos altamente musicales, sin entrañar un sentido imitativo, que haría desmerecer su valor artístico.

A veces los solistas dialogan con el coro, otras éste dispara ritmos hablados, o números simplemente, y a decir verdad el escollo de la obra recae en la masa vocal. En esta primera audición, participaron brillantemente los coros de A. Vlasoff, que como es sabido, han estrenado diversas obras de Strawinsky, con una perfección difícil de lograr.

Los ritmos afro-cubanos, de compleja estructura, son el armazón integral de esta extraña "Pasión Negra". Su crudeza y sensualismo domesticado hasta un prestigio artístico, pueden participar en obras de gran aliento gracias a la maestría y el contacto directo que tanto poeta como músico han tenido con los panoramas antillanos.

Anteriormente a esta obra, diversos compositores cubanos habían orientado sus producciones en este sentido. Citaremos a Amadeo Roldán con su "ballet" "La Rebambaramba", Caturla con "Benbé" y San Juan con "Liturgia Negra" (este último es hispano-cubano). Pero es sólo en la obra que hemos comentado donde pueden encontrarse acribillados estos magnéticos ritmos que el África legendaria ha dispersado por los mares de las Américas. Podemos pues decir que el ritmo afro-cubano que ya invade a París tiene el visto bueno para los cuatro puntos cardinales y que estamos en la zona de una nueva ola de color, que sacudirá nuestros ánimos del letargo habitual, para alejarnos de la música de ritmos muertos.

PABLO GARRIDO.

L A C A R T A (Continuación)

Y entonces la madre tomó al nene en brazos y gritó con voz atormentada:

—¡Oh, pájaros, pájaros! ¿Por qué seguís cantando si mi corazón está yerto de dolor?

Dieron todos juntos rienda suelta al llanto, y el murmullo entrecortado de sus so-

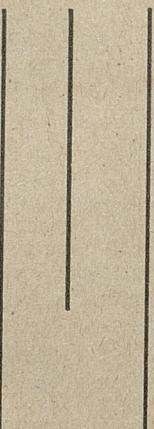
llozos subió hasta el cielo desde el campo aquél, tornado súbitamente triste y solitario. Y subió, subió hasta el límpido cielo azul, en el que las alondras seguían cantando su melodía triunfal...

"LECTURAS"

merecen un retrato



La Argentina, primera figura actual del baile español, que no hace mucho fué condecorada por el Premier Azaña, con la Cruz de Isabel la Católica.



Emilio Castelar, el intelectual, tribuno, orador y Presidente de la Primera República Española, cuyas fiestas centenarias se realizaron brillantemente en España.



Máximo Gorki, que ha recibido recientemente los más grandes homenajes del pueblo ruso, con motivo de cumplir 40 años de vida intelectual. La aldea en que nació, una famosa calle de Moscú y el Teatro de Arte de esa misma ciudad, llevan hoy su nombre.



Hitler, el caudillo fascista alemán, que no cesa de revolver y enturbiar la política de su patria.



Gandhi, el simpático caudillo, que declaró la huelga del hambre, obteniendo así del Gobierno Británico algunas conquistas para los millones de hombres que lo siguen.

EL ALMA

EL ALMA



por Augusto D'Halmar

D'HALMAR

Justamente con las sombras de la noche, la neblina ha ido invadiendo el puerto y sofocando el ruido que vomitan las tabernas subterráneas; voces enronquecidas, choques de copas, taponzos; y por las callejuelas no más anchas que un canal, la música de un piano o de algún organillo ambulante, la canción interrumpida y reanudada de los marineros que circulan en comparsas... Todo esto contrasta violentamente con el hotel que acabamos de dejar, donde una iluminación profusa, congregaba a los comensales y realizaba sus brindis la melopea discreta de los violines. El bajo puerto cobra su aspecto amenazador de las noches y Cristián y yo lo atravesamos en dirección a la explanada.

Brisa y olor de mar. De codos en el acantilado, consumimos en silencio esta última hora de estar juntos; porque el marino, que ha fondeado ayer, deberá zarpar mañana... Envuelta por la bruma, las señales de a bordo parece que lloran, mientras el faro brilla a lo lejos con intermitencias que son como silencios entre dos gritos. ¿Qué es lo que piensa mi amigo? Uno que otro oficial, embozado en su capa, penetra al embarcadero luciente y resbaladizo como una pizarra; Cristián y yo lo seguimos con la vista. Despréndese del muelle una embarcación y con su farol sangriento se desliza al ras de las aguas, entre los barcos anclados, sobre la bahía quieta... Así se irá él, en una hora más. Brisa y olor de mar. Ha sonado una campanita; el rosario de focos se apaga súbitamente y adquiere la resaca, un rumor más misterioso. Sólo los fuegos de los vigilantes doran todavía los vuelcos de las olas a todo lo largo del malecón... ¡Pobre Cristián! Y a nuestro alrededor las luminarias de la ciudad y las luces de los cerros aparecen como prendidas en aquella malla sutil que envuelve también a las estrellas.

—En una noche así..., dice él.

Me estremezco y hundo mis ojos en los ojos de este hombre que se me parece como otro yo...; sus ojos cansa-

dos de la redondez de la tierra. (Algunos hombres hacemos pensar en esos pájaros que han caído en una habitación cerrada). Mientras yo vejeto en mi rincón, él pasea por el mar, bajo todos los cielos, mis mismas angustias y mis ansias. Y se me figura que es un espíritu desprendido de mí; que toda la vida es un sueño; que yo duermo y que él es mi espíritu errante.

...El hechizo tal vez no se deshaga nunca. No tiene el marino, que no ha querido echar ancla, otro hogar que su camarote; pero en mi habitación está todo lo que le concierne: sus pinceles y sus libros; también sus retratos de familia, uno sobre todo que se parece vagamente a alguien que no conoceremos nunca.

—¿Piensas en el retrato?, me pregunta Cristián; ya sabía que pensabas en eso porque yo te iba a contar esa historia.

Después se calla y yo no tengo para qué apremiarle. Nuestro pensamiento se completa y la mitad de la historia me la contaré yo mismo; la otra mitad hago por recordarla, aunque no la haya sabido nunca.

—En una noche así, me repite mi compañero, yo estaba en Amsterdam, en tierra, en una de sus noventa islas que reúnen trescientos puentes. Allá esta atmósfera gris no se disipa y es más húmeda y más fina. En pleno día, lo envuelve y lo suaviza todo, la Amstelodamum medioeval, sus monumentos y sus astilleros, las aguas del golfo, los verdes campos entrecruzados de canales, con enormes perspectivas donde manotean las aspas de los molinos; el viento del Mar del Norte se esfuerza inútilmente por despejarla. ¿No nació allí Benedictus Spinoza?

Había desembarcado en la mañana, para visitar el cementerio porque era conmemoración de los difuntos y tú sabes el culto que les profeso; son mi religión y mi familia y, como junto a cualquier parroquia no deja de haber un camposanto, los encuentro por donde-



quiera que vaya. Otros hay que socorren a los pobres y otros que atienden a los enfermos; en cuanto a mí, yo visito los muertos.

Solo recorri el panteón del Oeste, donde reposan los burgo-maestres, y el cementerio general. Había encontrado, como en las iglesias de Bretaña, los epitafios de muchos marinos, pero, como en todas partes, allí no estaban sino sus nombres: los marinos tienen otra tumba más a su gusto; y andando esos mue-

lles que son una obra de arte, yo interrogaba el Mar del Norte que como la eternidad guarda su arcano. Pensaba en todas las relaciones de naufragios que han llegado a mis oídos y, sobre todo, en aquel legendario abuelo D'Halmar que ha resucitado en mí. Tú sabes, era un capitán escandinavo, su buque se llamaba el "Témpano" y nunca se supo ni de uno de los tripulantes.

Cuando sobrevino la noche, pensaba volver a comer a bordo, pero la hora

me sorprendió demasiado lejos y entonces lo hice en el Círculo Naval. Yo vestía el uniforme de la marina mercante y alrededor mío se hablaba con todos los acentos el argot marino, que es como un idioma universal. Había oficiales flamencos, oficiales rusos, un duque portugués con su estado mayor, y todos, ciudadanos del mar, fraternizábamos como se debe.

A los postres me invitaron, de una mesa vecina, a una copa en el casino y en bulliciosa compañía prolongué mi sobremesa. Al despedirme de mis improvisados amigos me sentía tan mareado que penetré en uno de los fumaderos del Círculo y fui a tumbarme en el diván... Soñé que iba por la playa de un mar sin término, a mi otro lado no había sino dunas. De pronto se alza un viento caliente y las montañas de arena y las olas enormes se precipitan unas contra otras. Todo desaparece. Ahora un peñasco impera, solitario, y un faro que no alumbría a nadie. El terror me sobrecoge. Algunos pájaros se dan de cabezadas contra el fanal; y yo corro y como mis piernas son muy largas, para correr más ligero, me las echo a la espalda.

Debo de haber dormido lo menos una hora, porque cuando salí del Círculo, la esfera iluminada de la Iglesia Nueva, indicaba más de las doce. Entonces apresuré el paso por aquellas calles con balaustradas de piedra, limpias y tranquilas, cruzando viaductos seculares. Había olvidado decirte que todo Amsterdam está sobre pilotes y se hace debajo ese misterio fascinador de los muelles o de los arcos tendidos sobre la presa de los molinos. Abajo la sombra y en la sombra, el agua... Te aseguro que si no me coge uno de esos encantos, no me suicidará nunca.

Así llegué al embarcadero; pero como no viera el bote que debía esperarme, busqué otro que me transportase. De repente la marea pareció extraer uno de debajo de la escala y cuando salté a él, silenciosamente, sin aguardar mis órdenes, el remero se hizo conmigo mar afuera.

Como te dije, en Amsterdam se enseñorea la neblina, y en el puerto, sobre todo a las altas horas, no es tan fácil distinguir un objeto de otro. El bote se detuvo cuando debíamos haber recorrido, más o menos, la distancia que separaba a mi buque; cogí la escala y subí; pero una vez sobre cubierta, reconocí mi error: aquél no era mi buque.

Me disponía a descender nuevamen-

te, pero un rumor de remos me paralizó; el barquero que me había traído ganaba la costa rápidamente.

Entonces grité, y mi voz se embotó en la niebla. Di con el pie en el puente y furioso quise echarme a nado. Más lejos o más cerca, se distinguían las luces de los demás barcos y habría sido difícil orientarse para reconocer el mío.

Y mientras tanto ni un rumor en el navío que había abordado; no se veía por ninguna parte al centinela del portalón, ni se oían los pasos del oficial de cuarto. Me aventuré algunos metros, con cierta zozobra porque podían confundirme con un contrabandista, y disparar; después, visto que nadie acudía, cobré ánimos, y al poco rato acabé por desear que alguien me sorprendiese, de otro modo mi situación se prolongaría hasta quién sabe cuándo.

Un ruido lejano que provenía del entrepunte y algunos rayos de luz que se filtraban por una escotilla hicieron que descendiese. Me hallé en un pasillo oscuro y de pronto una mano se apoyó en mi hombro y una voz muy dulce me interrogó en noruego.

Tú sabes, que por tradición, yo poseo aquella lengua. El que hablaba debía ser un hombre joven, le expliqué mi percate y entonces, siempre en la oscuridad, él impartió algunas disposiciones y en seguida me invitó a que descansara unos momentos en su cámara, mientras aparejaban un bote.

Sólo cuando penetraron al recinto alumbrado, pude ver a mi interlocutor y me quedé perplejo. Yo había conocido en alguna parte aquel rostro... ¿no se parecía a ti?... pero tú mismo te me pareces tanto, que también podía ser que se pareciese a mí.

Permanecí algunos momentos con mi huésped; se comprendía que era una de esas naturalezas taciturnas que, si uno se calla, recaen en su ensimismamiento, y fueron contadas las palabras que se cruzaron entre nosotros; pero cuando me puse en pie para despedirme, ocurrió algo absolutamente inesperado; me miró primero, con los labios temblorosos, y después, retrocediendo, volvió a dejarse caer en el sillón que había ocupado; yo permanecía en pie atónito, sin saber si se trataba de un enfermo; en torno nuestro, en todo el buque, parecía haberse suspendido la vida; de pronto alzó la cabeza de entre las manos y volvió a contemplarme. ¡Dios mío!, ¿a quién se parecía aquel hombre? Descolgó de la pared un retrato y lo puso en mis manos, sin proferir palabra.

Caminábamos uno al lado del otro por los sombríos pasillos; salimos al aire libre, llegamos al pie de la escala sin haber encontrado a nadie, y sólo entonces mi extraño guía me dijo algo que me pareció un sueño.

"Cristián — me dijo —, guarde ese recuerdo del "Témpano".

Aun no volvía en mí cuando me hallé en mi buque; no podría haber dicho quién me había transportado, ni cuánto había durado nuestra travesía. Pensamientos incoherentes me asaltaban el cerebro: 1.º de noviembre... los muertos en el mar;... ¿tal vez vagan los espejos de los buques?, ¿necesitan, también, recalcar, de cuando en cuando en los puertos de los hombres. Tal vez cada año, en aquella fecha, se congregará en derredor nuestro una escuadra fantasma; de una a otra torre, enviarían

órdenes los porta-voces; pero las palabras no serían sino ecos, es decir, sombras de palabras.

Y así vagaba el barón D'Halmar, desde hacia medio siglo, y era entre la bruma de Amsterdam, una noche de difuntos, cuando yo, su nieto, había celebrado con él aquella extraordinaria entrevista a bordo del "Témpano"... ¿No sería que un barco que ha ocupado un lugar en el espacio, no puede desvanecerse sino muy lentamente... ¿Habría estado a bordo del espejismo de un buque, de su imagen, de su recuerdo? Pero, ¿y ese cuadro que quedaba en mi poder?

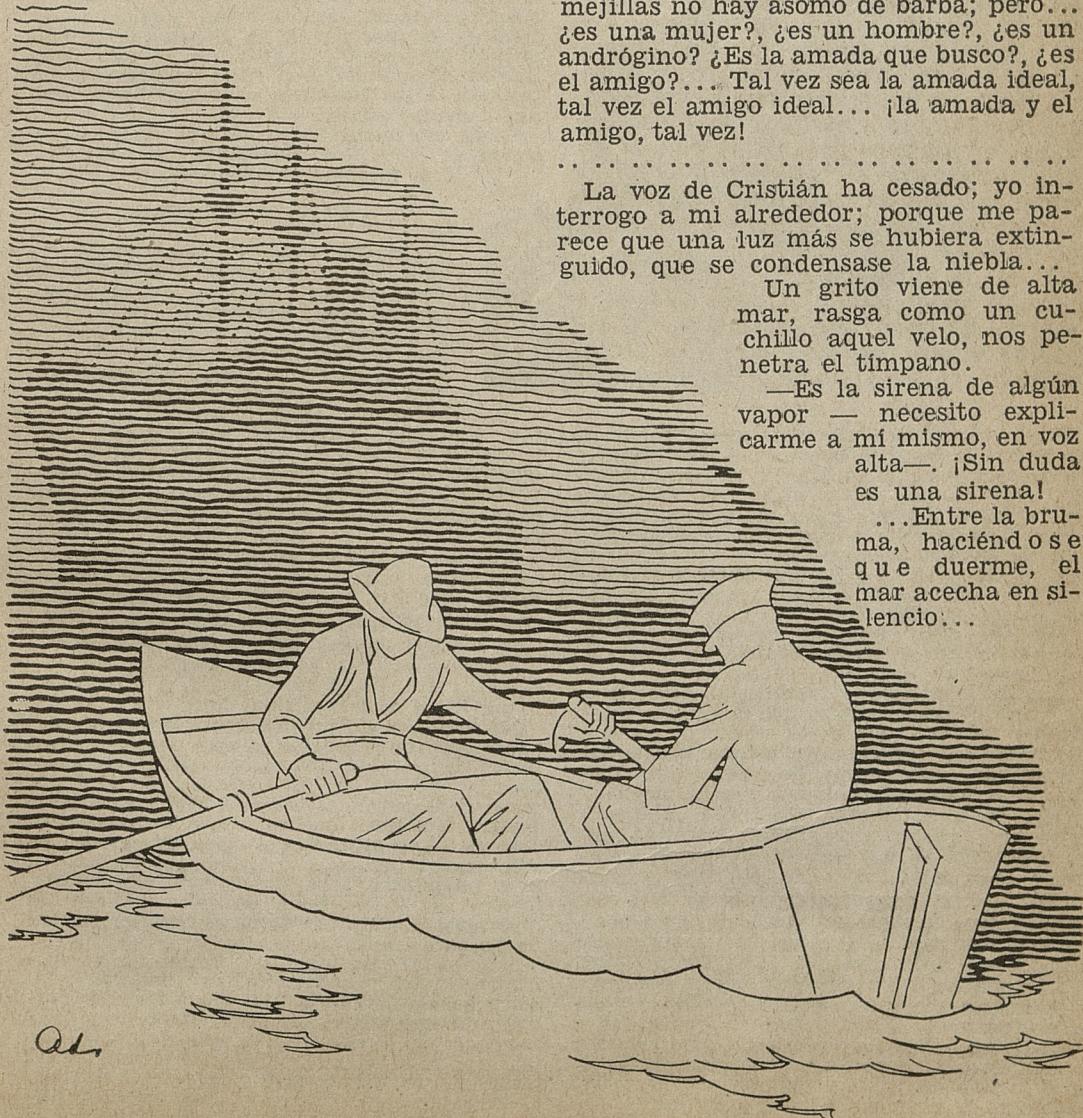
Porque entre mis manos estaba aquella miniatura que, tantas veces, me has preguntado a quién representa; ¿a quién? ¿Al abuelo D'Halmar? ¿O no habrá nacido aún el que está retratado en ella? Tiene los cabellos largos y en sus mejillas no hay asomo de barba; pero... ¿es una mujer?, ¿es un hombre?, ¿es un andrógino? ¿Es la amada que busco?, ¿es el amigo?... Tal vez sea la amada ideal, tal vez el amigo ideal... ¡la amada y el amigo, tal vez!

.....
La voz de Cristián ha cesado; yo interrogo a mi alrededor; porque me parece que una luz más se hubiera extinguido, que se condensase la niebla...

Un grito viene de alta mar, rasga como un cuchillo aquel velo, nos penetra el timpano.

—Es la sirena de algún vapor — necesito explicarme a mí mismo, en voz alta—. ¡Sin duda es una sirena!

...Entre la bruma, haciendo ose que duerme, el mar acecha en silencio...





Vidente, después de 22 años de ceguera

¿Cuáles son las impresiones de un ciego de nacimiento al ver por primera vez?

era la vista, constantemente trataba de hacerme comprender de algún modo práctico su poder y sus ventajas. A propósito del concierto, me dijo:

—Earl, cuando tu veas estarás más contento que ahora. Hermosos colores, rojo, verde, azul, amarillo y todos los demás, el cielo, los crepúsculos, montañas, árboles, ríos, prados, flores, jardines, el mar y toda la Naturaleza te producirán un encanto mayor que la más dulce música del mundo. Son estas bellezas las que inspiran a los hombres los maravillosos sonidos llamados música.

Desde ese momento yo ansiaba estar en posesión de ese misterioso medio que ensancharía incommensurablemente mi vida.

MI VIDA DE CIEGO

¿Resultará extraño saber que yo era feliz en mi ceguera? Muchas gentes creen que los ciegos de nacimiento son desgraciados, deprimidos, sin esperanzas, pero no es así. Solamente los que han perdido la vista son desgraciados porque saben lo que su pérdida significa. Los ciegos no.

Cuando llegué a la edad de la razón comprendí que había una extraña diferencia entre mi y las gentes que tenían un quinto sentido. Me consideré inexplicablemente aventajado por ellos, pero no afligido. Nunca me agrié, me sentía feliz y gozaba de la vida.

Mientras permanecí extendido en la mesa de operaciones aguardando el anestésico, me di cuenta que mi irresistible ansia humana de una felicidad mayor podía abrir ante mí anchos campos donde nunca antes había oído y sentido mi camino. No tenía miedo sin embargo; me consumía la curiosidad y el interés por lo que iría a ocurrir al final de mi aventura.

Me atenaceaban preguntas que quedarian para siempre sin respuesta en caso de que la operación fallara. Me interrogaba: ¿cómo será eso de ver?, ¿a qué se parecerán los colores? No podía imaginarlo. Al ciego de nacimiento se le pueden enseñar muchas cosas sorprendentes, pero no el significado del color. Si se les dice rojo pueden aprender la palabra y recordarla, pero no pueden concebir siquiera una imagen mental de la impresión de color, ya que los otros cuatro sentidos que poseen no les dan un medio para identificarlos.

Trataba de imaginar el contraste que se produciría entre mis impresiones mentales y el contacto con la realidad. Me había formado muchísimas impresiones como resultado de mi experiencia en la vida y en la escuela donde había recibido la educación correspondiente al Liceo, en el Instituto para ciegos de Overbrook. Creía saber como era cada cosa, pues la Na-

Una mañana, hace diecisiete meses, fui transportado a la sala de operaciones del Hospital de Graduados en Filadelfia. El cirujano doctor G. H. Moore me había dicho que su bisturí me otorgaría un misterioso e incomprendible poder llamado vista o destruiría para siempre toda posibilidad de adquirirlo.

Naci ciego en 1908 y durante 22 años viví envuelto en una niebla opaca y densamente negra; apenas si tenía una vaga conciencia óptica de que algo cambiaba ligeramente en las sombras de mi alrededor, cuando yo encaraba una fuerte luz.

Lo más misterioso e inexplicable respecto a los ciegos de nacimiento es que no pueden comprender el significado de la visión, de manera que la idea de ver era para mi tan impenetrable como la de la muerte. No obstante, por muchos años había anhelado ver y en el momento en que iba a ser operado este anhelo me poseía como una pasión intensísima. Mientras me transportaban yo iba rezando porque la operación tuviera éxito.

¿Por qué, si no podía comprender el poder de la vista, deseaba tanto ver? Mi deseo nació de una experiencia que me hizo comprender que con ello podría ser más feliz. Tenía 9 años cuando mi tío Dick me llevó a un concierto y la música me causó un hondo placer y así se lo dije.

Mi tío es óptico de profesión y tuvo siempre la idea de que yo poseía cierta potencia visual, pues insistía en encarar de continuo las luces poderosas. Y como no podía explicarme lo que

turaleza me había ayudado grandemente a agudizar mis cuatro sentidos. A causa se mis impresiones adquirí ciertos conceptos, por medios que quedan más allá de la imaginación corriente; por ejemplo, yo me daba cuenta cuando el tío Dick entraba a una gran sala llena de gente, y no por sus pasos y sus palabras, sino por su respiración. No podía imaginar como sería mi tío a pesar que con frecuencia el mismo se describía detalladamente. ¿Cómo seré yo? Fue la última pregunta que me hice mientras me hundía en la inconsciencia.

Antes de contar el éxito de mi operación y las extraordinarias experiencias que siguieron, deseo relatar algunas escenas de mi vida de ciego para que se comprenda mejor lo que es haber nacido sin vista.

MI DIFERENCIA CON LOS DEMAS NIÑOS

Sólo a los ocho años me di cuenta de que yo era diferente de los demás. El hecho de que mis hermanos y otros niños podían hacer cosas que a mí me eran imposibles, me hizo deducir que ellos tenían extrañas ventajas sobre mí.

Los juguetes me dieron las primeras ideas e impresiones sobre los objetos materiales, despertando el interés por la vida que me rodeaba, impresiones que obtuve por medio del tacto.

Cuando tenía nueve años mi tío me permitió moverme libremente en su joyería, por lo cual mis impresiones de la gente y del mundo se multiplicaron rápidamente y adquirí una especie de sexto sentido respecto de las personas, basado en conclusiones que yo obtenía de sus goces, de sus actos y de un aire de sinceridad o engaño que irradiaba de ellas.

Al principio el hecho de vender me fascinaba y llegué a la convicción de que yo debía ser un comerciante (este convencimiento es más fuerte ahora que yo puedo ver las mercancías). Iba acumulando impresiones de las cosas inanimadas por medio del tacto y del olfato, aunque algunas veces contribuía también el oído. Sabía dónde estaba cada cosa en la tienda y mi mente trabajaba mecánicamente para apreciar las distancias entre ellas. Me compró una bicicleta para que aprendiera a usarla dentro del almacén y pronto pude lanzarme a toda velocidad por los pasillos y girar en los rincones sin un titubeo. Mi audición era tan aguda que era capaz de percibir el ruido de los tranvías antes que los demás los vieran y como viajaba frecuentemente con mi tía por la Avenida Woodland, a veces le llamaba la atención para decirle: "En la próxima esquina debemos bajarnos tía", cosa que siempre la dejaba sorprendida. Mecánicamente y con la debida corrección iba contando las detenciones del tranvía.

Poco después de que el efecto de la música hizo surgir en mí el deseo de ver, me enviaron al Instituto de Overbrook, donde pasé 8 años de una existencia interesante y satisfecha. Allí aprendí a tocar el saxofón y en compañía de otros dos compañeros que tocaban el piano y el cornetín, formamos un trío que los demás alumnos bautizaron "el trío armónico".

PREPARANDO LA OPERACION

Mi tío, guiado por su idea sobre la posibilidad de mi potencia visual, interesó en mi caso al Dr. G. H. Moore y me llevó a su oficina. Después de una minuciosa investigación, se formó la idea de que tal vez con una pupila artificial para mi ojo izquierdo, pudiera obtener una visión parcial; pero al mismo tiempo nos dijo con toda franqueza que no había seguridad de éxito y que podría ocurrir un fracaso

completo. Ansioso de obtener el poder de ver, me decidí inmediatamente a correr el albur.

Al volver del anestésico, me encontré sumido en la oscuridad a causa del denso vendaje. Permanecí así dos días, bastante molesto y en un estado de ofuscación que me impedía anticipar ningún pronóstico. Un sobresalto me cogió cuando supe que me iban a retirar las vendas. Había llegado el instante supremo: iba a ver o a quedar irremisiblemente ciego para toda la vida. Temblaba de miedo.

EL COLOR ES EL MILAGRO DE LA VISION

Cuando el doctor removió las vendas, la luz hirió mis ojos como el filo agudo de una espada; me dolía el cerebro como si le aplicaran fuego. Cerré los ojos inmediatamente, pero aun en ese momento de dolor y de tan violento choque, me sentía supremamente feliz. No había alcanzado a ver nada, sino el resplandor de la luz, pero me di cuenta que la operación había tenido éxito. ¡El doctor Moore me había libertado para siempre de la presionante niebla negra! A mi primera impresión, siguió un sentimiento de infinita gratitud para él y para mi tío Dick.

Durante una semana fui incapaz de resistir la brillantez del día. Permanecí en cama abriendo y cerrando de continuo los ojos para acostumbrarlos a la luminosidad, pero aún no tenía conciencia óptica de nada. Al décimo día se me permitió mirar a mi alrededor. La primera cosa que vi en mi vida fueron mis manos cruzadas sobre el pecho; no vi sus formas, sino el color. No puedo describir el júbilo que se apoderó de mí a la vista de mis manos delgadas. ¡Súbitamente comprendí que el color es el milagro de la visión!

Abri de nuevo los ojos para sumergirlos en el estremecimiento de ver y reconocí la alfombra del piso, no por su apariencia sino por su posición. Después los colores de las murallas me cautivaron. Naturalmente no sabía distinguir un color de otro por los nombres; alguien tuvo que decirme cuál era rojo, cuál azul, etc y sólo entonces aprendí a asociar estas dos cosas: la impresión y el nombre. Comprendí también que tendría que reeducarme para el uso de mi nuevo sentido.

Un mes más tarde me ví por primera vez en un espejo, y esta fué la sorpresa más grande de todas las que he experimentado. Mi primera reacción fué un estremecimiento y una sensación de felicidad; la próxima fué de sorpresa. Las personas me han interesado más que todo y a todos los encontraba hermosísimos. No tenía idea de que hubiese tanta gente en el mundo y nunca olvidaré la impresión que experimenté al mirar por primera vez en Filadelfia una muchedumbre de miles de individuos juntos.

Durante dos semanas estuve sin salir, pero tenía tales ansias de contemplar el mundo exterior, que después de ese tiempo, salimos a la calle, con el tío, después de almuerzo. Por el tacto, conocía cada árbol de nuestra cuadra, pero, ¡oh, qué gozo el de verlos, y asimismo, las gentes, los perros, los gatos y los edificios! En la esquina jugaba una banda de niños; los contemplé extasiado, dándome cuenta al fin de por qué me aventajaban mis hermanos. El tamaño de las casas me asombró; imaginé como sería la impresión ante los rascacielos! Sobre todo me llamó la atención la manera como se colocaban los ladrillos. Más tarde, al salir del ferrocarril subterráneo y ver tanta gente que iba apresuradas en todas direcciones, fui presa de un verdadero pánico.

(Continúa en la pág. 49).

LA FUGA DE GRETA GARBO

Mientras Hollywood vestía un día traje de luto para despedir a Greta Garbo, en Estocolmo, la ciudad de la rubia estrella, se tejían guirnaldas para el día de su regreso. Greta Garbo ha enseñado a sus compatriotas cómo se triunfa en toda la línea, cómo puede salir de un país lejano y frío una muchacha desconocida sin más equipaje que una cabellera rubia de espiga y un gran temperamento artístico y volver convertida en una especie de ídolo mundial, de deidad adorada por toda una generación. Porque es innegable. En la evolución del adolescente, un poco antes de la etapa en que llega la preocupación por las cuestiones sociales, está la etapa más sencilla y frívola, más fácil y cómoda, del cinematógrafo y las estrellas. Y no hay ciertamente en el mundo un muchacho de 16 años que no haya suspirado ante los ojos profundos y la actitud languidesciente de Greta Garbo.

Los productores de películas de Hollywood hicieron hasta lo imposible por quedarse con Greta Garbo, porque la estrella máxima no abandonara los estudios. De siete mil dólares semanales, que era su sueldo, (algo así como trescientos y tantos mil pesos chilenos), se le ofreció subirle a diez mil. Ella pidió catorce. Los productores juzgaron que era un salario exagerado y la estrella preparó entonces sus maletas. Naturalmente a última hora hubo nuevas proposiciones, gestiones rápidas, a la norteamericana. Pero Greta tenía su resolución tomada. La nostalgia de los fiords vivía en el alma de la bella sueca. La visión de su tierra nebulosa y de desdentado litoral llenaba ya sus ojos y no fue posible detenerla en su fuga.

Así fué, pues, como abandonó Hollywood, desde donde había conquistado al mundo. Contrariamente a lo que hacen las demás estrellas, que tienen buen cuidado de avisar a los fotógrafos cuando van a salir de Hollywood por un par de días, Greta Garbo se preocupó muy bien de evitar a los fotógrafos, repórteres, amigos y admiradores es-

pontáneos. Sin quebrar su línea de vida silenciosa y modesta, ocultamente, tomó el tren que la alejaba de Hollywood para siempre.

El cable ha dado cuenta de su llegada a Suecia, donde verdaderas multitudes esperaban junto al mar gris como una plancha de acero, el desembarco de su compatriota. Aún no largaba sus anclas el vapor en que llegó, cuando Greta estaba cubierta literalmente de flores y prisionera en un círculo de homenajes. Compatriotas no fué tan esquiva. Supo prodigarse co y abandonó el barco en medio de aclamaciones raras, usadas muy raramente por los fríos habitantes de Suecia.

Y ahora ha ido a encerrarse en su hogar. Parece que echaba mucho de menos la vida sencilla, sin complicaciones sociales, en una casa modesta, junto al mar y a la disparesa, entre la niebla humosa del invierno de Suecia.

Ha defraudado a muchos, sin duda, que aún docenas de películas de esa fría esfinge. Pero tisfecho un anhelo puro y propio, constante y a como era el de vivir ya tranquila para siempre, a casa pequeña de un puerto de su patria.

SCARFAC



"LECTURAS"

CINE



ACUSACION CONTRA CHAPLIN

La última película de Chaplin, el film que misteriosamente se nombra, Luces de la Ciudad,

lladoras de Scarface Al, del universo finito aunque limitado, de las espaldas cenitales de Greta



Chaplin, hace algunos años. (Hoy tiene los cabellos totalmente blancos).

ha conocido el aplauso unánime de todos los críticos; verdad es que su impresionante aclamación es más bien una prueba de nuestros irreprochables servicios telefónicos y postales, que un acto personal, presuntuoso. ¿Quién iba a atreverse a ignorar que Charlie Chaplin es uno de los dioses más seguros de la mitología de nuestro tiempo, un colega de las inmóviles pesadillas de Chirico, de las fervientes ametras-

Garbo, de los tapados ojos de Gandhi? ¿Quién iba a descubrir que su novísima comédie larmoyante era de antemano asombrosa? En realidad, en la que creo realidad,

este visitadísimo film del espléndido inventor y protagonista de La Quimera del Oro, no pasa de una lánguida antología de pequeños percances, impuestos a una historia sentimental. Alguno de estos episodios es nuevo; otro, como el



Otro de los grandes roles que el bufo ama, es el de Cristo, en el cual se lo imagina así un dibujante.

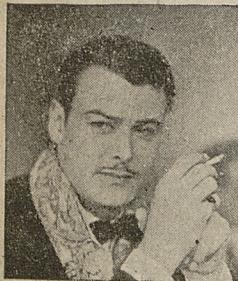
HOLLYWOOD EN GOTAS

TRIUNFAN UN TENOR Y
UNA CANCIÓN NUESTROS



Uno de nuestros compatriotas que actúan en Hollywood, el tenor Francisco Flores del Campo, ha hecho pasar a productores, artistas y aficionados, momentos deliciosos, en recitales que se estiman inolvidables. En el último de ellos obtuvo un exitazo con la canción chilena "No supiste apreciar mi querer", de la escritora Magdalena Petit, autora de "La Quintrala".

UN SUECO Y UN URUGUAYO



Nils Asther, actor sueco—compatriota de Greta Garbo—acaba de arriesgarse a hacer el papel de un muchacho uruguayo para la pe-

lícula "Letty Lynton". Se cuenta que durante la Olimpiada de Los Angeles no perdió ocasión de codearse con los campeones uruguayos, a fin de observar sus gestos y su manera de ser. Es de desear que este papel no sea como el del lamentable "gaúcho" que hizo Douglas Fairbanks.

DECADENCIA DE CLARA BOW



Se comenta en la ciudad del cine el hecho de que Clara Bow esté un poquito decaída, sin filmar grandes cosas ni promover grandes escándalos. Esto al parecer, ocurre desde que Clara se casó con el joven cow boy Rex Bell. ¿Podría deducirse de aquí la moraleja de que las actrices alegres no deben casarse?

¿Y CHAPLIN, HOMBRE POR DIOS?

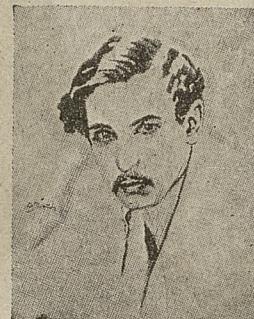
Este Chaplin es uno de los hombres más flojos del mundo, sin duda. Filma una película, (claro que una gran película), y se manda cambiar a Europa a recibir el homenaje de los franceses, los ingleses y hasta los alemanes, a quienes ridiculizó



en forma sangrienta en la película "Armas al hombro". Pero ya está bueno, ¿verdad?, que nos llegue algo más de Chaplin. Hay que fijarse que hace ya más de un año del estreno de "Luces de la ciudad".

VON STERNBERG
Y PARAMOUNT

Dicen que ahora el gran "metteur" alemán Joseph von Sternberg, descubierto por Chaplin y hoy por hoy maestro de arte de Marlene Dietrich, está a partir de un confite con los jefes de la Paramount, con quienes, co-



mo se recordará, tuvo no hace mucho un fuerte entredicho, a raíz de un argumento que había preparado para que filmara Marlene...

ACUSACION CONTRA CHAPLIN
(Continuación).

de la alegría técnica del basurero ante el providencial (y luego falaz) elefante que debe suministrarse una dosis de *raison d'être*, es una reedición facsimilar del incidente del basurero troyano y del falso caballo de los griegos, del preferido film *La vida privada de Elena de Troya*. Objecciones más generales pueden aducirse también contra *City Lights*. Su carencia de realidad sólo es comparable a su carencia, también desesperante, de irreabilidad.

City Lights no consigue irreabilidad, y se queda inconvincente. Salvo la ciega luminosa, que tiene lo extraordinario de la hermosura, y salvo el mismo Charlie, siempre tan disfrazado y tan tenue, todos sus personajes son temerariamente normales. Su destartalado argumento pertenece a la difusa técnica conjuntiva de hace veinte años.

J. L. B.

Sus Lindos Ojos

Por
Elisabeth
Mulder



Diego Hernando cogió las facturas y, con ellas en la mano, se precipitó en el cuartito donde María Celeste cosía.

—¡Te equivocas—rugió—si crees que voy a entramparme!

La chica levantó la vista de la costura y la fijó apaciblemente en su marido.

—¿Mucho, este mes, también?

—¿Mucho? ¡El doble de lo que deberíamos gastar!

—O la mitad de lo que deberíamos ganar.

—Me reprochas...?

—Nada absolutamente. Malos tiempos, hijo.

Crisis. ¡Qué hemos de hacerle!

—Otros hombres ganan menos que yo. Y viven mejor, sin estos apuros.

—¿Qué hombres son esos, Diego?

—La mayoría de los hombres. Lo que ocurre es que no tienen una mujer inconsciente y manirrota como tú.

—Bueno. Dame esos cuadernos, hazme el favor. Gracias. Siéntate a mi lado.

—¿Para qué?

—Vamos a repasar juntos los gastos de la casa (porque habrás notado que en esas facturas no hay ninguno personal mío), y si encuentras cinco céntimos, solamente cinco céntimos, que hayan sido despilfarrados, declaro con toda solemnidad que, en efecto, soy inconsciente y manirrota. Siéntate.

—¡No puedo! ¡Tengo que irme! ¡Tengo que trabajar! ¡Tengo que buscar dinero!

—Es cuestión de unos minutos. No creo que se te escape ninguna fortuna en ese tiempo. Anda, ven.

Fué, ¡qué remedio! Pero estaba como sobre ascas. Le tenía horror, verdadero pánico a estas excursiones por los libros de su mujer. El resultado era siempre el mismo: que la chica administraba a las mil maravillas... y que él le daba poquísimo dinero. ¡Pero qué iba a hacer si no ganaba más? Sólo que a María Celeste no quería confesárselo, no quería decirle: "Lo siento, chiquilla, ya sé que es poquísimo,

pero no gano más." No, eso hubiera sid declararse único culpable de la estrechez en que vivían. Y eso no, ¡no, por Dios! Que compartiera ella también la responsabilidad, que tuviera algo de culpa, que le aligerase un poco la carga del fracaso. ¿Pero lo hacía? No, ¡ca! De ninguna manera. Cogía los libretos, simplemente, y le decía: "Tanto de luz, tanto de carbón, tanto de mercado, tanto de piso, tanto de...", y cada uno de aquellos "tantos" estaba, preciso era confesarlo, reducido al mínimo. Y seguía: "...Y tanto de esto, y tanto de lo otro, suman tanto; resta: queda tanto." Es decir, cero. Menos que cero. Quedaban facturas por pagar.

—¿Qué te parece?

—Sí, bueno..., no sé... ¿Pero cómo se las componen los otros?

—Los otros, o tienen los mismos apuros que nosotros, o peores, o tienen más dinero.

—No sé. Ahí tienes a mi amigo Isidro: gana igual que yo.

—Tu amigo Isidro lleva zurcidos los pantalones (mal zurcidos), desflecada la americana, grasiendo el sombrero. ¿Cuándo has ido tú así?

—Sí, un poco desastrado sí que va el pobre... Pero comen bien.

—Como nosotros. Y tú te quejas aquí. ¿En qué quedamos? ¿Comemos mal o comemos bien? Ya sé, ya sé que no son banquetes nuestras comidas, pero... el sueldo tuyo no da para más. Como el de tu amigo Isidro. Sólo que en casa de tu amigo Isidro no se desayunan, y tú, en cambio, jamás te has ido a la oficina sin tu taza de café con leche, o de chocolate, y tus buenas tostadas.

—¿Cómo sabes que en casa de mi amigo Isidro no se desayunan?

—Porque me lo ha dicho su mujer. Ahora que yo no sé si es por cuestión de economía o porque ella no se levanta hasta las once. Dice que le da fiebre madrugar. A mí no, gracias a Dios. Yo estoy en pie antes que tú... con el desayuno.

—Di, Maricela, ¿no creerás que yo te echo en cara...?

—No, ya sé que tú no me echas nada en cara... excepto que gasto mucho.

—Tampoco. Que gastas mucho, no; que gastas más de lo que podemos, sí.

—Pues viviendo como vivimos, no hay más remedio. ¿Por qué no nos vamos a un pisito más pequeño, en un barrio más barato? También podría yo prescindir de la asistenta que viene a ayudarme por las mañanas y hacer todo el trabajo de la casa yo sola. Te he propuesto ya esto otras veces, pero...

De nuevo se indignó Diego. Tenía un carácter impetuoso y violento, aunque era bueno en el fondo, y a menudo sus estallidos de cólera hacían temblar la casa.

—¡Eso es! ¡Y que luego tu familia diga que te doy malos tratos!

—Trabajar, cuando no hay más remedio, no es ser tratada mal. Y, además, mi familia no vive aquí. Y ya comprenderás que yo no voy a contarte estas cosas. Tengo tanto orgullo como tú, aunque sea menos... sonoro.

Diego dió un brinco. Se puso furioso.

—¿Quieres decir que yo chillo?

—No. Quiero decir que gritas, vociferas y berreas. Ahora mismo se debe de haber entrado todo el vecindario de que no quieras que trabaje para que no se sepa. Eres de lo más contradictorio.

Diego se calló. La ira había llegado al rojo blanco. Se puso a pasear a grandes trancos por la habitación, arriba y abajo, arriba y abajo... Poco a poco, se fué calmando. María Celeste había cogido de nuevo la labor y cosía tranquilamente. No le miraba. No decía nada.

Cosía. Como si no hubiera nadie en el cuarto. Se detuvo ante ella y se lo dijo:

—Parece que no haya nadie aquí!

—Y ella, sin levantar los ojos de la costura, repuso:

—No pensarán lo mismo los del piso de abajo...

Diego bufó, carraspeó, comenzó de nuevo los paseos, se acordó de los del piso de abajo y se detuvo otra vez. De pronto sacó el reloj.

—Bueno—dijo—, es hora de que me vaya a la oficina.

María Celeste se levantó.

—Voy a cepillarte el abrigo.

Al lado de Diego, que era un hombretón corpulento y vigoroso, María Celeste, pequeña y frágil, parecía una muñequita. Al pasar junto a él, Diego la cogió por la cintura, la echó al aire, la hizo saltar como una pelota, y sujetándola por debajo de los brazos, la retuvo a la altura de sus ojos.

—Di, Maricela: ¿te debo parecer muy bruto?

—No, mucho no.

La echó de nuevo al aire, la recogió en los brazos y la puso suavemente en el suelo.

—Un día te voy a cubrir de brillantes de pies a cabeza, como una emperatriz. Voy a hartarme de ganar dinero. Y va a ser para ti, va a ser para ti, por tus lindos ojos. ¡Al tiempo!

—Muy bien. Voy por el abrigo.

Cuando Diego se fué. María Celeste se miró al espejo. ¡Sus lindos ojos! Sí que eran lindos. Los ojos más lindos que había habido jamás en su familia, donde todas las mujeres los tenían bellísimos. Más lindos que los de su madre, que aun llamaban la atención; más lindos que los de su abuela, a quien conocío la gente de su tiempo por "la de las dos estrellas". Más lindos que los de su sobrina Irene, y eso que los de esta chiquilla parecían dos soles. Más lindos que todos. Los ojos más bellos de España. Posiblemente los ojos más bellos del mundo. María Celeste los entornó poco a poco, para ver cómo caía sobre las mejillas la sombra de las largas y espesas pestañas. Recordó elogios, piropos, exaltadas alabanzas. De pronto exclamó:

—Bueno, ¡para lo que me han servido!

Y se fué a la cocina, a ver qué preparaba para la cena.

Otra vez murmuró, al cabo de un rato:

—Pera lo que me han servido...

En seguida se regañó a sí misma:

“María Celeste, ¡cuidadito! Te estás volviendo difícil, descontenta y pretensiosa. ¿Que para qué te han servido tus lindos ojos? ¡Pues, hija, para conquistar a Diego! Ese ogro de Diego. Ese salvaje de Diego, que antes de conocerme el mismísimo demonio con faldas. ¿Te gustó por eso? Quizás. El caso es que te emperraste en casarte con él y te casaste. El chico no te hacía caso. Había ido a Colmenar Viejo a pasar las vacaciones con su tío el boticario. Estaba el chico tranquilo y ajeno a todas las Evas del mundo. Tú fuiste quien le buscaste, tú quien te tragaste todas las pastillas de goma y todo el bicarbonato de la botica por ver si le echabas la vista encima. Se la echaste, y el hombre se alejó. Tu familia no quería la boda. Diego era pobre y tú también: una infeliz de pueblo sin más fortuna que sus lindos ojos. Pero la oposición del universo en masa no te hubiera quitado a Diego de la cabeza. ¡Pues ahora te aguantas! Y, bueno..., y el caso es que no te arrepientes...”

Al salir de la oficina, Diego iba más torvo que nunca. ¡A ver si se iba a cerrar la fábrica, a ver si iba a quebrar la casa! No faltaba más que eso. Si ocurría... No quería pensarlo. Sig-

nificaba para él una catástrofe. Diego trabajaba en las oficinas de una fábrica de productos de tocador. Fabricaban polvos, coloretes, cremas, lociones, perfumes. Pero vendían poco. Francia hace en esto una competencia terrible; acreditar una marca nacional, si se logra acreditarla, cuesta un trabajo improbo. La fábrica iba mal, no podía ir peor. Habían ya despedido muchos empleados. Diego quedaba, en las oficinas, porque se había hecho casi imprescindible, porque contaba con las simpatías del fabricante y porque trabajaba, como un negro. Pero ahora él también peligraba. Quizás la

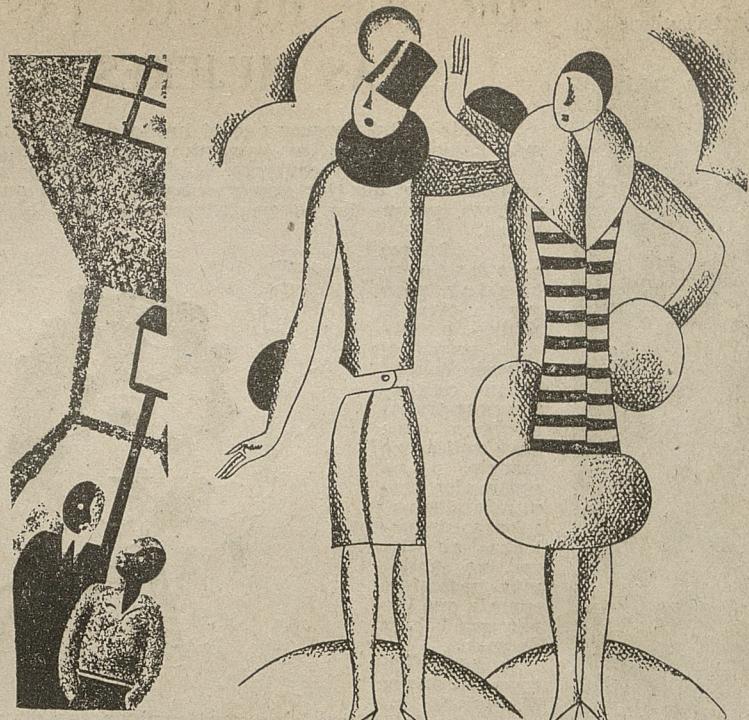


casa iba a quebrar. El "Languisol", la última esperanza de todos, no se vendía. ¿Y por qué no se vendía el "Languisol"? Lo ignoraban. Y era un producto de primer orden. El mejor, indiscutiblemente y sin ningún apasionamiento comercial, de todos los que estaban en el mercado, nacional o extranjero. Así y todo, no se vendía. El químico inventor estaba desesperado. El fabricante estaba, desesperado. Diego a quien se había prometido el cargo de gerente si se lograba sacar el producto adelante y la fábrica reaccionaba, estaba más desesperado que nadie. ¿Por qué no se vendía el "Languisol"? En las pruebas había dado resultados magníficos. Tanto el "crayón" para los ojos, como el rimmel, como el tónico, como el rizador de pestanas, como el "sombreador" para los párpados, como (éstas sobre todo) las gotas para dar brillo a las pupilas, eran excelentes. Los productos "Languisol" para los ojos eran los mejores que existían. ¿Por qué, pues, nadie los compraba? Se iba, por indicación de él, a hacer el último esfuerzo: propaganda a la americana. Este último esfuerzo era de vida o muerte. Si salía bien, la fábrica se salvaba

y la prometida gerencia era un hecho. Si salía mal, todos al agua. ¡Que no saliera mal, Dios mío! ¿Y si saliera bien?... Diego sabía su capacidad comercial, sabía su iniciativa y su tesón para el trabajo. Ocación de desarrollarlos es lo que le hacia falta. Campo de acción. Tenía muchos planes, muchos proyectos. Había estudiado el negocio a fondo. Dinero es lo que hacia falta. Si el "Languisol" sacaba a la fábrica de apuros inmediatos, de lo demás se cuidaba él. Una vez en la gerencia ya verían quién es Diego Hernando llevando un negocio. Seguramente no se quedaría en gerente toda su vida; sin duda que un día llegaría a socio. ¿Por qué no? Ya verían, ya verían... Ahora lo esencial era salvar el "Languisol", salvarlo a toda

(Continúa en la pág. 56).





—¿Qué hotel me recomienda en Munderovich?

—El Palace.

—¿Se hospeda usted allí?

—No; es que me he hospedado en todos los demás.

—¿Y qué es lo que tiene tu marido?

—Según el médico, una dispepsia.

—Dispepsia? ¿Y eso de dónde viene?

—Del griego.

UN

MOΣΙΖΟΥ

DE

→ RISA



—Eres una mujer poco arreglada; no eres económica.

—Pues, hijo; si no es económica una mujer que conserva todavía su vestido de boda por si tiene que casarse otra vez, ¡no sé a qué se llamará economía!



HABLANDO DEL CHOQUE

—Decididamente, cuando uno toma el tren, su vida está pendiente de un hilo.

—No; de una aguja.

—ELLA. —Tú me querías mucho más cuando éramos novios.

EL. —¡Sí, chica, sí! ¡Comó que a mí no me gustan las casadas!





POR QUE HABLAN TANTO LAS MUJERES

Nadie podrá esperar que el hecho de ser la mujer más habladora que los hombres tuviese una explicación científica. Sin embargo, el doctor Marage acaba de demostrar que los hombres hablan menos que las mujeres, porque les es científicamente imposible imitarlas.

El esfuerzo que hace un orador para que lo oiga el público, equivale, según el citado doctor, al que es preciso para transportar una gran valija; en cambio, para una mujer, pronunciar igual número de palabras en alta voz, no supone más gastos de energía que llevar una bolsita de mano.

A esto atribuye el doctor Marage la impaciencia de los oradores por terminar sus discursos, cuando han hablado mucho rato.

Una mujer, por el contrario, como no se fatiga, nunca siente deseo de poner fin a su conversación.

Esta ventaja de las mujeres se debe al tamaño de la laringe. Para hablar, es preciso que el aire pase por las cuerdas vocales con una considerable presión. En el hombre, la laringe es de mayor tamaño que en la mujer, y si enviase a través de ella la misma cantidad de aire que emite una mujer, el resultado sería imperceptible, porque necesita emitir cuatro veces más aire que aquélla, si quiere que se le oiga. Esta es la razón científica del facultativo mencionado para explicar por qué las mujeres hablan tanto.



EL AMOR

EL GRAN CHISTE

La virtud adquiere siempre el color del temperamento.—**Abate Prévost.**

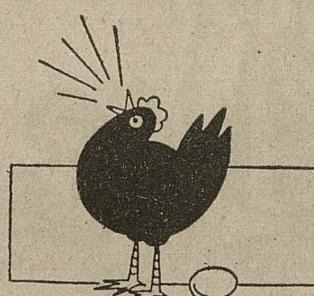
El amor es triste; cierra nuestro corazón a todos los placeres que no proporciona.—**Mme. Riccoboni.**

Un corazón que languidece es melancólico y la tristeza es la atormentadora del amor.—**J. J. Rousseau.**

Todo en amor es triste; mas triste y todo... es lo mejor que existe.—**Campoamor.**

Es menos triste no ser amado por quien se ama que dejar de serlo.—**Mme. de L'Espinasse.**

El primer paso hacia el vicio se da al rodear de misterio los pasos inocentes, pues a quien le gusta ocultarse, tarde o temprano tiene necesidad de hacerlo.—**J. J. Rousseau.**



Dos tenores hablan. Hablan de sus voces, naturalmente.

—*Y tú crees verdaderamente que los huevos frescos aclaran la voz?*

—*Ya lo creo! Fíjate. En cuanto las gallinas terminan de poner un huevo se lanzan a cantar.*

recuerdos de niño Juan el gordo

¿Que si me acuerdo de Juan el Gordo? ¡Ay!, su solo nombre me hace doler las pantorrillas todavía...

Era toda una especialidad en el arte de enrollar la servilleta — el pañuelo resultaba demasiado pequeño — que requería el concurso de cuatro personas: tres que tiraban empeñosamente desde las puntas y el cuarto que iba retorcien-do el otro extremo lo más apretado posible.

Y en seguida el elegido, generalmente algún diablo rápido y astuto, enarbolando la tremenda fusta sa-lía desde la capilla, con acelerado paso de polka, anuncian-do a grito herido su excursión: ¡Juan el Gordo sale en busca de su mujer!

Todos los instintos viriles se subleva-ban ante la posibilidad de este cambio de sexo amenazador, y la chiquillería escapaba desgranándose por el patio. ¡Pobre de aquél a quien alcanzara la fusta de Juan el Gordo! Desde ese mis-mo momento quedaba divorciado del rebaño y el chicote de todos se ensañaba

en sus piernas en tanto que alcanzaba al refugio de la capilla.

La venganza podía venir en seguida, sin embargo, pues en el acto se anun-ciaba nueva correría: ¡Juan el Gordo y su mujer salen en busca de su primer hijo! Y vamos escapando de nuevo a todo correr, hasta que una roncha amo-ratada en alguna pantorrilla, fijaba el sino inapelable del novel primogénito.

De nuevo: ¡Juan el Gordo, su mujer y su primer hijo, salen en busca de su segundo hijo!

¡Pero qué gusto, cuando algún tropie-zo interrumpía el rítmico galope! ¡Perdió el paso!, ¡perdió el paso! Y como una trahilla, movida por furiosa saña, todo el chiquillaje se apiñaba alrededor de la fatídica fami lia y los huacazos restallaban como co-hetes y se multiplicaban hasta el infi-nito...

¡A la capilla!, ¡a la capilla!, patitas, ¿para qué os quiero?

las bolitas

¡Tan!, ¡tan!, ¡tan!, ¡tan!, sonaba la campana anunciadora del recreo y una ráfaga de locura soplaban sobre todo el colegio. Una turba de chiquillos desaforados, gritando como energúmenos, ma-noteando en el aire, se precipitaba des-de todas las salas, a ver quién llegaba primero y se adueñaba de los tres hoyitos.

El partido se arreglaba en el acto y empezaban al punto disparando desde un hoyito al tercero, a unos 8 o 9 me-tros de distancia. El dueño de la bolita

que hubiera quedado más próxima, tra-taban de embocar; conseguido ésto, en-sayaba la misma maniobra respecto al segundo hoyito y después al tercero. Al mismo tiempo procuraba alejar a los contrarios con formidables hachitas que lanzaban la bola enemiga a distancias incommensurables, 15 o 20 metros.

¡Y era de ver a los campeones! Dia-billlos que con un solo tiro dejaban la bolita clavada dentro del hoyo respec-tivo; otros, como aquel Pilo Contreras, un mocozuelo que no levantaba un me-

tro del suelo, y que era capaz de partir una bola de cristal con una hachita. Dios quiera que tengan la misma fuerza los argumentos con que defiende a sus clientes en los estrados de los tribunales este abogado de ahora, grave y sesudo.

Como se ve, es mentira que el golf sea originario de Inglaterra; lo inventaron mis compañeros de colegio, sin palitos especiales, ni anchos calzones, a puro dedo.

¡Aquí!, ¡aquí! ¡Al montoncito: veinte bolitas de premio!

Un puñado de incipientes tahures se agrupaban detrás de la línea marcada por el promotor, a probar suerte y la puntería. El montoncito permanecía enhiesto bajo la lluvia de proyectiles que el empresario recogía afanoso, ayudado por el personal que había contratado previamente, al precio algo usurario de tres bolitas.

El que derribaba el montón, pasaba a ser entonces el empresario, pero, ¿qué angel guardián protegía a aquel demonio del huaso Navarrete, que hacía verdaderas cosechas y cuyo montoncito permanecía siempre incólume, a pesar de la granizada que le caía encima?

Aun debe recordar aquel campañista macuco el soberano **capote** que recibiera cuando vino a descubrirse que el muy truhán había pegado las bolitas con la cre!

Sólo el Zorro A menudo podia comparársele en píllerías. Empleaba buena parte del asueto del domingo en hurgar por todos los despachos del barrio en busca de bolitas minúsculas con qué engañar a los compañeros.

—¿Por cuánto co-

rre este caballito? El otro miraba cejijunto, le oprimía la mano empuñada, le escudriñaba el rostro picareño, reflexionaba hondamente sobre la psicología enrevesada de aquel Zorro borbón, respondía al fin:

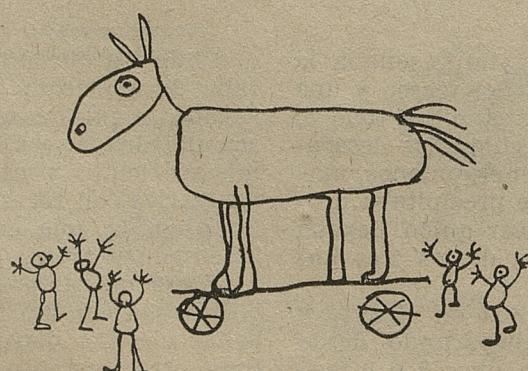
—Por veinte bolitas.

Abierta la mano contenía 100 por lo menos, y no había más recurso que pagar la diferencia y resarcirse con una letanía, que tenía de todo, menos de religiosa.

Y otro tanto ocurría en el pares y nones. Hoy me asalta la duda de si en aquella época ya el Zorro se había leído el análisis sutil que hace Edgard Poe sobre este juego en el popular cuento que usted conoce.

El arte, el verdadero arte consistía en quedar en el primer tiro, desde la distancia, más cerca de la troya. Desde allí, con la bolita propia se iba echando fuera del trazo hecho en el suelo, las que habían puesto previamente en la circunferencia los demás contendores, las cuales pasaban, naturalmente a incrementar el acervo personal; se percibía, además, la multa respectiva por cada hachita. A veces sumaban cifras fabulosas: hasta 5 o 10 bolitas.

Un flamante alumno de Historia Griega, se vengó una vez de su perdida, insultando al contrincante: "¡Eres un perfecto caballo de Troya!"



GUILLERMO
LABARCA
HUBERTSON.

(Monos de
A. Adduard).

El llamado

por Horacio
Quiróga

No estaba esa mañana por casualidad en el sanatorio, y la mujer había sido internada en él cuatro días antes, en pos de la catástrofe.

Vale la pena—me dijo el médico a quien había ido a visitar—que oiga usted el relato del accidente. Verá usted un caso de obsesión y alucinación auditiva como pocas veces se presentan igual.

La pobre mujer ha sufrido un fuerte choque con la muerte de su hija. Durante los tres primeros días ha permanecido sin cerrar los ojos ni mover una pestaña, con una expresión de ansiedad indecriptable. Hoy mismo no puede oír el menor ruido sin estremecerse violentamente, y creo que hasta la brusca caída de un plato sería capaz de enloquecerla del todo. No perderán ustedes el tiempo oyéndola. Y digo ustedes, porque estos dos señores que suben en este momento la escalera son delegados o cosa así de una sociedad espiritista. Sea lo que fuere, recuerde usted lo que le he dicho hace un instante respecto de la enferma: estado de obsesión, idea fija y alucinación auditiva. Ya están aquí esos señores. Vamos andando.

No es tarea difícil provocar en una pobre mujer, que al impulso de unas palabras de cariño resuelve por fin en modo llanto la tremenda opresión que la angustia, las confidencias que van a desahogar su corazón. Cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Qué puedo decirles—murmuró—que no haya ya contado a mi médico!...

—Toda la historia es lo que deseamos oír, señora—solicitó aquél—. Entera, y con todos los detalles.

—¡Ah! Los detalles...—murmuró aún la enferma, retirando las manos del rostro. Y con la voz y la mirada perdidas articuló, mientras cabeceaba lentamente:

—Sí, los detalles... Uno por uno los recuerdo... Y aunque debiera vivir mil años...

Bruscamente llevóse de nuevo las manos a los ojos y las mantuvo allí, oprimidas con fuerza, como si tras ese velo tratara de concentrar y echar, de una vez por todas, el alucinante tumulto de sus recuerdos.

Un instante después las manos caían, y con semblante extenuado, pero calmo, contestó:

—Haré lo que usted desea, doctor. Hace un mes...

Dulcemente el médico observó:

—Desde el principio, señora...

—Bien, doctor... Lo haré así... Usted ha sido muy bueno conmigo... Y si hace sólo quince días... ¡Sí, sí! Ya voy, doctor... Es lo que quería decir. Mi... Nuestra hijita tenía cuatro años y un mes justo cuando su padre se enfermó para no levantarse más. Nosotros no habíamos sido nunca muy felices. Mi marido era de constitución delicada y muy apocado para la lucha por la vida. No sé qué hubiera sido de nosotros de no hallarnos en posición desahogada. Siempre parecía extrañar algo, aun cuando nos sonreía. Y yo creo que no había conocido la felicidad hasta el momento de sentirse padre.

—Pero qué amor el suyo, doctor, por su hija! ¡Qué devoción religiosa contemplando a nuestra néna! ¡Y qué consuelo para mí al pensar que por fin hallaba él algo que lo ligara fuertemente a la vida!

Sin duda a mí me había amado cuanto podía él hacerlo; pero su eterna tristeza de alma sólo había podido disiparse entre las manecitas de su hija.

Se postró por fin, como digo, para no levantarse más. Mi propio dolor de esposa debió desvanecerse ante el dolor inenarrable que expresaban los ojos de aquel padre que debía separarse para siempre de su hija.

—Para siempre, doctor! Su última mirada, fija en mí, delataba tan intensamente lo que pasaba por su corazón, que con mis labios le cerré los ojos, diciéndole:

—Duerme en paz! Yo velaré por tu hija como tú mismo.

Quedamos solas entonces, mi criatura y yo, ella vendiendo salud por las mejillas, yo, reponiéndome a su lado de mi largo quebranto.

—Criatura mía! Parecía haber sumado a las suyas las fuerzas de su pobre padre: de tal modo la alegría de su semblante iluminaba nuestra existencia. No era vana la promesa hecha a mi marido al morir. Como él, yo concentraba ahora en nuestra hija la inmensidad de mi afecto y de mi soledad.

—Oh! Velaba por ella, puédeseme creer, como si la continuidad de mi vida y la del mundo entero no tuvieran otro destino ni fin que la felicidad de mi hija. ¡Qué sueños de dicha no he hecho para ella, con mi criatura dormida en mis brazos, y sin decidirme a acostarla! ¡Cuán leve me parecía el sacrificio de mi cansancio, si con él podía infundir en su cuerpecito lo que me restaba de vida!

Sí, extremo cansancio... Le he expli-

cado a usted, doctor, cómo me sentía entonces. Me reponía por fuera, me hallaba menos delgada y con mejor semblante; pero en el fondo de mis esperanzas algo iba muriendo, extenuándose día tras día. Perdía, poco a poco de comenzar a tejerlos, el hilo de mis ensueños de dicha, y quedaba inerte, con la cabeza caída y mortalmente cansada, como si delante de mis ilusiones se tendiera una infinita y helada vaciedad. A veces, no sé de dónde, me parecía percibir, apenas inteligible por la distancia, una voz que pronunciaba el nombre de mi hija. ¡Me sentía tan, tan fatigada!

No podía soñar más con el porvenir, sin que la tristeza de la nada, de la horrible esterilidad de mis fuerzas me helara el corazón. ¿Por qué? No existía, no, ninguna razón para sufrir así. Allí estaba mi adorada nena, cada día más sana y alegre. Nada nos faltaba ni podía faltar a nosotros, dada nuestra posición. ¡No, nada! Y estrujando a nuestra hija en mis brazos, sabía bien que el porvenir era todo nuestro. Yo se lo había jurado a mi marido.

El porvenir... Mas apenas comenzaba a forjar un sueño de felicidad para mi hija, el ensueño se helaba —¡oh, con qué horrible frío!—, como si el amor de su padre y el mío no fueran bastante para alimentarlo. Y caía abatida en profundo desaliento.

Un mes entero duró este estado de angustia. Una noche, cuando comenzaba a pensar por millonésima vez en los entrañables cuidados de que rodearía siempre a mi nena, en ese momento oí nitidamente estas palabras:

—“No tendrá necesidad.”

¡Oh! ¡Es muy duro para una pobre madre que se desvela por la dicha de su hijita, percibir una voz que le advierte que cuanto haga por conseguirlo será inútil! Esa lúgubre voz daba por fin razón a mis sueños trucos y mi tristeza mortal. Dentro de mí misma, para que fuera más irrecusable, la voz hallaba eco y me advertía que mi hija no tendría necesidad...

¡Porque moriría!

¡Oh, Dios! ¡Morir, nuestra hijita, cuando su padre y su madre daban toda su vida por ella! ¡Oh, no, no! ¡Yo me rebelé, doctor! ¡Qué me importaba que una voz me

anunciara su muerte, que mi carne pareciera creerlo en su favor, si yo me atrevía a defender a mi adorada hija contra todo y contra todos?

Desde ese instante mi existencia no fué sino una pesadilla de terror, sin más motivos de existir que la defensa desesperada de la vida de mi nena. ¡Yo te vigilaré! —me gritaba a mi misma. Y en el preciso instante, desde la tenebrosa profundidad de mi destino, la voz acentuaba su advertencia, diciéndome:

—“Es inútil cuanto hagas.”

Luego... Luego mi hijita debía morir. ¡Dios mío! —clamaba yo rompiéndome en sollozos sobre el cuello de mi nena—. ¿Es posible que la voz que alcanza hasta el corazón de una madre para anunciarle la

muerte de su hija, le niegue las fuerzas para evitarla?

—“Es inútil cuanto hagas”...

¡Oh, no se ha inventado tormento mayor que el que yo sufria! ¡Morir! Pero, ¿de qué? ¿De enfermedad? ¿De un accidente?

¡De accidente!

Tuve la seguridad de ello antes de oír las palabras.

—“Morirá por accidente.”

¡Oh! Abrevio, doctor... Salíamos antes todas las tardes. Dejamos de salir. Me cercioré diez veces seguidas

de la solidez de los muebles. Golpeé horas enteras las paredes. Hice sacar de casa todo lo que no ofrecía completa seguridad. En las piezas desmanteladas iba y venía de un lado para otro, con el corazón ahogado de presagios. Revisaba una y cien veces lo que había examinado ya.

Me sentía totalmente vacía de todo: Dentro de mí no había más que espanto y terror, a los que obedecían como autómatas mis impulsos. Tenía a mi nena constantemente a mi lado, bajo la triple salvaguardia de mi corazón, mis ojos y mis manos.

Minuto por minuto, sin embargo, se acercaba inexorable el instante de...

—“De qué, Dios mío!” exclamaba yo en mi angustia—. ¿De qué accidente debo preverla, salvarla a pesar de todo?

Mientras ahogaba así a mi nena entre mis brazos, tuve súbitamente la revelación de que moriría por el fuego. Y un instante después, de la casa entera, de mi alieno, de mis mismas ropas, surgía la terrible seguridad de que la vida de mi hija



estaba contada: no por meses o días, sino por breves horas...

¡Y no podía creerlo, sin embargo! ¡Criatura mía! ¡Hija de mi vida! ¿No puede tu madre defenderte, apartar lo que te aguarda?

¡Sí, podía! Como una loca corrí a la cocina, apagué el fuego y eché baldes de agua sobre las cenizas. Ordené que no se encendiera por nada fuego. Requisé todas las cajas de fósforos que había en la casa y las arrojé en el cuarto de baño. Como loca todavía, corrí de una pieza a la otra revisando febrilmente todos los cajones de todos los muebles de la casa. Cerré todas las puertas y ventanas, corrí otra vez a la cocina para ver si no se me había desobedecido, y nos refugiamos con mi hija en el escritorio de mi marido, que por ventura nunca había fumado.

Fuego... ¡Oh, no! ¡Allí estábamos seguras!

Pero en vez de serenarme, mi angustia se tornaba lancinante, a cada nuevo segundo. ¿Y si no había revisado bien? ¿Si la cocinera había reservado una caja de fósforos? ¿Y si llegaba un proveedor a la cocina y encendía el cigarrillo?...

¡Ah! ¡Allí estaba el peligro! ¡Era eso! Y arrojando con un grito a mi nena de las faldas, me precipité a las piezas de servicio... Y la cocinera apenas tuvo tiempo de responder con su alarido al mío: una detonación de arma de fuego había hecho retremblar la casa.

La pobre madre calló. Por un largo instante, tal vez el preciso para que se apagara de su alma el último fragor del estampido, permaneció con las manos en los ojos. Por fin:

—Sí... Lo demás ya lo sabe usted, doctor... Yo también lo supe antes de ver a mi hija en el suelo, muerta... Sí... Durante mi breve ausencia había abierto los cajones del escritorio, y tomado para jugar un revólver que yacía en el fondo

de uno de ellos... El arma se le había caído de las manos...

—¡Doctor!—exclamó bruscamente con voz entera, descubriendo su semblante desesperado—. Yo perdí a mi hija, usted lo sabe, como me lo habían predicho... Con una frialdad y una crueldad de que sólo Dios es testigo, se me advirtió que mi nena no tendría necesidad de mi cariño... Se me dijo que era inútil cuanto hiciera para evitar su muerte... Y se me aseguró por fin que moriría de accidente de fuego.

¡De fuego, señor! ¿Por qué no se me dijo claramente que debía morir por una bala o un tiro de revólver, que yo habría podido evitar? ¿Por qué se jugó al equívoco con el corazón de una madre y la vida de una inocente criatura? ¿Por qué se me dejó enloquecer tras los fósforos, sin advertirme que lo que hacía era tan ridículo como inútil? ¿Como consintió Dios que se hiciera con mi dolor un simple juego de palabras, para arrancarme así más horriblemente a mi hija? ¿Por qué?...

Y su voz se ahogó, como cortada por la violencia con que sus manos habían subido a crisparse sobre el rostro.

Un largo, muy largo silencio sobrevino entonces. Uno de los visitantes lo rompió por fin:

—Usted nos ha dicho, señora, haber oído la voz que le iba augurando su terrible desgracia.

Un hondo estremecimiento recorrió a la enferma; pero ésta no respondió.

—Usted ha manifestado también—prosiguió el visitante—haber percibido en varias ocasiones una voz sumamente lejana. ¿Eran una misma voz la que le advertía en vano del peligro y la que llamaba a su hija?

La enferma asintió con la cabeza.

—¿Reconoció usted esa voz?

Y esta vez, volcándose por fin en un interminable sollozo sobre la almohada, la pobre madre respondió desde el fondo de su horror:

—Sí. Era la de su padre...

Es posible que Ud. conozca muchos datos de la vida de Oscar Wilde, el admirable poeta inglés, autor de "El Retrato de Dorian Gray", "El Ruisenor y la Rosa", "El Abanico de Lady Windermere" y tantos otros preciosos libros. Pero hay detalles que seguramente son ignorados y que han salido a luz después de largas investigaciones. Todo lo de triste, de oscuro y tormentoso que hay en la vida de Wilde podrá Ud. conocerlo leyendo en el N.^o 2 de «LECTURAS» la sección **PERSONAJES SIN OLVIDO**, que está enteramente dedicada a este autor.

EL PROFESOR PICCARD VIAJERO DE LA ESTRATOSFERA

La segunda ascensión del Profesor Piccard a la estratosfera, acaso mucho más peligrosa y difícil que la primera, graba en los anales de la ciencia, esta vez con caracteres definitivos, el nombre del que ha triunfado sobre muchos obstáculos y vencido muchas fuerzas contrarias a su intento.

La circunstancia de ir en ese arriesgado viaje a las capas superiores de la atmósfera respirable, contra la opinión de sabios y aeronautas que consideraban su trayecto como una locura, da a la hazaña de Piccard más heroicos caracteres.

Pero, ¿qué iba a ser Piccard a esos elevados planos?, se preguntan todavía muchos, admirados por la hazaña deportiva del sabio y sin reparar en la parte científica del vuelo. Pues iba a instalar en la estratosfera un laboratorio volante, desde donde podría observar fácilmente las radiaciones cósmicas ultra penetrantes, la ionización de la alta atmósfera, y aún estudiar la posibilidad de navegar a grandes velocidades en las capas de aire enrarecido, donde la resistencia disminuye enormemente. Para eso era necesario subir lo más alto posible, confiando en la fuerza de ascensión de un globo esférico, encerrarse herméticamente en un "óbus" en el interior de una barquilla, respirar aire artificial y observar, siempre observar, desde esa cárcel, a 15 o 16 mil metros de altura.

Como no se trataba de manejar motores, sino de buscar un vehículo cómodo, que permitiese las observaciones, el profesor Piccard eligió un sencillo y arcaico globo.

Piccard es suizo. Su padre, que hoy tiene 98 años, era profesor de química en Bale. Desde su más tierna infancia, cultivó las matemáticas y sus camaradas lo estimaban a causa de su saber y de su capacidad. Muy joven procedió, con aparatos de su construcción, a realizar experiencias de fi-

sica que maravillaron a sus profesores.

Empezó a practicar el globo libre en 1912. Durante la guerra sirvió las funciones de experto aeronáutico en el Estado Mayor del Ejército Suizo. Enseñaba en el Politécnico de Zurich y su nombre era ya una autoridad cuando, hace diez años, fué nombrado profesor en la Universidad Libre de Bruselas.

Poco después de la creación del fondo nacional, el Profesor Piccard solicitó la suma de 400 mil francos para la adquisición de un globo y una barquilla. La suma le fué cedida sin vacilaciones, en mayo de 1919,

—Recuerdo—dice el Profesor Stahel—que Piccard hablaba de su proyecto después de una de sus clases. Un estudiante, bromeando, le preguntó si no tenía miedo de descender tan rápidamente desde tal altura. El Profesor le contestó que, al contrario, lo que podía ocurrirle, era no poder bajar, por lo menos cuando lo deseara. Y explicó, con un razonamiento científico, lo que más tarde iba a verificar.

Piccard no es pedante, ni mucho menos. Tiene un hermano que actualmente desempeña una cátedra en Lausanne. Los hermanos son gemelos y se parecen tanto, que es materialmente imposible distinguirlos.

Augusto y Jean Piccard han dejado en la Universidad de Munich el recuerdo de dos buenos y alegres bromistas, que aprovecharon su calidad de sosias para engañar a la gente. Sus compañeros y profesores los confundían, no sabiendo nunca si fusión, alternándose frente a sus profesores, sin que éstos notaran el cambio. Igualmente se reemplazaban en casa de un pintor amigo que los retrataba y que nunca se dió cuenta de ello exactamente. Refieren historias aún más picantes, con ciertas damas de Munich...



Derecha: el Profesor Piccard apunta con su dedo a la estratosfera, la región vacía y misteriosa, cuyos senderos vírgenes tentaron al sabio. —Izquierda: el globo en que el Profesor Piccard se va, de tiempo en tiempo, a mirar el cielo desde más cerca.

til e inteligente, ha sabido adaptarse.

No otra cosa puede pensarse después de leer "Las Cuacachas", que es una novela moderna, bajo cualquier punto de vista. Es, además, una novela bella, animada de luminosas imágenes, sobresaturada de grata emoción. Acaso ninguna otra alcanza su alta y asombrosa calidad, entre las más recientes de Máximo Gorki.

M. G.

LAS TONTERIAS DE LOS DEMAS

Paul Vareda, el crítico de literatura de "El Mercurio", de Valparaíso, al comentar "Aire Indio", dice, textualmente: "Hay elegancia en su estilo, fluidez, refinamiento y cierto simbolismo pretencioso. Ese mismo simbolismo que Paul Morand combatía hace 32 años, acusando a Anatole France de falso de elegancia y de exceso de amaneramiento".

Todas las biografías dicen que Paul Morand, el autor de "Aire Indio", nació en 1888 y tiene, en consecuencia, 44 años. Hace 32, tenía 12. ¡Qué precocidad! ¡A los 12 años atacar literariamente a Anatole France!...

"AIRE INDIO".—Crónica de América, por Paul Morand.—Prólogo de L. E. Délano.—Colección Los Grandes Escritores. — Empresa Letras. — Santiago de Chile.

Paul Morand ha escrito sus impresiones, las impresiones que su ojo aquilino logró coger desde sus alturas caudales... A excepción de las que se refieren a esos pájaros innumeros y maravillosos, sobre los que se detuvieron, regodeándose largamente, sus avizoras miradas de Colón del aire.

¡Magnífica nomenclatura! Nosotros mismos, criollos adormilados sobre la rugosa epidermis de la tierra, atada a ella nuestra pesada costumbre, hemos echado a vo-

lar, también, con repentina admiración, las miradas, hacia esa fabulosa volatería, que es substancia del aire indio. Y de este libro... Porque, despegando de malas ganas, nuestra admiración, del múltiple, del multicolor y aligeró espectáculo, para llevárla a los capítulos subsiguientes, vemos... vemos... es decir, ya no vemos nada que se

rand por el vasto cielo de América — es dable admirar siempre la pareja gallardía del estilo, el vuelo ágil del escritor mesurado y perspicaz. Si no nos hubiese mirado tan de "alto a abajo", nos habría dado, con seguridad, un libro interesantísimo.

En todo caso, este Aire Indio, publicado con económico buen gusto por la Empresa Letras, es una traducción muy fiel, y con un prólogo, quizás demasiado fiel, de Luis Enrique Délano, es un buen libro, eruditó y ameno, y al mismo tiempo, es una providencial insinuación, en esta hora de necesaria renovación ideológica, a los escritores indoamericanos, hacia inéditos y propios derroteros...

Guillermo Koenenkampf.

"LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD", por Bertrand Russell. — Ediciones Extra. — Empresa Letras. — Santiago de Chile.



Paul Morand, autor de «Aire Indio».

le asemeja, ni en novedad, ni en interés, ni en vida; salvo, en parte, esa bien lograda descripción de Buenos Aires, y aquella evocación patética, de la espectral Perricholi, en un pabellón barroco de la ciudad de los Virreyes.

Está tan manifiesta la falta de estructuración y méduila en este libro; son tan sensibles los vacíos de observación dejados en este Aire Indio por la hélice imaginativa del autor que, nosotros suponemos haya querido su intención hacerlo así: circunscribirse ante todo, al aire, a ese "aire" por él descubierto. Y, naturalmente, se ha quedado, y nos ha dejado, un poco, en el aire...

Eso sí, durante todo este breve libro — durante toda la trayectoria de Paul Mo-

sociales en lucha entre las masas, las posibilidades de toda índole que presentan, repudiando, en cambio, lo que de imposible, falso o deprimente para el individuo contienen.

Pero, aunque aparezca aquí anarquista, allá socialista y acullá sindicalista, Bertrand Russell, es, más que nada, un hombre de espíritu. Su libro no es una exposición económica de éste o aquél sistema, no es un cuadro exacto de la producción y consumo en un estado socialista; es, más que eso y mejor que eso, un estudio sereno de las posibilidades morales y espirituales de organizar una sociedad basada en el ideal socialista. Y es que este admirable pensador mira más por las conquistas superiores de la humanidad, que por aquéllas que tienen como único fin la satisfacción inmediata de las necesidades primordialmente fisiológicas del organismo humano. Esto, sin duda, hará sonreír a aquéllos que al pensar en el socialismo lo reducen todo a cifras, olvidando que el socialismo es, más que un abstracto sistema social, un sentimiento religioso, un sentimiento moral, un sentimiento de derecho, y que no será sino por el crecimiento de esos sentimientos cómo se llegará a organizar algún día un estado social basado en la doctrina del socialismo.

Lograr el crecimiento de esos sentimientos, hasta que alcancen la densidad social precisa, no es tan difícil como parece, ni tan utópico. Si nos fijamos en Chile, veremos que, en pocos años y de una manera sorprendente, el sentimiento de la necesidad moral de la construcción de un mundo mejor ha alcanzado proporciones inauditas. Ese mundo mejor no puede estar basado, por las manifestaciones exteriores que de ese sentimiento se perciben, sino en el socialismo. Es cierto que una gran masa de la

población, sobre todo aquella que tiene intereses que defender, se resiste, pero ya será alcanzada.

"El intento de concebir una nueva y mejor organización de la sociedad humana que substituya al caos destructivo y bárbaro, en el cual los hombres han vivido hasta ahora, no es en manera alguna, moderno: es, por lo menos, tan antiguo como Platón, en cuya *República* dió el modelo para las utopías de los filósofos que le sucedieron...

"Los grupos más desgraciados del pueblo han sido los ignorantes y apáticos, a causa del cansancio por el exceso de trabajo, temerosos del constante peligro de ser castigados inmediatamente por los que sustentan el poder, e indignos, moralmente, de confianza por su degradación.

"Crear un esfuerzo consciente y reflexivo dentro de estas clases de hombres, para lograr una mejora general, habría parecido tareavana, y, en efecto, en el pasado lo fué. Sin embargo, el incremento de la educación y la elevación del nivel del bienestar de los trabajadores ha engendrado nuevas condiciones que favorecen más que nunca la necesidad de una reconstrucción radical".

Como se ve, por lo que acabó de citar de Bertrand Russell, esos sentimientos espirituales crecen por motivos de igual orden. Es un encadenamiento de hechos e ideas de orden superior lo que nos lleva hacia el socialismo. Sobre estos hechos y estas ideas, moviéndose dentro de un alto ambiente espiritual, Russell desarrolla su crítica de los sistemas sociales del futuro. Para los intelectuales principalmente y para los que no siéndolo necesitan inspiraciones o sugerencias de carácter moral, que borran en ellos las desagradables impresiones que la contemplación de la lucha

social provocan, o para aquéllos que ven los problemas sociales sólo desde un punto de vista material, como la mayoría de los comunistas, este libro resulta de un valor inestimable.

Bertrand Russell ha llegado a las conclusiones que en el libro propone después de un concienzudo estudio de las posibilidades e imposibilidades que los caminos de la libertad presentan. Por otra parte, su experiencia le ha hecho ver que la raíz de todo está en el espíritu y que es el espíritu el que hay que transformar antes que nada.

Manuel Rojas.

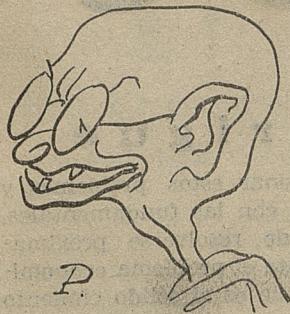
"*LO QUE ELLOS HAN VISTO EN RUSIA*". — Selección de Carlos De Vidts.—Ediciones Extra. — Empresa 'Letras'. Santiago de Chile.

Ha sido realmente una buena idea la de hacer este libro que nos presenta lo más granado de cuanto se ha dicho de Rusia. En efecto, opiniones tan respetables como las de Bernard Shaw, Emil Ludwig, Henri Barbusse, Liam O'Flaherty y otros, son las que se contienen en este volumen, unas adversas y otras favorables al régimen de gobierno de ese país.

Nos parece que este libro tiene un valor de orientación muy grande, pues la selección está hecha tomando en cuenta los más variados aspectos de la Rusia Soviética. Hay, por ejemplo, capítulos que se refieren exclusivamente a la economía y otros que relatan visitas y paseos a lo largo de Rusia, conversaciones de Barbusse con Máximo Gorki, etc. Por lo demás, la sola lectura de esta obra, tan interesante y valiosa, indica que la recopilación de trozos ha sido hecha con la mayor imparcialidad.

M. CH.

Cómo dibujan a Gandhi los que no



son
dibujantes



R. Meza Fuentes

Un repórter de "Lecturas" tuvo la curiosa idea de acercarse a gentes que nada tienen que ver con el dibujo y pedirles que dibujaran a Gandhi. El resultado de esta iniciativa es la página que presentamos a nuestros lectores, con cuatro retratos de Ma-

hatma, hechos por hombres de letras. Mientras en el 1, Jenaro Prieto nos da un apunte de la graciosa sonrisa de Gandhi, en el 2, Roberto Meza Fuentes ha dibujado al líder hilando en una rueca, según su costumbre favorita. El humorista Hipólito Tartarín, trata de mostrarnos la expresión sombría de Gandhi di, agotado durante su huelga de hambre, y por último, en el 4, Rafael Maluenda, al contrario, entrega un Mahatma sonriendo, sentado a la usanza asiática y envuelto en su sencilla túnica. (Es necesario advertir que el re-

pórter que imaginó esta encuesta, no sabía que Prieto y Maluenda, además de escritores y periodistas, son dos correctos dibujantes. Estos dos apuntes de Gandhi significan, pues, para él, una verdadera estafa).



E I S o c i a l i s m o

E I P r o

Dice Alfredo Lagarrigue



Alfredo Lagarrigue

Los motivos por los cuales yo milito en las filas socialistas son, principalmente, de carácter moral o sentimental. La injusticia social que abandona a los elementos proletarios a la miseria, a la ignorancia y el vicio, me ha

herido siempre profundamente y me ha llevado finalmente a comprender que sólo el socialismo puede dar al pueblo el bienestar, la ilustración y la virtud.

El socialismo tiene hoy un carácter material o económico, porque ese es el problema de más urgente resolución. Será infructuosa toda tentativa de ilustrar y moralizar a las masas proletarias si se les mantiene en el hambre, la desnudez y el desamparo que actualmente las afligen.

Pero yo creo que se engañan aquéllos que cerradamente piensan que el socialismo no considera el verdadero valor de los problemas intelectuales y morales. Al contrario, el socialismo reconoce que puede llegar a so-

lucionar estos problemas y que, con las fundamentales, ha de resolverse próximamente el problema económico que es el sólido cimiento de la sociedad.

El socialismo no se habrá implantado en la humanidad mientras no se haya llegado a la socialización completa de los hechos de los pensamientos.

La tarea es larga como la de toda obra constructiva; pero nuestra fe es profunda en el éxito que nos espera. Nosotros trabajamos para las generaciones futuras; y en eso consiste nuestra fe.

El catolicismo ofrece a los hombres un cielo en otro mundo; el socialismo, en cambio, ofrece a los hombres el cielo en esta tierra.

Por esto, yo soy socialista.

H a b l a M a n u e l H i d a l g o

Socialismo es el sistema u organización social en que los medios de producción están socializados.

Yo soy socialista porque, frente al régimen capitalista actual, de completa desorganización en la producción, y en el que, el maquinismo ha creado el problema irresoluble de la cesantía y el hambre como consecuencia de éste, no hay otro camino para salvar el progreso de la humanidad, que ir a la socialización como único medio de regular la producción y suprimir, así,

el hambre que azota a las masas productoras.

Y es que el maquinismo al perfeccionarse en su lucha desesperada por desplazar a los competidores del campo de la producción, ha llegado a sistemas tan perfectos, que desplazan casi en su totalidad a la masa obrera. No hay para qué citar ejemplos. Y esta es la causa, precisamente, por la cual el mundo se está muriendo de hambre; sin embargo, a cualquier hombre de sentido

(La opinión de Manuel Hidalgo termina en la página 56).



Manuel Hidalgo.

Octubre 13
de 1932

E I S o c i a l i s m o

E I C o n t r a

Entrevista a Eduardo Solar Correa

—¿Qué piensa Ud. del socialismo?

—A mí no me agrada la política ni me interesa. Soy profundamente escéptico en materia de doctrinas sociales y políticas. Veo en todo ello el juego de pasiones, de intereses mezquinos, de ambiciones inconfesables.

—¿...?

—Además, yo soy chileno y esa forma de gobierno que llaman socialismo se opone violentamente a mis atavismos raciales. Ud. sabe que los españoles — nuestros abuelos — fueron siempre de un individualismo irreductible. Ganivet aseguraba que el ideal jurídico del alma hispana, se reducía a una carta foral que dijera: "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana". Hay quien piensa que también procedemos de los indios araucanos y si hemos de creerle a Ercilla:

"No ha habido rey jamás que sujetase esta soberbia gente libertada..."

—¿...?

—Y cree Ud. que con tales elementos vamos a establecer aquí un régimen socialista, régimen que presupone un régimen de disciplina, de orden, de sumisión, de anulación de la individualidad, que sólo se encuentra en los rebaños de ovejas?

—¿...?

—Sí; para lo único que tenemos espíritu rebañego es para correr tras de cualquier ilusión: el *amor fecundo* de Alessandri, el *Chile Nuevo* de Ibáñez, la *República Socialista* de Dávila... Pero esto es ya otra cuestión. Cuestión de falta de discernimiento y de cultura. Hacemos el papel de niños... o bobos.

—¿...?

—Creo, por lo demás, que con el socialismo no se arreglará riada, porque el mundo no se arregla con teorías. Lo que importa es el factor hombre, y vaya a hacer Ud. al hombre de nuevo.

—¿...?

O p i n a V a l e n t í n B r a n d a u

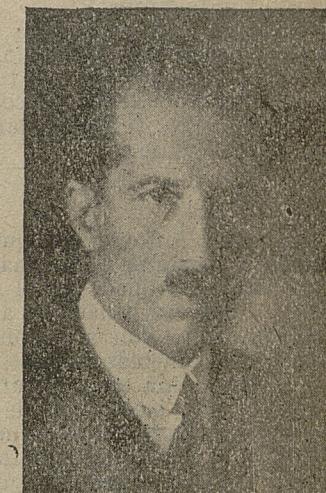


Valentín Brandau

Octubre 13
de 1932

Para los eternos conflictos entre la autoridad y la libertad y entre el individuo y la sociedad, el socialismo tiene soluciones ideadas de una vez para siempre. Estas soluciones implican el sacrificio total de la libertad a la autoridad y del individuo a la sociedad, representada por el Estado.

Para que podamos aceptar como deseable el social-



Eduardo Solar Correa.

—Por lo que a mí respecta, anhelo que me dejen trabajar en paz y honradamente, que no me escamoteen el fruto de mi trabajo, y si fuera posible, ni saber que existe gobierno. Los gobiernos socialistas son tan paternales que no le dejan a uno libertad para nada... Abomino de ellos. No me gusta vivir bajo tutelas de nadie.

lismo, en consecuencia, es necesario que comencemos por extirpar en nosotros el instinto de la independencia personal y por poner nuestro pensamiento, nuestros sentimientos, nuestra actividad y nuestro destino en manos extrañas. Y es necesario, al mismo tiempo, que, prescindiendo de los da-

(La opinión de Valentín Brandau termina en la página 56).

Kampf, tú podrás ayudarme esta noche a despachar los sobres... Voy a mandar cerca de doscientas invitaciones, ¿comprendes? Y no las voy a hacer todas sola... Miss Betty, autorizo a Antonieta para que esta noche se acueste una hora más tarde que de costumbre... Supongo que estarás contenta, dijo, volviéndose hacia su hija.

Pero como Antonieta callaba, entregada de nuevo a sus ensueños, Madame Kampf levantó los hombros.

—Siempre está en la luna esta niña, comentó a media voz. Un baile. ¿No te sientes orgullosa al pensar que tus padres dan un baile? Tú no tienes un corazón grande, me temo, hijita, terminó, dando un suspiro y marchándose.

II

Esa noche, Antonieta, a quien la inglesa enviaba a acostarse de ordinario a las nueve en punto, se quedó en el salón con sus padres. Rara vez penetraba a esa pieza, de modo que miró con atención las cornisas blancas y los muebles dorados, lo mismo que cuando iba a una casa extraña. Su madre le señaló una mesita donde había tinta, plumas y un paquete de esquelas y sobres.

—Siéntate ahí. Voy a dictarte las direcciones. «¿Viene usted, amigo mío?», dijo en voz alta, volviéndose hacia su marido.

El criado quitaba la loza en la pieza vecina y desde hacía algunos meses los Kampf se trataban de "usted" delante de los domésticos.

Cuando el señor Kampf se hubo aproximado, Rosina murmuró: «Dile a ese criado, pues, que se vaya, ¿quieres? Me enerva...»

Luego, sorprendiendo una mirada de Antonieta, enrojeció y ordenó vivamente:

—Vamos, Jorge, ¿va a terminar luego? Levante lo que le queda y luego puede subir...

En seguida se quedaron silenciosos los tres, como clavados en sus sillas. Cuando el criado hubo partido, Madame Kampf suspiró.

—¡Ah!, detesto a Jorge, no sé por qué. Cuando sirve en la mesa y lo siento detrás de mí, se me quita el apetito... ¿Por qué sonries como una tonta, Antonieta? Vamos, trabajemos. ¿Tienes la lista de los invitados, Alfredo?

—Sí, dijo Kampf; pero espérate que me saque el vestón; estoy muy acalorado.

—Pero no lo vayas a dejar aquí como otras veces..., dijo su mujer. Me he fijado muy bien en la cara de Jorge y de Lucía cuando ven que entras al salón en mangas de camisa; esto les parece extraño...

—Me río de la opinión de los criados, re-funfuñó Kampf.

—Haces muy mal, amigo mío; son ellos los que crean las reputaciones, yendo de una casa a otra y murmurando... Yo no habría sabido jamás que la baronesa del tercer piso...

Bajó la voz y murmuró algunas palabras que Antonieta no alcanzó a oír, a pesar de todos sus esfuerzos.

—...si no hubiera sido por Lucía, que estuvo tres años empleada en su casa...

Kampf sacó del bolsillo una hoja de papel llena de nombres y de palabras borrradas.

—Comenzaremos por la gente que yo conozco, ¿no es eso, Rosina? Escribe, Antonieta: M. y Mme. Banyuls. No sé la dirección; tú, que tienes el anuario en la mano, irás buscando a medida que...

—Son muy ricos, ¿no es cierto?, murmuró Rosina, como con respeto.

—Mucho.

—Tú... ¿crees que querrán venir? Yo no conozco a Madame Banyuls.

—Yo, tampoco. Pero mantengo relaciones de negocios con el marido y esto bas-ta... parece que la mujer es encantadora y que no la reciben en su mundo desde que ha estado mezclada en ese asunto... tú sabes, las famosas "partouzes" (1) del Bosque de Bolonia, hace dos años.

—Alfredo, fíjate que está la niña...

—Pero, si ella no comprende. Escribe, Antonieta... Es una buena mujer por quien comenzar...

—No olvides a los Ostier, dijo vivamente Rosina; parece que dan fiestas espléndidas...

—M. y Mme. Ostier d'Arrachon, con dos r, Antonieta... De éstos, yo no respondo. Son muy encopetados, muy... La mujer ha sido en sus tiempos...

Hizo un gesto.

—¿No?

—Sí. Conozco a alguien que la vió muchas veces en otro tiempo en una casa... cerrada de Marsella... sí, sí, te lo aseguro... Pero hace tiempo de ésto, cerca de veinte años; su matrimonio la ha rehabilitado por entero, ahora recibe a gente muy distinguida y para sus relaciones es en extremo exigente... En general, al cabo de diez años, todas las mujeres que han rodado llegan a ser como ésta...

(CONTINUARA).

(1) Célebres escándalos promovidos con frecuencia en París, entre «demi-mondaines» y vividores, quienes llegaban en grupos hasta el Bois y después de poco recomendables escenas, cambiaban de parejas. (Nota del Traductor).

EL EXTASIS DE LA NATURALEZA

Me enviaron al campo a ver a mi madre, por miedo de la sobreexcitación que pudiera producirme la ciudad. Era en los comienzos de la primavera. La paz y la belleza del campo me fascinaron más que todas las maravillas ciudadanas. Los ríos de plata, los campos verdes, los árboles floridos, las colinas y las montañas me proporcionaron toda la felicidad con que yo había soñado en mis años de ceguedad. Las flores me resultaron tan hermosas que hubiera querido vivir para siempre en un jardín.

después de algún tiempo, se decidió que completase mis estudios en Overbrook a la vez que educaba mi vista. Casi todos los días algún camarada me tomaba aparte y me rogaba que le explicase el gran misterio de la visión. Podría creerse quizás que yo era más capaz que otros de hacerles comprender lo que era la visión, la luz, el color y las formas, pero no pude decirles otra cosa que mi nuevo poder aumentaba mi capacidad para gozar de la vida y sentirme contento.

Me siento en los comienzos de una maravillosa aventura en un mundo nuevo e inspirador! La visión ha creado para mí nuevos misterios y problemas distintos de los que me ofrecía la ceguera. Cada cosa nueva que veo es un misterio hasta que me la explican, pero el mayor de todos los problemas es el de abandonar mis hábitos y métodos anteriores para usar la vista en vez de los otros sentidos. Al principio, por ejemplo, cuando automóviles y tranvías sólo eran una mancha, no tenía miedo, pero a medida que mi vista se perfecciona y me doy cuenta de la velocidad del tránsito, me siento temeroso. Alguien tiene que acompañarme llevándome del codo.

Poco a poco voy aprendiendo a abandonar esos hábitos y he hecho considerables progresos en el uso de mis ojos, aun cuando la operación no me dió la facultad completa y perfecta; probablemente se necesitarán dos años para que alcance el máximo de su poder.

ESTOY APRENDIENDO A VER

He aprendido a reconocer innumerables cosas por su apariencia; puedo describir una casa o los contornos de una colina a una distancia razonable. Hace poco un amigo me preguntó si veía algo extraño en un avión que volaba a un par de millas de distancia. A través de anteojos de campaña advertí que los propulsores estaban encima y no en el frente. Mi amigo se rió y me enseñó en seguida que no era un aeroplano sino un autogiro. Los anteojos me ayudan a disfrutar del cineasta, de la ópera y de las comedias musicales. Estas últimas me gustan mucho a causa de la música, de los trajes llenos de color y de las danzas. Como todos los ciegos yo andaba inclinado, rígido, toscamente, pero la vista de las danzas me ha enseñado mucho acerca de la posición correcta, del ritmo y de la gracia.

El color es, sin embargo, la más bella y fascinante cosa de mi nueva vida. Nunca me canso de mirarlos. Tras mis largos años de obscuridad, me saturan de un indescriptible éxtasis.

A menudo me preguntan: ¿Qué color le gusta más? El amarillo. Mi tío me ha explicado que hay una razón científica para ello, ya que el amarillo y el celeste son los más suaves a la retina y la mía es muy sensible.

Detalles curiosos: aunque puedo distinguir el color de su pelo, de sus ojos y de su cara, no puedo adquirir una impresión de conjunto. Mis ojos no han dominado aun el arte de

Bertrand

Rusell?

El nombre de este hombre de letras y estudioso investigador inglés es aclamado por todos los públicos del mundo. Sus obras sobre temas sociales y económicos llegan a todos los hogares, y agrandan por su claridad y su exactitud, además de la exuberante inteligencia que demuestran en el autor.

"EMPRESA LETRAS" ha publicado

Los Caminos de la Libertad

una magistral obra de Rusell. Es este un libro de estudios sociales por demás interesante para el público culto y para los estudiosos de Chile y de América. Poco conocido entre nosotros, la "Empresa Letras" ha considerado impostergable su aparición.

Pídalo en librerías y puestos de revistas o diríjase acompañando el valor en estampillas de correo, giro o letra a

“Empresa Letras”

Casilla 3327

Huérfanos 1041

SANTIAGO DE CHILE

PALET BAR RESTAURANT

ESTADO 372

**EL MEJOR
ESTABLECIMIENTO**

AMBIENTE
DISTINGUIDO

COMODIDAD

ATENCION ESMERADA

Pase usted a servirse
nuestros incomparables
aperitivos.

RECOMENDAMOS EL
COCKTAIL DE MODA:

EL

INDICADO

VIDENTE, DESPUES DE 22
AÑOS DE CEGUERA

fotografiar el conjunto de las facciones y así ocurre que me resulta muy difícil y a veces imposible reconocer por su rostro a las personas más familiares.

ocurre que me resulta muy difícil y a veces imposible reconocer por su rostro a las personas más familiares.

Todavía hay muchas cosas del mundo y de las gentes de buena vista que me dejan perplejo. Sobre todo el hecho de que muchas de estas personas inconscientes de la belleza que les rodea, de los colores, de los árboles, flores, campos, ríos, montañas, cielo, crepúsculos, la luna, el mar y muchas otras glorias naturales que para mí convierten el mundo en un jardín del Edén. No puedo dejar de pensar que hay otra clase de ceguera tan triste como la de los ojos: esa del alma, que impide a los individuos gozar de las delicias de la Naturaleza.

Un dorado día de verano me llevaron a Atlantic City. Sentí una tremenda impresión al ver las olas espumosas que rompían en la playa. La vastedad del océano abierto, el incansable rumor del oleaje, me hicieron pensar en la eternidad, así como en la misma noche, la luna y las estrellas que derramaban en mi corazón su gloria de plata, hicieron que el nuevo poder de mi vista confirmara para siempre e irrevocablemente mi fe en Dios.

Hoy, diecisiete meses después de haber adquirido el milagro de la visión y con las maravillosas experiencias que me prometen todavía nuevas aventuras y felicidades, experimento un gran deseo: que mi buena suerte atraiga la atención de aquéllos que viven junto al mundo de los ciegos. Ruego a Dios que los inspire y aliente para hacer cuanto sea humanamente posible para dar la vista a los 6.000.000 que en el mundo *sienten y escuchan* su camino en la oscuridad, ajenos a la belleza de este paraíso que mis ojos me han proporcionado.

(Traducción especial para "Lecturas", por G. L. H.).

¿Cinema? ¿Le interesa? También "LECTURAS" se preocupa de estas materias, hoy por hoy tan interesantes para la juventud de todo el mundo. Un material de cine serio, a la vez que simpático, presentará esta revista en cada uno de sus números. Tres páginas de cinema.

**BOTERIA
ARGENTINA**
SAN ANTONIO
475

OFRECE
EL MEJOR SURTIDO EN
CALZADO
HECHO A MANO
PARA
SEÑORAS — NIÑAS
Y CABALLEROS

BOTERIA ARGENTINA
San Antonio 475

ORO

"TRUST NACIONAL"

Siempre
los mejores
precios.

Huérfanos 1087,
(casi esq. Bandera).

Señal:
Flecha negra-
oro.

LA RELIGION COMUNISTA

Por Henry Raymond MUSSEY

Con prisa inusitada se dedican ahora los bolcheviques a derribar iglesias, en Leningrado, en Moscú y en otras muchas ciudades donde impulsan la revolución a toda velocidad. En algunos casos convierten los edificios demolidos en clubes, museos, garajes o talleres de telegrafía inalámbrica. Pero sea que los destruyan o que los conserven, el observador no puede menos que percatarse, a pesar de los cuadros de campesinos piadosos acudiendo a los servicios en grandes números que por aquí circulan, de que las iglesias de Rusia, ciertamente en las ciudades y en proporción menor en las poblaciones menores, son cosa del pasado.

La nueva generación, los «Jóvenes Comunistas», que ya constituye la punta de lanza de la revolución, es de ateos militantes para quienes el cristianismo no es otra cosa que simple superstición medioeval. —«Aquí no derriban las iglesias con la misma rapidez que en Moscú», le dije a mi cicerone, un joven comunista, el otro día, que nos encontrábamos en Vladikavkaz, en el Cáucaso septentrional. —«No», me respondió categórico, «aquí no son tan progresistas». La sensación que a este joven le produjeron los pocos servicios religiosos que vimos fué aparentemente de asombro, al ver a la gente tan supersticiosa; para él, aquellos ritos significaban menos que nada. Se me dijo repetidamente que los niños, aun en las aldeas, no van a los templos por temor a incurrir en el ridículo de sus compañeritos; y que en algunos casos se burlan abiertamente de las prácticas religiosas de sus padres. Ciertamente que la Rusia de nuestros días presenta un espectáculo que pasma, máxime cuando se recuerda que apenas hace quince años era un país completamente dominado por sacerdotes. Y no tiene uno dificultad en creer lo que le dicen los entusiastas comunistas jóvenes, de manera categórica, como lo dicen todo: que la religión está muerta en su país. En hecho de verdad, la religión de la Iglesia Ortodoxa Rusa da muestras de encontrarse tan inanimada como un barril de clavos...

Sin embargo, salí yo de Rusia con la noción de que la única religión realmente viva del mundo contemporáneo es la que funciona al presente en Rusia. John Haynes Holmes, que acababa de regresar de un viaje de tres meses por tierras de Europa, declara que «el cristianismo histórico se está muriendo rápidamente en Europa, si no es que ya se ha muerto... Las iglesias cristianas se aproximan en todas partes a su fin y en algunos casos ya han llegado a él. La religión organizada en Europa, tanto judía como cristiana, presenta un espectáculo patético». La mayoría de los observadores fuera de la iglesia quizás se abstuvieran de hacer un juicio tan definitivo como éste, pero la decadencia de las religiones históricas como fuerza social efectiva es evidente en toda línea. En cuanto a mí, diré que me parece que tenemos al presente en nuestro mundo una religión que vive, que crece y que funciona efectivamente día por día. Esta religión es el comunismo. Bien me percato de que esta aserción hará que los

comunistas echen espuma por la boca, porque ellos usan el término religión para denotar solamente un sistema de superstición organizada al servicio del Estado capitalista, una religión tal como la que poseía la antigua iglesia oficial de Rusia. Pero la religión es mucho más que eso. Y, en el sentido del término, que es socialmente importante, el comunismo tiene plaza única entre las religiones del siglo XX.

Lo socialmente importante acerca de una religión es que sus creencias — que no descansan esencialmente en la evidencia de los sentidos — sean tenidas por sus adherentes con la intensidad suficiente para hacerlos que hagan algo. De lo contrario esa religión no vale la pena. Es muy posible que esto sea lo que tenga

en mente el señor Holmes al hablar de la religión organizada, en el juicio que acabamos de citar. Cuando los cristianos llegan a ser la misma clase de gente, para todo propósito práctico, que los no-cristianos, cuando piensan y actúan aquéllos como éstos, entonces, el cristianismo ha dejado de ser potente fuerza social. Con toda sinceridad se tiene que admitir que ésta es la situación hoy día. No así en el campo comunista. Los comunistas obran de manera diferente, piensan diferente, sienten diferente. Niegan la fe antigua, tan sólo para afirmar la propia con mayor intensidad. Esta fe es la médula de una religión, a pesar del hecho de que con desdén rechazan todo supernaturalismo y profesan, en cuanto a teología, un ateísmo militante. Como los devotos de otros grandes movimientos religiosos en sus principios, los comunistas están poseídos de una fe interior algo mística, que mira con desprecio todas

las realidades actuales de la vida que no vayan de acuerdo con ella. Por tanto el comunista procede a hacer que las realidades coincidan con la fe. En verdad, es en Rusia y sólo en Rusia donde hoy día se contempla esa fe que mueve montañas.

Pero el comunismo no tiene únicamente la fe interior y la onda de sentimiento que distinguen a las grandes religiones; tiene también su cuerpo de doctrinas y fórmulas; tiene sus santos, sus profetas y sus mártires; tiene, aún, su colegio de cardenales y su papa. Y, si su doctrina de infalibilidad no es exactamente igual a la de Roma, es hecho cierto, no obstante, que no hay otro lugar en el mundo de hoy día donde, como en Rusia, la segura excomunión sea el resultado inmediato de la herejía.

Como todas las grandes religiones, el comunismo se ha incorporado en una personalidad. A pesar de las múltiples dificultades que la ciencia del siglo XX interpone en el camino de la canonización, el comunismo ha logrado, en el breve espacio de doce años, hacer de su fundador no sólo un santo, sino también un semiídolo. «No hay Dios y Lenin es su profeta» pudiera ser bien el lema de los rusos contemporáneos. En ninguna parte del mundo, me parece, hay cosa alguna que se pueda comparar en profun-



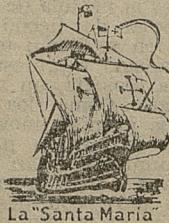
Lenín, la deidad de la nueva religión.

El Descubrimiento de América



12 de
Octubre
de 1492

Una reina que tuvo Confianza en un hombre
y un hombre que tuvo Confianza en una idea.



La "Santa María"

SE fué, sencillamente, el secreto de la inmortal hazaña de Colón.

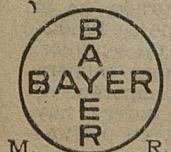
Y Confianza es también el secreto del éxito en la vida; pero cuando más valor tiene es cuando se trata del tesoro de la salud.

La CAFIASPIRINA, por su incomparable pureza y eficacia y porque no perjudica a la salud, se ha impuesto rotundamente en la conciencia pública del mundo entero como

el producto de confianza

para suprimir en pocos minutos los dolores de cabeza, de muelas y de oido; jaquecas; neuralgias; cólicos femeninos; reumatismo, etc.

Esta es la
Marca de
Confianza



Cafiaspirina

el producto de confianza

CAFIASPIRINA : 0.5 g. Aspirina (ácido-acetil-salicílico por procedimiento especial "Bayer")
0.05 g. Cafeína y 0.139 g. Almidón.

didad y candor, al culto que en Rusia se le tributa a aquel hombre pequeño, que desde Smolny y el Kremlin, en el breve espacio de siete años, transformó el destino de una décima parte de la raza humana. Colocada de manera prominente en toda ciudad y en toda villa aparece su estatua, casi siempre en la familiar actitud militante, con la mano en alto y hacia adelante, como acostumbraba arengar a las multitudes. Y en cada escuela y en cada club, en cada teatro y en cada lugar público, aun

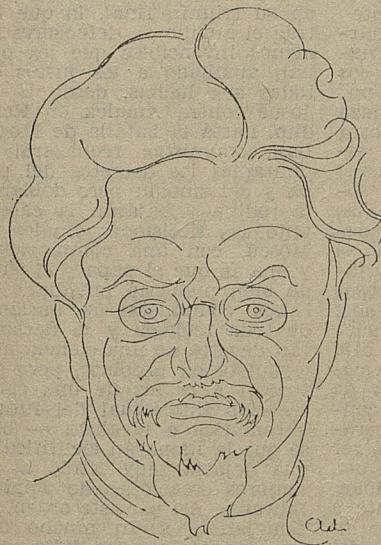
to la cara momificada del hombre que para ellos incorpora la revolución y su significado espiritual. Y aquellos que seguían haciendo cola afuera cuando dieron las nueve, simplemente volverán mañana, miles de miles de ellos, todos los días, a pagar su tributo de amor y adoración. No hay en todo el mundo espectáculo más impresionante. Cada día sus palabras son leídas por multitudes. Lo último que se dice en cualquier discusión es, «Lenín dijo ésto», o «Lenín enseñó así». Hubo tiempo en que Jesús fuera objeto de similar reverencia por parte de sus secuaces.

El comunismo tiene mártires por veintenas y por cientos. En las grandes ciudades y en las pequeñas aldeas se encuentra uno siempre el monumento. «A las Víctimas de la Revolución», a los hombres y mujeres que perdieron sus vidas por la causa proletaria en los largos años de la revolución y la guerra civil. A veces sus nombres están escritos en placas, en el lugar en que cayeron, y a veces perpetuados en la nomenclatura de calles y plazas públicas. Sus hazañas y su muerte se celebran siempre con oratoria y con ondear de banderas rojas, y su memoria permanece fresca por medio de la piadosa recitación de sus sufrimientos.

Empero, como otras religiones, el comunismo tiene su demonología a la vez que su hagiología; como en las otras, algunos de

los aspectos desagradables y peligrosos del comunismo aparecen en conexión con esa demonología. Del mismo modo que los buenos cristianos, en los días en que tomaban su religión en serio, torturaban y ahogaban y quemaban a las brujas y demás individuos a quienes se creía poseídos de demonios, así los comunistas, con igual conciencia, destierran y matan de hambre y ejecutan, si es necesario, a sus compatriotas que estén poseídos de los siete demonios de la psicología burguesa, de la incurable devoción a la propiedad privada y a todas sus obras. Y no me refiero aquí a la matanza de los malos terratenientes y demás propietarios en los primeros años terribles de la revolución y la contrarrevolución. Quiero, más bien, citar la supresión sistemática de los intelectuales, aun en nuestros días; y también la «liquidación» de los kulaks, aun en el día de la alta marea del exi-

to y la confianza revolucionarias: una supresión calculada y cruel de toda clase de campesinos ricos, que incluye en millones de familia. Deliberadamente los comunistas les imponen tributos exagerados, les confiscan sus propiedades, los destierran por cientos de miles, los dejan morir de hambre, literalmente, si es necesario. ¿Y todo por qué? Sencillamente, porque la mente del kulak está irremediablemente llena de ideas erróneas que impiden el advenimiento pleno del comunismo; porque el ku-



Trotzky, el apóstata.

en las pequeñas poblaciones, hay un gran busto de Lenín, acompañado por lo común de los otros dos miembros de la trinidad comunista: Carlos Marx y Federico Engels. Y en las vitrinas de las tiendas se ven pequeños bustos de Lenín por docenas, a la disposición de los entusiastas compradores, que se los llevan para desplazar los íconos de antaño.

Todas las noches, en verano y en invierno, llueve o truene, nieve o haga frío, en cuanto se aproxima la hora de las siete se ven las multitudes que avanzan con pies presurosos de todas direcciones a través de la Plaza Roja, a formarse en ordenada e interminable línea y a esperar con igual paciencia que el reloj dé las siete para descender lentamente la escalera del maravilloso mausoleo, con su guardia eterna de soldados rojos, a desfilar reverentes por la gran vitrina, con objeto de contemplar un momen-



Stalin, el pontífice.

lak está poseído del demonio del capitalismo, si bien a éste último prefieren darle otro nombre más moderno y altisonante...

Aparte de sus santos, mártires y demonios, el comunismo tiene también su sacerdocio: los que conservan la pureza de la doctrina y hacen que los adherentes cumplan con sus deberes... Cuando «el Partido» habla, se acaba la disensión. No importa qué sea lo que el miembro individual piense, una vez que el decreto ha sido expedido; la «desviación» se castiga con una rigidez y una severidad que no hacen distinción de persona. El caso de Trotzky es bien conocido. Pero los expedientes de doce años están llenos de ejemplos similares, de aquellos que no fueron fieles a la revolución en cuanto a doctrina y en cuanto a obra, según es entendida la revolución por el cuerpo sagaz de individuos que aparecen como sus intérpretes últimos. ¡Que se atreva aún uno de estos a desviarse, y lo veremos inmediatamente arrojado a la tiniebla exterior, quizás hasta

¿Quiere saber de Rusia?

«Empresa Letras» ha lanzado con un éxito loco una recopilación de opiniones sobre la Rusia Soviética en un magnífico volumen de admirable presentación.

Recopiladas por Carlos De Vids V., han aparecido en un tomo de apariencia sencilla, pero elegante, opiniones de personalidades destacadas en el mundo contemporáneo.

Lo que ellos han visto en Rusia

por \$ 3.00

le instruirá a Ud. sobre lo que es la Rusia de hoy a través de la lectura comparativa de trozos de Emil Ludwig, Paul Haensel, Otto Heller, Henri Barbusse, Pierre Dominique, César Vallejo, Liam O'Flaherty y Bernard Shaw.

Lejos de ser un libro tendencioso, esta obra no pretende sino que sus lectores por medio de la lectura de opiniones que contrastan se formen una idea aproximada de la realidad rusa.

Está en venta en todas las buenas librerías y puestos de revistas. Se atienden pedidos directos contra envío del valor en estampillas de correo (en carta certificada) giro o letra.

Diríjase a:

Empresa Letras

Huérfanos 1041 — Teléfono 82028 — Casilla 3327

Santiago de Chile

que se arrepienta, o quizás para siempre! Roma, en la flor de su vida, nunca supo de excomunión tan efectiva.

En otro aspecto, todavía, participa el comunismo con las religiones históricas. Cuando Lenin declaró que la religión es el opio del pueblo, se refería, por supuesto, al modo cómo aquéllo amortiguaba los padecimientos de la gente en cuanto a los sufrimientos e injusticias del mundo presente, con promesas de felicidad y gloria en la vida por venir. Las religiones, por lo general, han pagado sus deudas con cheques contra bancos del futuro; y, como han sido lo suficientemente prudentes para fecharlos después de la muerte, nadie ha podido descubrir si los documentos son buenos a no. Ahora, el comunismo rechaza fieramente todo trueque con otra vida que no sea ésta, pero está exactamente en el mismo plano que sus competidores sobrenaturales al compensar las privaciones actuales de sus devotos, con promesas para el mañana. «En Rusia no hay lugar para quien quiera cosas ahorradas», me dijo mi ciclone, el joven comunista que mencionara más arriba. Y me lo dijo lacónicamente, un día que comentábamos el desencanto de un yanqui que no había encontrado ahí el paraíso que esperaba. ¿Qué otra cosa, a no ser el cielo religioso, combinado con siglos de avezamiento al dolor, pudiera inducir posiblemente a un pueblo a soportar lo que los rusos vienen soportando el día de hoy, en su determinación febril de realizar el plan de los cinco años en cuatro. Y cuando alguien protesta, se le dirá: «Mañana, cuando la nueva planta industrial esté en operación, la situación mejorará; y antes de mucho llegaremos al cielo comunista, donde habrá abundancia de todo. Por ahora, a apretarse el cinturón un poco más».

Tenemos aquí, precisamente, la misma esperanza del futuro, sólo que en un nuevo caló científico e industrial, que ha hecho de la religión una potente fuerza social a través de las edades. Desde el práctico punto de vista de los resultados actuales, ¿qué diferencia hay en que el salvador sea una fábrica de automóviles o un tractor en lugar de un místico de Judea? ¿Qué diferencia hay en que el futuro esté cinco años, o a cinco mil de distancia y que el galardón sea una abundancia de pan y zapatos para todo el mundo, por un lado, o la gloria personal y las huriés del Islam o las calles de oro de la Nueva Jerusalén de San

Juan, por el otro? En ambos casos, el pueblo trabajará todavía y sufrirá, si es necesario, hoy, paciente, alegre y aun entusiastamente. Y mañana, habrá nueva esperanza.

Al tratar de algunos de los aspectos que el comunismo comparte con las religiones históricas, no quiero pasar por alto sus diferencias. Pero, desde el práctico punto de vista de la acción social, las diferencias son de poca importancia relativa. Los comunistas rechazarán fieramente lo sobrenatural; sin embargo, tendrán una fe formidable en su sistema y una confianza absoluta en su triunfo final, lo que les trae el auxilio de defensores no menos invencibles que los que han auxiliado a los justos en todas sus luchas, desde la de Josué contra Amalek en Refidim, hasta la batalla de Mons. Los comunistas rechazarán a puntapiés los decretos del papa y del sínodo; pero doblarán la rodilla y bajarán la cabeza ante las decisiones finales de Moscú, con una complacencia y una fe que el papa y el sínodo bien pudieran envidiar.

Los comunistas se burlarán de toda teología y se declararán devotos de una ciencia materialista en absoluto, pero actuarán a la luz de una construcción intelectual del futuro, sistemática e idealista — bien sé que la llamarán científica — que dejaría muy atrás a las mejores creaciones de Jonatán Edwards. Así por este orden, las semejanzas serán mucho más importantes que las diferencias. Socialmente hablando, lo importante de una religión real no es, como Lenin lo sugirió, el modo por el que intoxique al pueblo, sino la manera cómo sus adherentes salgan a realizar su ideal del futuro en la vida del presente. La inquisición fué función de la idea que del cielo tenían los eclesiásticos, y de cómo llegar a él. La revolución rusa es función de la idea que los comunistas tienen de una futura sociedad ideal y de cómo realizarla.

Desde este punto de vista, y en conclusión, quiero referirme a una de las principales doctrinas de la teología comunista: la idea de la lucha de clases, con su corolario del triunfo inevitable de la clase obrera o proletaria. Quien quiera estudiarla en detalle en su exposición clásica tendrá, por supuesto, que remitirse a «El Capital» de Carlos Marx, libro que se tiene en la Rusia de nuestros días de manera muchísimo más reverente que la Biblia en tierras que se dicen cristianas. Me atrevo a pensar que nunca hemos tenido

ejemplo más sorprendente de la potencia de una de esas ideas a las que Georges Sorel dió el nombre feliz de «mitos sociales», que en esta noción del triunfo inevitable de las clases trabajadoras. El obrero y el campesino rusos, que por siglos fueron objeto de explotación inmisericorde, criaturas de un gobierno corrompido y cruel y de una aristocracia irresponsable, azotados con el knout del recaudador de impuestos, desterrados, si se rebelaban, a las tristes planicies de la lejana Siberia, e intoxicados siempre con las falsas promesas de una iglesia venal y cancerosa, despertaron al ruido de los tambores de la revolución, encendidos por odio ardiente de los hierros con que, en su ignorancia y superstición, los habían encadenado terrateniente y capitalista, gendarme y soldado,

sacerdote y zar... Despertaron campesino y obrero a la repentina esperanza de romper las odiadas cadenas, a la creciente conciencia de su poder de romperlas en unión con sus camaradas. Despertaron, finalmente, a la segura confianza del triunfo inevitable de su revolución sobre todos los opresores que fueron convenientemente agrupados bajo el título de «la burguesía». De aquí que no nos admiremos ante la fuerza volcánica de la explosión y ante el éxito casi increíble que ésta ha tenido hasta ahora. De aquí que no nos admiremos de que el obrero ruso, a la luz de su experiencia en su patria y de su falta de conocimiento real de las condiciones en el extranjero, espere confiadamente triunfos similares del proletariado en otras tierras.

"LECTURAS" No. 2

Contiene entre su material

El Pro y el Contra: LAS DICTADURAS. — ¿Son convenientes las dictaduras en Sud América? Separamos lo que opinan hombres como el Pbro. Alejandro Vicuña Pérez, Guillermo Labarca Hubertson, Eugenio Orrego Vicuña y otros.

PIGMALION CONTRA GALATEA. — El eminent publicista inglés Aldous Huxley es dado a conocer en Chile por «Lecturas» a través de un artículo en que define en forma transparente la situación social del mundo.

COMO FUE CONQUISTADA LA INDIA. — Un mentís para los que creen que la India fué conquistada a sangre y fuego por los ingleses son estas formidables páginas de Gustavo Le Bon. En la batalla más ruda para la conquista de esos inmensos territorios el ejército inglés tuvo 22 muertos.

EL MARINERO DE AMSTERDAM. — Con este maravilloso cuento se pone en contacto con el público a un gran escritor francés que hasta ayer era sólo conocido en reducidos círculos intelectuales: Guillaume Apollinaire, el renovador de la poesía francesa, el compañero de Picasso, de Strawinsky y de Cocteau en la campaña de depuración del arte en Europa.

LUCIEN SIMON, SU VIDA Y SU OBRA. — La vida y la obra de un artista célebre, en un artículo escrito magistralmente. «Lecturas» en su sección **Retrato de un artista** le dará detalles y reproducciones de cuadros de Lucien Simon.

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

PUBLICACION QUINCENAL.

de obras literarias seleccionadas. Presentación y calidad insuperables.

Últimas obras publicadas:

N.º 51.—“24 horas de la vida de una mujer”, por Stéfan Zweig.

N.º 52.—“El retrato de Dorian Gray”, por Oscar Wilde.

N.os 53-54.—“Flor Sombria” por John Galsworthy.

N.º 55.—“El Camino de los Gatos”, por H. Sudermann.

N.º 56.—“Las lanzas coloradas”, por Arturo Usar Pierri.

PROXIMO NUMERO:

N.º 57.—

LAS CUCARACHAS

Novela rusa de

MAXIMO GORKI

“Biblioteca Zig-Zag” da cabida en su N.º 57 a uno de los escritores rusos que — con justicia — goza de más fama en el mundo: Máximo Gorki.

“Las cucarachas” es una preciosa e impresionante novela de la última producción del gran autor ruso. Ha sido traducida especialmente para “Biblioteca Zig-Zag” por Luis E. Délano, prestigioso escritor chileno.

Con estos antecedentes, este número de “Biblioteca Zig-Zag” constituye una gran atracción para el público de gusto refinado y conocedor de la buena literatura.

Lea usted la obra completa al PRECIO DE \$ 2.—

Todas estas obras están en venta en librerías y puestos de revistas del país. Se atienden pedidos directos contra envío del valor en estampillas de correo, giro o letra. Diríjase a:

"EMPRESA LETRAS"

Editores,
Distribuidores, Libreros
Casilla 3327 - Huérfanos 1041
Teléfono 82028
Santiago de Chile

*La opinión de
MANUEL HIDALGO
(Continuación)*

mamita

era la revista preferida de los pequeños.

Ningún padre se atrevía a contrariar el deseo de su niño, de leer los simpáticos y seleccionados cuentos que contenía.

mamita

Por este motivo, la «Empresa Letras» se apresura a continuar la labor de esa revista, publicando desde el próximo

sábado 22

cuentos infantiles en una serie que se titula:

mamita

No se trata hoy propiamente de una revista.

Son volúmenes de 32 páginas, ilustrados en colores de gran gusto, con dibujos hechos ex profeso, y con uno o más cuentos de gran interés y valor.

mamita

seguirá pues, llegando a su hogar cada quince días, los sábados, mejorada, ampliada y por sólo

\$ 0.40

Pedidos por mayor y menor deben dirigirse a:

Empresa Letras

Casilla 3327 — Huérfanos 1041 — Teléfono 82028

Santiago de Chile

común esto le parecerá absurdo.

La Guerra Europea no fué sino una lucha de mercados de aquellos países que se encontraban saturados de sobreproducción, creyendo que los cañones les podrían dar aquéllos que no habían sido capaces de conseguir por sus agentes comerciales y la política de rapina, en los países coloniales del Asia, África y Sud América.

Después de la guerra, que arruinó a todos, los economistas burgueses creyeron que el capitalismo seguiría manteniéndose y que se salvaría al mundo de la miseria, yendo a una producción intensa; pero la producción que se desarrolló con tanta fuerza en los países capitalistas, no alivió en forma alguna el desastre económico que agobia a la humanidad en estos días; porque si ayer la falta de producción era la causa de la miseria, hoy lo es por exceso de producción. Y esta es la fundamental razón por la cual nos encontramos ante la absurda paradoja de que, en un mundo capitalista, las masas productoras se retuerzen de hambre. Yo creo que el socialismo será el único régimen que puede solucionar este problema.

Soy socialista porque creo que no es el producir o no producir en la forma que actualmente está organizada la producción lo que salvará a las multitudes hambrientas, sino el cambio de los sistemas que rigen hoy al mundo, por la nueva, brillante y sólida implantación del régimen socialista.

(Continúa en la pág. 62).

EL INSOMNIO

Por ANTHONY GREY

—¡No podía dormir!...

Durante meses había soportado ese martirio. Ensayaba esto, ensayaba aquello, ensayaba lo de más allá. Todo era inútil. No podía dormir.

Conocía a todos los noctámbulos de Edimburgo como si fuesen íntimos suyos. Llegó a odiar la chata silueta del castillo destacándose en el insípido gris del amanecer, y aprendió a aborrecer los primeros ruidos que denotaban la actividad de un nuevo día. Cada día consta de veinticuatro horas, él bien lo sabía.

Decíale la gente que consultara al doctor Crewe de Harley Street, pero el hombre no aceptaba el consejo. Londres quedaba muy lejos y él había perdido la energía necesaria para viajar. Le decían que el doctor Crewe, de Harley Street, había curado a otros y que sin duda lo curaría a él también. Tenía que ir a verlo. Así le decían.

Pero el hombre había perdido la fe.

Vió amanecer todos los días de la primavera, todos los del verano, todos los del otoño y los del invierno. ¡Era horrible!

—Si esto sigue así — se decía a sí mismo —, me volveré loco!

Muchos amigos que habían dejado de verlo por un tiempo, se inquietaban por su salud.

—No puedo dormir — les explicaba —. Sufro de insomnios. Hace meses que sufro de insomnios. ¡Es espantoso!

Le aconsejaban que caminara una milla todas las noches, antes de acostarse. El hombre contestaba que ya lo había hecho. Figuraban en su haber muchas millas de caminata, sin resultado alguno. No servía para nada. No le hacía nada.

Entonces le decían:

—¿Por qué no va a ver al Dr. Crewe, de Harley Street? Dicen que hace maravillas.

Otros le dijeron que suspendiera la carne y que comiera sólo legumbres.

—Ya lo hago — respondió enojado.

Le indicaron que al acostarse cerrara los ojos levantando las pupilas; se trataba de un buen recurso.

Los calificó de embusteros e insistió en que eso le daba violentos dolores de cabeza, pero no le hacía dormir.

Los compañeros de oficina le daban consejos:

—Duerme siempre del lado derecho — decían algunos —. Duerma siempre del costado izquierdo — exclamaban otros —. Yo tenía una tía que sufria de insomnios, y siempre...

Lanzaba un rezongo y se alejaba.

Sus parientes también le daban consejos:

—Cuando tu tío Juan padecía de insomnios, no bebia más que leche. Eso le hacía bien.

—A mí no me hace nada — gruñía él —. Ya lo he ensayado.

—Entonces, ¿sabes lo que tienes que hacer? Ir a ver al doctor Crewe, de Harley Street.

A eso el enfermo respondía invariablemente:

—¡Bah! — y se alejaba.

Un día, Jones lo detuvo en Carlton Hill.

—He oido decir que sufre de insomnios.

—Sí — respondió él.

—Es inútil contar — añadió Jones.

—Es verdad — respondió él.

—No sirve para nada — prosiguió Jones —.

Como tampoco sirve caminar mucho.

—Tampoco.

—Ni levantar los ojos.

—Si sigue haciendo todo esto, acabará muriéndose — insistió Jones —. Tampoco sirve de nada el tomar leche.

—Ya lo sé.

—Pues le diré lo que debe hacer. Precisamente he oido hablar de lo que usted necesita. ¿Conoce a Robinson?

—No.

—El hermano de Robinson sufría de insomnios. Yo le di un consejo y se curó completamente.

—Bueno. ¿De qué se trata?

—Lo que tiene que hacer es lo que hizo el hermano de Robinson. Ir a ver al doctor Crewe, de Harley Street, y...

Nuestro hombre escapó, dejando que Jones hablara solo.

Pero después volvió a pensar en ello. Todos hablaban de ese doctor Crewe, de Harley Street. ¿Y si realmente sirviese para algo? ¿Por qué no hacer una tentativa? ¡Había probado ya tantas cosas!

—¡Pruebe! — le decían sus amigos, parientes, relaciones y Jones.

—Muy bien! respondió, y resolvió ensayar.

Un día arregló una pequeña valija, tomó un boleto en la estación de Waverley y salió para Londres por primera vez en su vida. Hacía diez y ocho meses que no dormía.

Tráca-ta, tráca-ta, tracáta, trácata... sonaba el ritmo de las ruedas del ferrocarril, que parecían golpear su misma alma. El tren rodaba velozmente, bordeando las tierras bajas, y su ritmo seguía:

Trácata, trácata, tráca-ta, trácata. Ritmo desesperante, que seguía y seguía continuamente...

—Por qué no inventará alguien un tren silencioso? — se preguntaba —. ¡No dormir durante dieciocho meses y ahora sentir esto! Mejor es morir.

Tráca-ta, tráca-ta, tracáta, trácata...

Berwick... pero ninguna disminución en el insoporable ritmo, el ruido infernal de las ruedas en movimiento. Se dió vuelta a la derecha.

Tráca-ta, tráca-ta, tracáta, trácata...

Se dió vuelta a la izquierda. Trató de leer. Pero no había escapatoria.

Newcastle...

Podía haber en la vida algo más detestable, más cruel? Sentía como si le pincharan el cerebro y se lo retorcieran dentro de la cabeza.

—¡Demonios! — exclamó —. Siento como... Siento lo que debe sentir un loco encerrado en una celda acolchada.

Abandonar el tren era cosa imposible, pues se trataba de un rápido hasta King's Cross.

Tráca-ta, tráca-ta, tracáta, trácata...

York... ¡Y seguía andando!

Tráca-ta, tráca-ta, tracáta, trácata...

Retford... Empezó a llegar la noche y con ella los ruidos parecieron aumentar. El endemoniado golpeteo aumentó. Apretó los dientes, se tapó los oídos, pero el ruido parecía estar en su propio ser ahora.

Tráca-ta, tráca-ta, tracáta, trácata...

Peterborough...

—No acabaría esto nunca? Nunca? Nunca? — se preguntaba —. ¿Seguiré hasta el fin de mis días oyendo nada más que esto?...

Tráca-ta, tráca-ta, tracáta, trácata...

St. Neots... Se asomó por la ventanilla. Su

(Continúa en la pág. 60).

costa. El mismo había estudiado todo un plan de propaganda y lo había presentado al fabricante, que lo encontró acertadísimo y dijo que lo iba a poner en práctica en seguida. ¡Adelante con el "Languisol"! O se salvaba el "Languisol", o... o... Pero no, eso no podía ser, en eso no quería pensar. El había prometido a María Celeste cubrirla de brillantes y la tenía que cubrir de brillantes.

Va de prisa Diego Hernando, camino de su casa. Las manos metidas en los bolsillos del abrigo, el ceño adusto. Va preocupado. Tiene facturas por pagar, pequeñas facturas, pero hay que pagarlas; tiene un sueldo mezquino; tiene la posibilidad en perspectiva de que la casa quiebre y no cuente ni con ese sueldo mezquino. Se deja llevar por una ráfaga de pesimismo y se ensombrece aún más. El mismo se da cuenta de ello y piensa que se está volviendo insopportable, gruñón. Bueno, ¿qué culpa tiene, después de todo? Las cosas van mal y no hay como para ponerse a bailar de gusto. Si él estuviera solo en el mundo, nada; la lucha no le asustaba, por dura que fuese. Pero tiene a María Celeste. Al pensarlo, su rostro se anubla más y más. María Celeste. ¡Maricelé! Esa chica que no sale, que no tiene comodidades, que no goza de la vida, que no gasta nada en ella... Hoy mismo lo había dicho.

"Habrás notado que en esas facturas no hay ningún gasto personal mío."

¡Claro que lo había notado! ¿Qué se creía que era? ¡Idiota?

Apresura aún más el paso, como si quisiera dejar atrás sus negros pensamientos. Pero no puede. Una florista callejera le sale al encuentro. Diego se dice:

"Toma, ya hay rosas! Es verdad que estamos casi en primavera. Son las primeras rosas. Deben de ser caras, si no... María Celeste tenía unos rosales, allá en su pueblo, y los cuidaba con mucho cariño."

Sigue. Ante el escaparate de una confitería se para. Hay unas pequeñas pirámides de plata: "marrones glacés". Diego piensa:

"Mira, las primeras rosas y los últimos "marrones glacés". Los dulces que prefiere María Celeste. Esto de las golosinas es una porquería, pero a las mujeres les encanta; yo no sé por qué, pero les encanta."

Y sigue. Pasa ante un teatro, ante una librería. Pensa que a María Celeste le gusta ir al teatro, le gusta leer novelas y todas esas revistas, todos esos "magazines" y figurines o lo que sean, de modas y de cine y de deportes y de tonterías. No puede leerlos, sin embargo. No tiene tiempo, ni dinero. Todas las pequeñas cosas que hacen la vida amable, todas esas frivolidades que adoran las mujeres, y a las que tienen casi un derecho propio, como los niños a los juguetes, no entran en la existencia de María Celeste. Esto sulfura a Diego, le hace crispár los puños de coraje. ¿Cómo no ha de estar "negro"? Uno tiene una chica en casa a la que querría llevar flores, dulces, libros, entradas para el teatro. Y no puede llevarle nada. ¿De qué humor, pues, ha de entrar uno en casa? De un humor de mil demonios. Hosco, adusto, feroz. Naturalmente.

Hosco, adusto, feroz, entra Diego. Casi no mira a María Celeste cuando ésta le abre la puerta y se empina en la punta de los pies para besarse en la barba, porque más arriba no llega.

—¿Está la cena? — pregunta, esperando que no esté.

—Sí, está. ¿Laquieres ya? Pues ve lavándote las manos, que la sirvo en seguida.

Diego suspira. Y envídiala a su amigo Isidro. A su amigo Isidro que puede protestar y en-

furecerse sin que le falten motivos. A su amigo Isidro que va hecho un desastrado. A su amigo Isidro que tiene una mujer que se levanta a las once. A su amigo Isidro a quien no dan desayuno y, a lo mejor, ¡vaya usted a saber si, a veces, tampoco cena! En cambio él, Diego...

Con la primera cucharada de sopa vuelve a hablar de las facturas.

—Veré si puedo arreglármela para pagar esas cuentas. Pero que no vuelva a ocurrir ¡eh!

—Yo no sé si volverá a ocurrir. No depende de mí.

—¿Que no depende de ti? ¡Pues ya me dirás de quién depende la administración de la casa!

Maria Celeste se encoge de hombros.

—¡Sí, claro! ¡Tú con no discutir ya lo has arreglado todo!

—No, yo no he arreglado nada. Ni tú tampoco. Anda, Diego, come. Se te va a enfriar la sopa.

—No la quiero. No me gusta.

—Bueno Te voy a traer tortilla de guisantes. Eso sí te gusta. Y a mí también. ¡Está más rica! —

Pero la tortilla no logra capear la discusión.

—... Porque ya comprenderás que con deudas y atrasos no se puede vivir.

—No.

—Y hay que tener cuidado con lo que se gasta...

—Sí.

—¿Entonces por qué no lo tienes?

—¿Yo?

—Tú dirás! ¡Esas facturas!

—¡Dichosas palabras!

—¡Lo, todo lo que se te ocurre? Pero hija, tú qué te has creido? ¡Que soy yo algún Rockefeller? —

A María Celeste le hace gracia esta frase, y el acento con que ha sido dicha, y se pone a reír.

—Sí, hombre... Y Ford.—

Diego se indigna. Estalla la válvula de escape de su mal humor. Se produce la explosión de su cólera contenida. Pierde la cabeza. Ve turbio.

—Oye, hasta aquí hemos llegado! ¡A mí no me tomas tú el pelo! ¡Encima de que no sirves de nada, burlarte! ¡Encima de que me complicas la vida, reírte! ¡Pues no, hija; de mí no se ríe nadie, y tú menos! ¡Qué has hecho tú, qué eres tú, de qué sirves tú, qué tienes tú? ¡Un par de ojos no muy feos y pare usted de contar! ¡Menuda joya!

Maria Celeste se pone bruscamente de pie. Está blanca, como el mantel.

Maria Celeste puede aguantar con paciencia lo que le digan a ella, pero no a sus ojos. Que no le toquen los ojos. Son un recuerdo de familia. Ofenderlos o despreciarlos es lo mismo que ofender a su madre, a su abuela, a sus hermanas y hasta a su sobrina Irene. Y esto no lo tolera. Además, está desconsolada. Por esto... y por todo.

Diego se aprieta la cabeza entre las manos como si quisiera deshacer las brumas que la han ofuscado.

—Di, Maricelé... ¿Te he dicho alguna barbaridad? No he querido...

—No sé si me has dicho alguna barbaridad. Sé que, fuera lo que fuera, me has hecho mucho daño.

Y rompe a llorar.

Diego se queda aterrado.

—¡Maricelé! ¡Chiquilla!

Ella echa a correr, va al dormitorio, se desploma sobre la cama y da rienda suelta a su pena. También la válvula de escape de su pa-

ciencia ha estallado. También han hecho explosión sus quejas contenidas. Muchos disgustos callados salen ahora a la superficie en lágrimas y en sollozos. Por una vez va a llorar bien, con toda su alma. Y llora...

Diego no sabe qué hacer para consolarla.

Le pide perdón, la besa, trata de incorporarla, se llama a sí mismo bruto, animal, bestia, mastodonte.

Ella no le hace caso. Cuando se lo hace es para decirle:

—¡Vete! ¡Déjame!

—¡Maricela, escúchame, atiende!

—¡Vete! Cierra la puerta y vete. No quiero oír nada, no quiero verte.

—No te pongas así, muchacha. Perdóname, ¿quieres?

—¡Vete!

¿Qué hacer? Su presencia parece exaltarla más, hacerle más daño. Humildemente, obedece y se retira.

En el pasillo se queda un momento desconcertado, entontecido. Y de pronto comienza a increparse de nuevo, en sordina. ¿Por qué será tan bruto? ¿Por qué le habrá dicho esas cosas a Maricela? ¡Maricela tan dulce, tan buena, tan bonita! Y es por ella; precisamente por ella está así, hecho un basilisco. ¿Cómo decirle que no hace más que pensar en ella, que quisiera tenerla como a una reina, proporcionarle la existencia más envidiable del mundo? ¿Cómo decirle que lo único que podría curarle este mal humor sería verla gastar, divertirse, tener todas las cosas, ¡tantas cosas! que no tiene y que tienen otras mujeres que valen mucho menos que ella? Es esto, es esto lo que le trae de cabeza... Pero ella no podría comprenderlo. ¿Cómo lo iba a creer, después de haber provocado esta escena por unas miserables facturas de cuatro cuartos? ¡Y no era eso, no eran las facturas lo que le hizo ponerse así! Era lo otro, era todo, era... Maricela.

Vuelve al comedor, se sienta a la mesa y trata de comer. Es inútil. La comida no le pasa. Se sirve un vaso de agua y lo bebe ávidamente. ¡Qué rica está el agua, qué fría! Se sirve otro vaso. "Hombre, esto parece que me ha entonado un poco..."

Empieza a comer lentamente. Y de pronto se fija en el plato de María Celeste. María Celeste no ha comido. Allí está su silla vacía, la-deada; allí su servilleta, echada de cualquier modo sobre la mesa. Y allí, en el plato, está su tortilla. No la ha tocado. Y a María Celeste le gusta la tortilla de guisantes... De nuevo se le corta a Diego el apetito. Retira el plato, coge el periódico y se pone a leer.

"A ver qué dirá el diario, a ver cómo está la crisis. ¡Ay, esta luz qué débil es! María Celeste tiene bombillas de muy poca potencia en toda la casa. Claro, es más barato. Pero cuando está aquí sola horas y horas, esta luz le debe dar un poco de tristeza. Quizás me espera entonces con impaciencia. Y después yo llego yo..."

Es inútil, no puede leer. Deja el periódico y se pone a pensar en la fábrica, en el "Langui-sol". Mentalmente baraja cifras. Se hace un lío. Nada, no puede pensar. Apoya los codos en la mesa y hunde el rostro entre las manos. Después de todo, ¿cómo ha de comer, cómo ha de leer, cómo ha de pensar? Tiene una sola idea, una idea fija: allí, a pocos pasos de él, hay una mujercita que llora, una mujercita que se está exprimiendo el corazón.

Se levanta y, andando de puntillas, como si hubiera algún enfermo en la casa, llega hasta el dormitorio y abre la puerta despacito. En la penumbra ve a María Celeste, echada sobre la cama, ocupando muy poco sitio en ella

porque es tan pequeña; María Celeste, tan pequeña. Se va acercando hasta llegar a su lado, se inclina sobre ella hasta rozarle los cabellos con los labios, y murmura, la voz a punto de quebrarse:

—Di, Maricela...

Al día siguiente por la tarde, apenas se ha ido Diego a la oficina, María Celeste se pone la boina y sale a la calle. ¿Adónde va María Celeste? ¿A dar un paseo? ¿De compras? ¿Al cine? Nada de eso. María Celeste va a buscar trabajo.

Es inútil que Diego esté hecho una mala, es inútil que en muchas horas no haya alzado la voz, frunciendo el ceño. El disgusto de la noche anterior no se le ha pasado todavía a María Celeste. Y va a buscar trabajo. ¿No le ha dicho Diego que no sirve de nada? ¡Pues a servir de algo! La espina llegó muy honda...

Pero ¿qué trabajo va a encontrar? ¿Qué sabe hacer? Y piensa con amargura en su educación deficiente para permitirle luchar con ventaja en esta gran ciudad donde hay que ganar el pan a zarpazos, donde hay que deshacerse el cuerpo, o estrujarse el cerebro hasta exprimirlo, para que los demás no le arrojen a uno y le hagan polvo. ¿Qué utilidad tendrá ella, pobre muchacha, de Colmenar Viejo, en la máquina formidable de la gran metrópoli? Diego ya se lo dice: "¿Qué has hecho tú, qué eres tú, de qué sirves tú?" Sí, quizás no sirva de nada. "¿Qué tienes tú? Unos ojos no muy feos..." ¡Ah, eso no! Sus ojos son preciosos. Más: son únicos. ¿Por qué negarle la sola fortuna que Dios le ha dado?

A todo esto, distraída con sus cavilaciones, María Celeste se había desviado de su camino y perdido en un dédalo de turbias callejuelas. Un chulillo pinturero se le acerca y le dice muy serio:

—Señorita, ¿qué usted hacer el favor de mirá pa esa casa?

Sorprendida por la petición, María Celeste mira hacia la casa.

—Na, que como la calle es oscura no veía bien el número, y usted me lo ha alumbrado. Se agradecen los faros.

Y el chulillo, contoneándose, se mete en el portal.

María Celeste hace un esfuerzo por no sonreír y se apresura a salir de aquellas encrucijadas. Ya en una vía importante y lujosa, comienza a caminar lentamente, mirando los establecimientos y pensando:

—¿Qué podría yo hacer? ¿En qué podría yo trabajar?"

De pronto, una placa llama su atención: "Juan Barrades, Fotógrafo Industrial." Mentalmente lo repite una y otra vez: Juan Barrades, fotógrafo industrial... Fotógrafo industrial... Fotógrafo industrial... Una idea, mejor dicho, una avalancha de ideas le cruza la mente. Y, con un arranque súbito, María Celeste echa a correr escaleras arriba hacia el fotógrafo industrial.

Juan Barrades es un hombre como de cincuenta y cinco años, sonriente, buena persona. Tiene un gran sentido práctico y no poco sentido artístico.

María Celeste ha de esperar unos minutos en un salóncito. Después, la puerta que da acceso al taller de Juan Barrades se abre y sale una muchacha que se va sin saludar a nadie y pegando un portazo que hace retumbar todos los cristales. Inmediatamente sale Juan Barrades bufando. Y se planta ante María Celeste con los brazos cruzados.

—¡Vamos, hombre! ¿Pero ha visto usted...?

—Sí, señor. Y lo he oido.

—¡Qué barbaridad! ¡Y todo porque no he querido aceptarla para el anuncio de las medias "Milady"! Pero, Señor, ¿cómo va a posar para las medias "Milady" si tiene las piernas que parecen dos columnas salomónicas? Bueno, bueno... ¿Y usted, joven? ¿Qué hay?

—Pues yo he venido por si podía usted hacer algo con mis ojos.

—¿A ver? ¡Caramba! ¿De dónde ha sacado usted esos astros?

—Es de familia.

—Hombre, no está mal... Hay quien tiene de su familia otros recuerdos menos... ¿Quiere pasar al taller?

María Celeste entra en el taller del fotógrafo, temblando, como si entrase en un gabinete quirúrgico.

—Mire, colóquese ahí, delante de la máquina. Eso es. Muy bien. Mire hacia aquí. No. Mire hacia allí. Un poco más hacia la derecha... Tampoco. Un poco más hacia la izquierda. Eso es. Quieta... ¡Ya está! Bueno, mire: esto es una prueba, ¿sabe usted? Si sale bien y resulta usted fotogénica hablaremos. La óptica Oregonia me tiene encargados unos anuncios para sus lentes. Pues si usted resulta, usted me "posa" para ellos en seguidita. Ponemos primero a cualquier birria con unos ojos como para dar un susto, y debajo: "Usando lentes cualquiera, inadecuados, incorrectos." Y después a usted con los lentes Oregonia y esos ojazos iluminando el mundo detrás de ellos, y: "Usando lentes perfectos Oregonia." Antes y después del tratamiento. ¡Je, je! Bueno, todo depende de la prueba. Vuelva dentro de dos días.

Dos días después allí estaba María Celeste.

—¿Qué hay de la prueba?

—¡Magnífico! ¡Estupendo! Joven, usted es mi hombre. Digo, no: usted es mi mujer. Bueno, tampoco. Usted... ¿usted me entiende? Aquí tiene trabajo para rato. Para un rato largo. Mire, le voy a dar a usted solita todos los anuncios del "Languisol". Nada de lentes Oregonia ni de tonterías. ¡A trabajar con el "Languisol"!

—¿Y eso qué es?

—Una serie de cosas para los ojos que quiere lanzar un fabricante que se debe haber vuelto loco, porque me ha venido con unos planes de propaganda tan fantásticos que dentro de dos

semanas la gente de este país va a toparse con el "Languisol" hasta en sueños. Bueno, ¿cuándo empezamos?

—Ahora, si usted quiere.

Dos semanas más tarde el que creyó formalmente haberse vuelto loco fué Diego. María Celeste, multiplicada hasta lo infinito, había caído como un bólido sobre la ciudad. Los ojos de María Celeste estaban en todos sitios. En las perfumerías, en las peluquerías, en las revistas, en los periódicos, en anuncios cinematográficos, en letreros luminosos, en hojas volantes lanzadas desde un aeroplano, en folletos, en estuches de regalo entregados en las tiendas, a hombros de los anunciantes ambulantes. Los ojos de María Celeste le miraban a uno en el tranvía, en el autobús, en el metro, en la calle y en la oficina. Bueno, en la oficina era ya el colmo. Entraban allí los fajos de ojos de María Celeste a kilos, a arrobas, a toneladas. Y a toneladas volvían a salir. Hacia todas las partes de España. Hacia todas las partes del mundo. Y el "Languisol" también. Tras aquellos ojos se iban todos los ojos y venían los pedidos. Aquellos ojos no eran dibujados, no eran fruto de la imaginación complaciente de ningún artista. Se trataba simplemente de una fotografía. Aquellos ojos eran auténticos y reales. En algún rincón de la tierra aquellos ojos existían... Y el "Languisol" se vendía como si se regalase. No había mujer, entre los quince y los sesenta años, que no estuviera tratando de tener los ojos de "la muchacha del "Languisol".

El fabricante deliraba de alegría.

—¡Hombre, Hernando! ¡Entre usted y esa chica me han salvado el negocio! ¡Quién será esa chica, Hernando?

—Pues... no sé.

A un año después, viento en popa la fábrica y en posesión Diego de la gerencia de la misma, le sumilió a María Celeste:

—Di, Maricela... ¿No querrías "retirarte del negocio"?

Ella se sintió magnánima.

—Bueno. Pero antes júrame que sirvo para algo.

—Lo juro.

—¿Por qué lo juras?

—Por tus lindos ojos.

ELISABETH MULDER.

EL INSOMNIO (Continuación)

corazón latía con el mismo ritmo. Sentía la sangre en sus sienes a igual diapason. Se sintió casi ebrio de ruido. Sintió con asombro que su cuerpo se mecía con aquel ritmo. Esto le hizo contar, contar de una manera curiosa, que coincidía con el ritmo.

—Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Uno, uno. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Uno.

Durante muchas millas sólo vió la oscuridad por las ventanillas. Luego luces. Letreros luminosos de color azul. Trató de deletrear las palabras:

—H-a-d-l-e-y...

Trácata, trácata, trácata, trácata...

Hadley... doce millas para... Trácata — Londres — Trácata — Had... — Trácata —

Woods... Trácata, trácata...

Alguien le golpeó suavemente la rodilla. Era el hombre que había estado sentado frente a él desde que salieron de Edimburgo.

—Mejor será que se despierte, señor. Estamos en King's Cross. Hay que bajar.

—¿Qué?... ¿Qué dice?

—Usted se durmió hace cinco minutos, señor. Tal vez sería por el traqueteo del tren. ¡Y pensé que le haría un favor despertándolo!

Tomó su pequeña valija, y dirigiéndose, cefulado, al hombre sentado frente a él:

—Usted es un perfecto idiota! — exclamó furioso mientras se alejaba.

Y hasta hoy el hombre cuyo asiento quedaba frente a él no ha podido comprender el por qué de aquel insulto.

ALDOUS HUXLEY, el eminente publicista inglés, discute, en el próximo número de "LECTURAS", el problema social, bajo el rubro de "PIGMALION Y GALATEA".

Conversando con el público

Esta Sección de "Lecturas" será el hilo que tendrá en contacto a la "Empresa Letras" con sus favorecedores y lectores de sus libros y revistas. Cualquier idea que nuestros amigos deseen insinuarnos, cualquier sugerencia que quieran hacernos, cualquier pregunta, cualquier observación, serán contestadas por intermedio de esta página, ya se refieran a "Biblioteca Zig-Zag", "Colección de Autores Chilenos", "Los Grandes Escritores", "Ediciones Extra", "Mamita", "El Camarada del Lector" o la propia revista "Lecturas". Los numerosos colaboradores de "Empresa Letras" tendrán, pues, aquí, una especie de vehículo para ponerse en comunicación con nosotros.

Iniciamos este buzón con algunas cartas pendientes.

Un lector.— Santiago.— Las obras cuya publicación Ud. nos insinúa revelan de su parte un buen gusto literario. Créanos que le agradecemos muchísimo el consejo y que buscaremos las cuatro novelas de que nos habla.

Su-Tata.— Coronel.— Hemos leído con interés su breve cuento "Me suicido mañana", que no deja de tener cierta originalidad en el tema. Es movido, humorístico y algo... subido de color. Desgraciadamente el estilo deja muchísimo que desear; más aún, hace imposible la publicación del trabajo. Tiene él todos los defectos de las cosas escritas por quienes empiezan. Nuestra opinión es que, antes de intentar publicar nada, debe usted ensayar todavía, mucho, algunos años quizás.

M. M. R.— Santiago.— En realidad gasta usted arrestos críticos bastante pronunciados y se ve que no es un lego en materia de literatura. Nos referimos a su carta: 1.)— Verá Ud. como tenemos el mayor interés de editar autores de habla castellana, después de leer "Las Lanzas Coliradas", de Arturo Uslar Pietri, que es una gran novela; se prepara la edición de algunas interesantes obras españolas modernas. 2.)— De los rusos no puede decirse tampoco otra cosa, conociendo "Las Cuarcachas", de Gorki, publicada en el N.o 57 de Biblioteca Zig-Zag. La Biblioteca registra, además obras rusas como Jadsí Murat, de Tolstoy; La Risa Roja, de Andreiev; el Príncipe Idiota, de Dostoiewski; El Camarero, de Chmelev; etc. 3.)— Su insinuación de publicar biografías y libros de ideas, no nos pilla desprevenidos. Hemos

dado ya El Socialismo, de Durkheim; Los Caminos de la Libertad, De Russel y Lo que ellos han visto en Rusia. Tenemos otras obras divulgativas y también algunas *biografías en preparación*. 4.)— En aquello de los autores chilenos creemos que Ud. juzga esa obra con mucha severidad. De dos de los tres autores que Ud. nos cita tenemos libros para publicar. Esa Colección dará además obras de Salvador Reyes, Enrique Bunster, Manuel J. Ortiz, Augusto Iglesias, Acevedo Hernández, Mariano Piñón Salas, etc. etc. Terminamos agradeciéndole de verdad las sugerencias que nos hace y su preocupación por nuestras actividades.

Oke France.— Santiago.— Hemos ya pensado publicar poesías y lo haremos. Mak Twain es uno de los autores que tenemos en perspectiva. Da Verona es muy discutible, ¿no lo cree? En cuanto a Cuatro Reinos, de Barros Grez, es un folletín muy simpático, pero enormemente largo, infantil y que ya hizo su época. Ahora acaso no tendría aceptación.

Secretario de la "Biblioteca Empastorj.— Santiago.— Agradecemos infinitamente el honor que esa colectividad cultural nos ha dispensado y tendremos muy en cuenta los libros que nos insinúan.

J. M. B.— Concepción.— Sus versos nos agrandan sobre todo el poema segundo. Hay sin embargo algo que nos dice que Ud. debe haber escrito otras poesías mejores. Preferimos que nos envíe otros poemas para seleccionar alguno y publicarlo en una página que Lecturas dedicará a este objeto.

L. R.

En el próximo número: ERNESTO MONTENEGRO — uno de los valores consagrados de las letras nacionales — inicia una serie de crónicas imaginarias: "Cosas del otro jueves".

La opinión de

VALENTIN BRANDAU

(Continuación)

tos más manifiestos de la experiencia universal, pongamos una fe ciega y absoluta en las capacidades y posibilidades del Estado.

Ahora, yo, por mi parte, no siento en mí ninguna disposición para transformarme en un esclavo voluntario y entusiasta de la sociedad, y no me parece, por lo demás que existan muchos hombres de algún valor en, quienes semejante disposición sea un hecho positivo. Y luego aunque lo quisiera vehementemente, yo no podría crear en mí la ilusión de la omnisciencia y la omnipotencia del Estado. ¿Por qué? Porque yo sé bien que el Estado es una mera entidad, cuyo saber y cuyo poder son sólo el poder y el saber de los hombres en quienes el Estado se encarna. Y sé bien, a más, que lo primordial en una sociedad no es el Estado, sino la sociedad misma, de cuyas calidades dependen ineludiblemente las calidades del Estado.

Empeñarse, por consiguiente, en hacer de la autoridad gubernativa el resorte esencial del bien y del progreso sociales, es anteponer lo secundario a lo principal, la consecuencia al antecedente.

Esto no quiere decir que yo propicie, como Stirner o como Nietzsche, una especie de liberalismo o de individualismo absoluto. No, porque el único ideal practicable y fecundo en resultados benéficos, es el que persigue y tiende a establecer, cada vez más armoniosamente, un equilibrio ponderado y estable entre la sociedad y

Colección de Autores Chilenos

Con el más formidable éxito, la "Empresa Letras" inició la publicación de obras chilenas, bajo el rubro indicado. Todos los libros editados han sido arrebatados por el público, que encuentra, por fin, la forma que anhelaba, de conocer a los buenos escritores de Chile, a precios bajísimos.

He aquí la lista de las obras publicadas:

LA QUINTRALIA.—(4 ediciones). Evocación del terrible personaje con faldas, más peligroso, sin embargo, que muchos hombres.
Novela por MAGDALENA PETIT.

Precio \$ 3.—

MARGARITA, EL AVIADOR Y EL MEDICO. (2 ediciones). Un dinámico y cinematográfico relato de amor y conspiración en tiempos de la dictadura.

Novela por JUAN MARÍN.

Precio \$ 2.—

LOS APARECIDOS.—Novelas breves de ambiente chileno y dotadas de profundo estudio psicológico en cada uno de sus personajes.

Por LUIS ROBERTO BOZA.

Precio \$ 2.—

LANCHAS EN LA BAHIA.—Fuerte y real relato que tiene por escenario la bahía de Valparaíso, los barcos, los barrios sórdidos y las tabernas del puerto.

Novela por MANUEL ROJAS.

Precio \$ 2.60

EN PREPARACION:

THIMOR.—Novela imaginativa de gran fuerza creadora, con la cual se da a conocer a

MANUEL ASTICA FUENTES.

LO QUE EL TIEMPO DEJA.—Libro de cuentos por el más cosmopolita, delicado y elegante de nuestros escritores:

SALVADOR REYES.

PEDIDOS EN PUESTOS DE REVISTAS, LIBRERIAS

Y A LA "EMPRESA LETRAS".—Casilla 3327.

SANTIAGO.

el individuo, entre la autoridad y la libertad.

No estará demás agregar que en Chile se ha confundido hasta ahora el socialismo con la demagogia, y con razón, porque a nadie

puede ocultársele que el socialismo es imposible en nuestro país, en tanto que a nadie puede ocultársele tampoco que la demagogia suele conducir a los demagogos al poder.

LOS MISTERIOS DE LA VIDA SUBMARINA

LAS ideas de los sabios acerca de la vida submarina han evolucionado mucho desde hace un siglo. Los sondeos no habían alcanzado más que profundidades escasas y todas las experiencias demostraban que a partir de algunos centenares de metros la luz del sol no iluminaba el elemento líquido.

Por eso podía admitirse la existencia de seres organizados evolucionando en la noche de los abismos, donde nunca llegaba la más pequeña vibración luminosa, donde la temperatura se mantiene constantemente glacial, donde la presión alcanza cifras asombrosas dignas de nuestras más potentes prensas hidráulicas.

De este modo razonaban los naturalistas; olvidaban que toda ciencia es ante todo, producto de la experiencia; que la naturaleza, verdadero Proteo, destruye nuestras más sutiles hipótesis; que la vida es una entidad misteriosa cuyo origen y cuyas condiciones se nos escapan a medida que las acosamos de más cerca. En verdad, todos los hechos parecían confirmar esta opinión que Edwards Forbes había apoyado con su gran autoridad de sabio.

De una expedición realizada en el mar Egeo, el eminente zoólogo había deducido que la vida, a excepción de ciertos corales, no va más allá de unos 200 metros debajo del nivel del mar. Forbes había descendido este límite hasta los 450 metros, pero Darwin lo consideraba muy exagerado. Sin embargo, durante algunos sondeos realizados en la época de que hablamos, se habían obtenido animales que al parecer provenían de capas más profundas, y se citaba con frecuencia la expedición de sir John Ross, la que, en 1818, había pescado una estrella de mar con una línea de sondeo de 1.465 metros. Pero la idea de la inhabitabilidad de las grandes profundidades estaba tan arraigada en los espíritus que se buscaban subterfugios y explicaciones para esquivar la realidad de los hechos. ¿Qué dirían Darwin, Forbes y sus contemporáneos si pudieran contemplar animales que viven a 6.000 metros bajo la superficie de los mares?

Desde 1860, las expediciones se han multiplicado, y aunque no hagamos más que balbucear ante los problemas de toda índole que nos plantean la fauna y la flora submarinas, nuestras adquisiciones van por buen camino y ya empezamos a darnos cuenta de la complejidad de la vida submarina.

Es muy cierto que a partir de 500 metros debajo del mar, ya no llega la luz solar y reina completa oscuridad. Cuando los primeros sondeos submarinos nos proporcionaron algunas muestras, se pensó que si

existían peces en las grandes profundidades, éstos debían de ser completamente ciegos. ¿Para qué necesitaban los ojos, puesto que se desenvolvían en la negrura? Se pensaba en la vieja forma de Darwin: es la función la que crea el órgano. Ahora bien; la fórmula era falsa. Sin duda, un órgano que no trabaja se atrofia poco a poco, pero su existencia no siempre depende de las condiciones del medio.

¿Qué sorpresa no se experimentaría cuando un buen día se obtuvieron peces pescados a 3.000, a 5.000 metros de profundidad... comprobando que estos representantes de la fauna abismal tenían ojos como nuestros vulgares peces del litoral o como los que nacen en nuestros ríos?

Después, las capturas se han multiplicado, y ha sido necesario confesar que en los abismos existen muy pocos peces ciegos. Pero hay más aún; muchos de los peces abismales tienen, por el contrario, enormes ojos, para poder concentrar sin duda, en su retina la poca luz que llega hasta ellos.

Pero entonces, ¿qué clase de rayos reciben? Luz ultravioleta, se ha dicho. ¿Por qué no? Según sir John Lubbock, las hormigas serían sensibles a esta irradiación, que para nosotros es intensamente negra. Pero la luz ultravioleta no va más allá de los 2.000 metros de profundidad; esto es lo que han probado experiencias indiscutibles. Mas allá es la noche. Entonces, nuevamente, se ha preguntado: ¿por qué razón los peces que viven entre 2.000 y 7.000 metros tienen verdaderos órganos de la vista como los peces del litoral?

Los zoólogos que obtuvieron los primeros ejemplares de la fauna submarina no se hallaban aún al final de sus sorpresas: pronto la naturaleza se encargó de mostrarles que era mucho más rica en estrategias y artificios que soñar podría el más imaginativo.

Esa luz solar que falta en realidad en el lugar en donde evolucionan los peces de las grandes profundidades, parece estar reemplazada por una irradiación que tiene su fuente en el mismo organismo.

Cuando en una noche oscura y sin luna, un automovilista quiere orientarse, no tiene más recurso que encender sus faros. Así hacen los peces de los abismos: ellos mismos crean su luz; emplean un procedimiento cuyo mecanismo, para decir verdad, aun es para nosotros un misterio: recurren a la fosforescencia. Ved, por ejemplo, esa especie de "cul de jatte" todo de negro vestido: se arrastra en el limo y, como no vería ni gota, no sale sin linterna, y nuestro "Ceratias"—éste es su nombre—no teme faltar a la ordenanza. Vedlo agitar su fanal

luminoso suspendido al extremo de un hilo. ¡Peces pequeños, desconfiad! Esa pequeña lámpara que brilla en la noche oscura, no es otra cosa que un anzuelo. Debajo de esa pedrería brillante que se agita lentamente, se abre una trampa, gigante boca armada de pungiagudos dientes.

"Himantolophus" también pesca con anzuelo, pero su mecanismo es mucho más perfeccionado. Posee, en efecto, un tentáculo ramificado, cuyas ramas se abren como los cohetes de los fuegos de artificio. "Lynopheryne" lleva igualmente una especie de barba ramificada, pero su doble hilera se agita debajo de su mentón.

Continuemos nuestra visita. ¿Qué es esa fiesta que se prepara en medio de las aguas? ¿Quién agita esas banderitas iluminadas? ¿Qué minúsculos faros abren sus haces luminosos divinamente coloreados? Peces aún, políperos, estrellas de mar, anélidos.

"En ciertas zonas — escribía Wyville Thompson—, todo lo que sacábamos de nuestras redes parecía producir luz, y el mismo limo estaba cubierto de puntos luminosos. Los alciónios, las asterias frágiles y algunos anélidos eran particularmente brillantes. Las pennáculas, los virgularios y las gorgonas tienen una luminosidad blanca lo bastante intensa como para distinguir la hora en mi reloj, mientras que la de la "opliacanta spinulosa", de un verde brillante, partiendo del centro del disco, se extiende sucesivamente sobre cada uno de los brazos y algunas veces dibuja en trazos de fuego la forma completa de la astería".

Los protozoarios que forman el limo son todos más o menos fosforescentes, de manera que el subsuelo Marino debe estar iluminado en grandes extensiones, como sucede frecuentemente en la superficie.

Así, el Sol ha privado a esta fauna y a esta flora de su beneficiosa luz, pero el astro del día no tiene el monopolio de los colores del espectro y, en estos oscuros abismos, en el fondo de estos rincones nebulosos que apenas alteran las corrientes

llegadas de la superficie, el Autor de la naturaleza no ha abandonado su creación.

No se terminaría de enumerar las riquezas de ese dominio apenas explorado. Un ejemplo aun para mostrar las sorpresas que nos reserva el océano. Yo no sé que se haya podido encontrar un tipo de pez cuyo organismo visual sea más curioso. Imaginad dos ojos que lanzan verdaderos chorros de luz, que por lo tanto son al mismo tiempo, ojos que ven y linternas que iluminan. Esto es lo que se ha descubierto en estos años en los abismos marinos. Una disposición ingeniosa permite al animal variar la curva de la superficie que proyectan los rayos y concentrar éstos sobre objetos más o menos alejados. Un dispositivo más ingenioso aún permite que el propietario de esta lámpara pueda variar a su gusto el color de la luz emitida. Placas córneas transparentes y cambiables detrás del cristalino, y la decoración pasa del rojo al verde o al violeta. Un operador de cinematógrafo no lo haría mejor.

Nosotros, que vivimos a la luz del día, agotamos nuestra inteligencia para crear luz cuando el Sol nos la niega, y gracias a esfuerzos inconcebibles nos consideramos satisfechos cuando podemos recoger y utilizar el dos por ciento de la energía mecánica, física, eléctrica o química que nosotros gastamos para ello, es decir, para producir rayos puramente luminosos.

Pues bien; por un mecanismo desconocido que aun buscaremos durante mucho tiempo, toda la fauna y la flora abismal, al igual que nuestras luciérnagas, ha encontrado el medio de utilizar la energía muscular y vital y transformarla en una luz totalmente desprovista de rayos caloríferos y de obtener finalmente, un rendimiento que se eleva al 98 por ciento de la fuerza gastada.

¿No es esto verdaderamente maravilloso? ¡Y qué lección de modestia para nosotros, que desde hace años perseguimos una luz ideal, esa famosa luz fría que es la pesadilla de nuestros físicos modernos!

ABATE TH. MOREUX

Tenemos el firme propósito de darle a conocer, junto a los buenos escritores nacionales, a los grandes publicistas extranjeros. ¿Ha leído Ud., por ejemplo, a Aldous Huxley? ¿No? Pues bien, "Lecturas" publicará en su próximo número un artículo suyo que constituye uno de los trozos más claros y completos sobre la situación social y económica del mundo de hoy. Si se interesa por los grandes problemas, no deje de leer "PIGMALION CONTRA GALATEA", en el N.º 2 de "Lecturas".